

El Perfume de Egipto

...y otras historias raras



Charles Leadbeater

EL PERFUME DE EGIPTO

... y otras historias raras

Por

Charles Leadbeater

MARDETEOSOFIA.COM

Indice

[El Perfume de Egipto](#)

[El Templo Abandonado](#)

[La Promesa del Comandante Rivers](#)

[Prueba de Valor](#)

[Asesinato Astral](#)

[Triple Advertencia](#)

[La Confesión Escondida](#)

[Cuento de La India Escondida](#)

[El Aposento del Barón](#)

[Salvado por un Espíritu](#)

[Los Indios nos Atacan](#)

[En el Campo de Martínez](#)

[La Fuga](#)

[La Venganza](#)

[Acerca del Autor](#)

El Perfume de Egipto

Curiosa es la vida de aquel que, por cualquiera circunstancia, se ve obligado a recluirse en sus habitaciones y a vivir completamente aislado: curiosa ciertamente aun cuando al mismo tiempo agradable en cierto modo. Su mayor encanto estriba en una absoluta libertad; la plena libertad de salir y entrar o bien de no salir y no entrar, conforme le venga en gana. Pero la soledad es espantosa. Probablemente muchos de los lectores recordarán el macabro cuento de Dickens (con fundamento real según entiendo) del hombre aquel que, atacado de apoplejía mortal en el preciso momento de abrir la puerta de su habitación, quedó reclinado contra ella durante todo un año, transcurrido el cual, al ser abierta la puerta, cayó el esqueleto en los brazos del cerrajero. No creo ser de temperamento nervioso; pero habré de confesar que, durante mi reclusión en mi alcoba, esta historia acosó mi imaginación de vez en cuando; y es bien cierto, dejando a un lado tales cosas horribles, que existen infinitas posibilidades de emergencia desagradables para quien se ve sujeto a una compleja soledad.

Todos los acontecimientos lamentables que suceden a los hombres, tanto en las novelas como en la vida de la realidad, parece ser que ocurren cuando éste se halla sin compañía; y aun cuando sin duda el talentoso autor americano estaba en lo cierto cuando dijo “gracias al cielo clemente porque las insufribles penas de la agonía castigan siempre al hombre unidad y no al hombre masa”, cierto es también que suele ser más fácil hacerse eco de estos sentimientos cuando no es uno mismo la unidad en cuestión. Por otra parte, cuando el hombre recluido en sus habitaciones echa la llave a su puerta en una noche invernal y se dispone a sentarse cómodamente para gozar de la lectura al amor de la lumbre, tiene un sentimiento pleno de su reclusión y de su inmunidad a toda interrupción solamente igualado por el de aquel que, en una tarde de torneos universitarios, pasea ufano, prendido a la solapa, el máximo galardón de su colegio.

Tal cosa había hecho yo -no para leer, sin embargo, sino para

escribir- en aquella noche en que tuvo lugar el primer suceso de la serie que voy a relatar.

Nota: El narrador de esta extraña serie de incidentes (a quien llamaré Mr. Tomás Kenston) es, o era, mejor dicho, un abogado londinense de mucha reputación. He creído preferible dejar que refiera él sus historias con sus propias palabras, reservando mis comentarios para el final.

Estaba a la sazón escribiendo mi libro; el primero de mis libros, “Sobre el Estado Actual de la Ley de los Transportes”. Había ya publicado varios ensayos sobre diversos aspectos de este asunto y, habiendo tenido estos buen recibimiento por parte de las autoridades en materia legal, nació en mí la idea audaz de presentar mis puntos de vista en una forma integral. Tal era, pues, el trabajo en que iba a abstraerme con todo mi ardor juvenil en la noche en que da comienzo mi relato; y la razón que tengo para hacer mención de tal circunstancia no es otra sino la de llamar la atención sobre el asunto en el que estaba concentrado mi pensamiento; asunto muy distante en verdad, de todo aquello capaz de sugerir nada relacionado con temas extraordinarios o románticos.

Había hecho una pausa -recuerdo- para dar fiel y exacta expresión a una idea muy intrincada, cuando, de improviso, me asaltó un sentimiento que supongo todos hemos experimentado alguna que otra vez: el sentimiento de que no me encontraba completamente sólo; de que alguien, además de mí, se hallaba en mi cuarto. Sabía yo bien que había cerrado la puerta con llave y que, por lo tanto, era absurda la idea que me asaltaba; no obstante, era tan fuerte la impresión, que instintivamente me levanté de mi asiento para mirar apresuradamente a mí alrededor. Nada pude ver, sin embargo y con una sonrisa despectiva hacia mi infantil inquietud, me dispuse a meditar nuevamente sobre la frase que quería elaborar, cuando surgió en mí la conciencia de un débil olor de índole muy peculiar, que aun cuando me pareció conocido, no me fue posible identificar con precisión; vino enseguida a mi mente el recuerdo del lugar donde lo había experimentado, cosa que me sorprendió muchísimo, lo que pronto se comprenderá al leer mi explicación.

Había yo pasado durante al año anterior, unas largas vacaciones recorriendo Egipto; atisbando en sus extraños rincones, hurgando en

sus viejos enigmas, tratando de familiarizarme con su vida; alejándome en todo lo posible de los caminos transitados, y evitando el contacto con los grupos de turistas. En el Cairo tuve la fortuna de establecer relaciones con un cierto Sheikh (así le llamaban, aun cuando no estoy en condiciones de decir si merecía ese título) que vino a resultar para mí rica mina de información sobre las costumbres y usos del pasado y sobre las antigüedades del lugar en general; sobre las reliquias de la gloriosa época de los Califas medievales -debo aclarar- no sobre las antigüedades reales de las viejas dinastías egipcias. Mi criado me advirtió que debía yo precaverme de ese hombre, quien tenía la reputación de ser un mago que trataba muy profusamente con el ser del mal; no obstante, yo lo encontré siempre muy amistoso y servicial y ciertamente fue él quien me puso al tanto de muchas cosas de interés que yo no hubiera podido saber sin su ayuda.

Un día que fui a visitarlo en hora no acostumbrada, tuve la impresión, al entrar en su cuarto, de un olor completamente diferente a todos los que yo había percibido hasta entonces; un olor de riqueza y dulzura imposibles de describir; casi opresivo, no obstante lo cual era de efectos estimulantes y que generaban alegría. Tanto me agradó que insistí vivamente con el Sheikh para que me proporcionara un poco de ese perfume o me dijera al menos dónde se podría conseguir, pero con gran sorpresa de mi parte, se rehusó a ambas cosas en forma muy cortés pero muy firme. Todo lo que logré fue que dijera que se trataba de un perfume sagrado, que sólo tenía aplicación en ciertos encantamientos; que su manufactura era un secreto transmitido de unos a otros desde las edades más remotas y solamente conocido por unas cuantas personas elegidas y que todo el oro del mundo no era suficiente para comprar un solo grano del perfume.

Como es natural, todo esto excitó mi curiosidad enormemente; pero no logré obtener mayor información, ni con respecto a la esencia, ni por lo tocante a los propósitos con los que la había usado.

Habiendo transcurrido cosa de una hora durante mi charla con él, mis vestiduras quedaron impregnadas de la incitante fragancia y, al regresar al hotel, mientras mi criado cepillaba mi saco, percibió el

perfume lo que hizo horrorizarse y perder su usual impasividad y su imperturbable cortesía y preguntarme precipitadamente:

“Efendi, ¿dónde has estado? ¿Cómo es que traen sus ropas esta diabólica esencia?”.

“¿Qué dices?” -repliqué- “¿qué olor es ese que te excita en forma tan extraña?”.

“Ten cuidado, señor” -añadió el hombre, casi llorando- “Vosotros no sabéis; no creéis; vosotros, ingleses, no comprendéis el pavoroso poder de la vieja magia egipcia. No sé yo dónde habrás estado, pero ¡oh, señor!, no vuelvas jamás allí, pues has corrido un terrible peligro. Solamente los magos usan esa esencia y no hay ninguno de ellos que la pueda hacer por sí mismo; la preparan los diablos y para cada redomita se requiere un sacrificio humano, por ello es que la llaman sangre de virgen”.

“No más tonterías”, Mustafá -dije- “no esperes que dé yo crédito a cuentos de esos; ¿no me puedes conseguir un poco siquiera de esa substancia misteriosa?”.

“No, por todo lo que hay en el mundo”, contestó Mustafá, dejando ver en su rostro un horror mortal; “no hay quien lo pueda conseguir; nadie, nadie, lo aseguro, y si alguien pudiera obtenerlo, no sería yo quien se atreviera a tocarlo, por mi vida. Efendi, aléjate de esas cosas, por el bien de tu alma”.

Reí del temor que por mí sentía; pero sin la menor duda de que el hombre estaba mortalmente preocupado; y es lo cierto que nunca pude conseguir, ni la más pequeña cantidad de aquel perfume que tan bien recordaba, aun cuando lo busqué en todas las perfumerías del Cairo.

Cuando digo, pues, que fue ese misterioso aroma, sutil, pero inconfundible, el que puso en actividad mi olfato en mi alcoba de Londres en aquella noche memorable, podrá comprenderse la razón de mi sorpresa. ¿Qué significaba aquello? ¿Era posible que ese olor siquiera impregnando alguna de las prendas de mi ropa? Claro que no, pues de haber sido así, lo hubiera yo advertido mucho antes de haber transcurrido catorce o quince meses. ¿De dónde, pues, venía ese olor?

Tenía yo la plena convicción de que nada de eso podría conseguirse en Inglaterra. El problema presentaba, pues, tales dificultades, que cuando dejé de percibir el olor casi, casi me incliné a creer que todo había sido efecto solamente de una alucinación y volví a ocuparme de mi suspendido trabajo, resuelto a arrojar todo aquello de mi mente.

Di, pues, satisfactoria forma a la frase intrincada que había quedado pendiente y habría escrito cosa de una página, cuando de improviso, y sin preámbulo alguno, tuve de nuevo, con más fuerza que antes, la clara conciencia de una presencia extraña en el cuarto; pero en esta ocasión, antes de que pudiera yo volverme para mirar, sentí, sentí en forma bien distinta, un soplo de aire en la nuca y oí a la vez un débil suspiro. Salté de inmediato de mi asiento con un grito inarticulado y miré ansiosamente alrededor del cuarto; pero nada pude ver a más de lo usual; ninguna huella del misterioso visitante.

¿Ninguna huella, dije? ¡Aun antes de haber logrado yo restablecer la calma de mi espíritu, hirió de nuevo mi olfato, otra vez desconcertado, aquel extraño perfume sutil de la magia de oriente!

Sería infantil el ocultar mi serio desconcierto. Me abalancé sobre la puerta; la sacudí fuertemente tratando de abrirla; pero estaba bien cerrada; exactamente como yo la había dejado. Volví hacia la alcoba; pero a nadie hallé en ella. Hice una búsqueda en las dos habitaciones; escudriñé bajo la cama, por debajo del sofá; bajo las mesas; abrí todos los cajones que pudieran dar cabida a algo del tamaño tan siquiera de un gato; nada hallé tampoco y permanecí perplejo. Me senté de nuevo tratando de comprender lo que ocurría; pero cuanto más cavilaba, más lejos me hallaba de una explicación racional.

Decidí, por último sustraerme a la influencia de estos acontecimientos por el momento, dejando el considerarlos, para la mañana siguiente. Quise proseguir mi trabajo, pero me faltaba la capacidad para escribir; mi mente estaba trastornada.

La idea de una presencia extraña no dejaba de acosarme; aquél débil y triste suspiro resonaba incesante en mis oídos y su dolor inexpresable provocaba en mí un sentimiento de depresiva compasión. Tras de inútiles esfuerzos abandoné mis intenciones de escribir; me

arrojé sobre un sillón cercano y al fuego y comencé a leer.

Aun cuando no gusto de complicaciones en mis costumbres en general -entiendo yo- en lo que a la lectura toca soy casi un sibarita: para leer hago uso del mejor sillón que se pueda comprar, en el cual tengo adaptada la “Máquina Literaria”, que no es sino la mejor de las invenciones para que el libro quede en el ángulo exactamente requerido para que proteja la vista contra la luz, concentrando a esta sobre las páginas de lectura y para que proporcione una mesa para escribir sobre ella las anotaciones que se me ocurra tomar.

En tal situación placentera, pues, me senté entonces, eligiendo para mi lectura los “Ensayos” de Montaigne, con la esperanza de que la agudeza del autor y su maravillosa flexibilidad de estilo pudieran proporcionarme el tónico mental que me era necesario. A pesar de mis esfuerzos por evadirme a ello, sin embargo, me dominaban, mientras leía, dos ideas: una, la de aquella presencia extraña y otra el recuerdo de los efluvios de aquella sutil fragancia del Egipto.

Media hora habría pasado cuando un soplo más fuerte que los anteriores golpeó mis fosas nasales al mismo tiempo que un ligero susurro me hizo levantar la vista del libro.

¡Imaginad mi asombro al ver, a menos de cinco yardas de distancia, sentado ante la mesa de la que hacía poco me había levantado, y al parecer atareada en escribir, la figura de un hombre! En el preciso momento en que advertí su presencia, cayó la pluma de sus manos, se levantó del asiento; lanzó sobre mí una mirada que parecía expresar amargo desencanto y con suplicante actitud desapareció!

Incapacitado por el terror para siquiera levantarme, fijé la vista en el lugar en que había estado y me froté los ojos mecánicamente como para limpiar los residuos últimos de una horrible pesadilla. A pesar de lo rudo de la conmoción, quedé sorprendido al notar, en cuanto estuve en posibilidad de analizar mis sensaciones, que eran estas de un definido alivio; y todo esto tuvo lugar algunos minutos antes de que pudiera comprenderlas. Por fin tuve la rápida visión de que la presencia invisible que me había estado atormentando, había desaparecido ya y dime cuanta de cuán terriblemente me había

oprimido. Aquel extraño olor mágico se evaporaba rápidamente y, a pesar de la espeluznante visión que había tenido, gozaba ya de una sensación de libertad semejante a la que ha de experimentar el que sale de lóbrego calabozo para gozar de la brillante luz del sol.

Quizá haya sido este sentimiento más que ninguna otra cosa lo que me permitió convencerme de que lo que yo había visto no era pura ilusión; de que había realmente estado alguien en el cuarto durante todo el tiempo hasta que por fin logró manifestarse y había ya desaparecido. Hice un esfuerzo y me senté quietamente para recordar con cuidado todo lo visto y para anotarlo en el papel que tenía ante mí en la máquina literaria. Primeramente, en cuanto a la personal apariencia de mi visitante espectral, si es que tal era su condición. Era hombre de elevada estatura; de adusto ceño, imperativo; su rostro denotaba poder y determinación a la vez que dejaba notar huellas latentes de impulsividad y brutalidad, todo lo cual en su conjunto causaba más bien temor y deseo de evadir su presencia, que atracción o simpatía. Advertí de manera especial la firmeza de sus labios porque el inferior aparecía marcado con una cicatriz blanca muy notoria y *recordé* luego en qué forma había cambiado toda su actitud, tomando una expresión en que se mezclaba la ira y la desesperación con una súplica de ayuda y un cierto tinte de orgullo que parecía decir: “He hecho ya todo lo posible; he jugado mi última carta y la he perdido; jamás me detuve para pedir auxilio a ningún mortal; pero ahora de ti la imploro”.

Mucho obtener, diréis, de una sola mirada; pero esto fue exactamente lo que el espectro sugirió a mi fantasía y, no obstante lo siniestro de su apariencia, mentalmente resolví que su demanda no sería en vano, si me fuera posible descubrir quién era y qué deseaba. Nunca había dado crédito hasta entonces a las apariciones; ni siquiera tenía la seguridad de creer en la de ahora; pero ciertamente que un semejante acosado por el sufrimiento no era otra cosa que un hermano a quien ayudar, estuviera en su cuerpo o fuera de él. Tales pensamientos disiparon de mi todo temor y firmemente creo que, si el espectro hubiese aparecido de nuevo, le hubiera invitado a tomar asiento para exponer su caso con toda calma como si se tratara de uno

de mis clientes.

Cuidadosamente anoté todo lo sucedido en aquella noche, escribí la hora y la fecha y suscribí todo ello con mi firma; y luego, al cambiar la vista, advertí dos o tres papeles en el suelo. Había yo visto que una de las anchas mangas de la larga túnica oscura que vestía el espectro había hecho volar esos papeles al levantarse lo que por primera vez me hizo recordar que éste aparecía como escribiendo en la mesa, de donde deduje la posibilidad de que hubiera hallado alguna huella para descifrar el misterio.

Inmediatamente comencé a examinarle; pero todo lo que en ella había se encontraba tal como yo lo había dejado, salvo mi pluma que se hallaba donde yo la había caído de su mano.

Recogí luego los papeles del suelo y mi corazón latió con fuerza al ver entre ellos un pedacito sucio y arrugado que con seguridad no había quedado antes sobre la mesa.

Imaginad cuán ansiosamente le eché mano. Era una hoja pequeña de forma oblonga de cinco por tres pulgadas o cosa así; un pedazo, parecía, de una hoja mayor o de un libro pequeño porque la orilla de uno de sus extremos estaba sumamente dispareja lo que sugería que había sido arrancada con mucha fuerza y ciertamente el papel era tan grueso y de tal consistencia de cartón que esto no era extraño. Lo más curioso era que, mientras que el papel estaba ya muy desteñido - manchado con agua y amarillento por la edad- la orilla dispareja permanecía blanca y fresca, tal como si acabara de ser arrancada. Una de las caras del papel estaba completamente en blanco, o por lo menos, si alguna escritura hubiera contenido, habría desaparecido ya por la acción del tiempo y la humedad; en la otra cara había algunos caracteres borrosos e ilegibles, tan desteñidos ya que casi no podían distinguirse y, con escritura de mano recia y firme y tinta negra y fresca, estas dos letras "RA". Y pues la tinta usada para escribir estas dos letras correspondía exactamente con la que yo acostumbraba a usar, no pude dudar de que habían sido escritas en mi mesa y que eran el principio de alguna explicación que el espectro quiso dar, pero que por alguna razón no le fue posible. Por qué se había tomado la molestia de traer consigo el papel, no pude explicármelo, pero inferí

que probablemente había escondido algún misterio tras de aquellas indescifrables manchas amarillas, por lo cual les dediqué toda mi atención. Tras de pacientes y repetidos esfuerzos, me convencí de que nada razonable podía sacar de ellos y resolví esperar la luz del día.

En contra de lo que esperaba no soñé aquella noche en mi espectral visitante, aunque si estuve algún tiempo despierto pensando en él. A la mañana siguiente conseguí que mi amigo me facilitara un antejo de aumento y comencé de nuevo mi investigación. Pude ver que había dos líneas de escritura aparentemente en un idioma extranjero y una marca extraña, semejante a ciertos monogramas, colocado como si fuera una firma. Pero a pesar de mis esfuerzos no pude, ni distinguir las letras del monograma, ni averiguar cuál era el idioma usado en las dos líneas de escritura. Hasta donde pude aclarar estaban formadas por las letras siguientes:

QUOM UIA DAOUSA SITA CO UIA UIESE QUOAM.

Algunas de estas palabras semejaban ser latinas; reflexioné que, si el memorándum era tan viejo como su apariencia, era muy probable que fuera el latín el lenguaje usado; pero no pude tan poco llegar a una frase coherente, por lo que seguía tan distante como siempre de la solución. No supe ya qué nuevos pasos dar. Tanto temía divulgar los sucesos de aquella noche, que ni siquiera me resolví a mostrar a nadie el pedazo de papel, por temor a que esto condujera a investigaciones sobre la forma en que había llegado a mis manos. Así es que, dejándolo en mi librero, quedaron en suspenso, por entonces, todas mis pesquisas.

No había yo aun conseguido ninguna nueva luz en este asunto, ni llegado a ninguna conclusión sobre él, cuando dos semanas más tarde ocurrió el segundo incidente de esta verídica historia. Me hallaba sentado otra vez ante mi mesa de escribir al comenzar la noche, dedicado no a escribir mi libro, sino a la menos grata actividad de contestar cartas. Me disgusta escribir cartas y tengo la propensión de dejar que mi correspondencia se vaya acumulando hasta asumir grandes proporciones y hasta que llegue a exigir atención imperiosamente y es entonces cuando destino uno o dos días a este purgatorio hasta dar fin al trabajo. Esta era una de tales ocasiones,

agravada por la circunstancia de tener que decidir cuál aceptaría de tres invitaciones de Navidad.

Durante muchos años había sido mi costumbre el pasar la Navidad, cuando me encontraba en Inglaterra, con mi hermano y su familia; pero este año la salud de su esposa les había obligado a pasar el invierno en el extranjero. Soy conservador en mis costumbres; absurdamente conservador, en cuanto a pequeñeces se refiere y creí que no podría pasar yo la Navidad a gusto en otra casa que no fuera la suya, de manera que no me ocupé de hacer ninguna elección. Allí estaban, sin embargo, tres invitaciones; era ya catorce de diciembre y aun no había resuelto nada. Estaba incierto todavía sobre este punto cuando llamó mi atención un fuerte toque de llamada en la puerta. Al abrirla apareció ante mí un hermoso muchacho, de cara tostada por el sol, a quien de pronto no pude reconocer; pero cuando me dijo con tono alegre:

“¡Hola! Keston, viejo amigo, me parece que me ha olvidado usted!”.

Reconocí inmediatamente a mi antiguo condiscípulo Jack Fernleigh. Había sido mi galopín en Eton, pero su jovial cordialidad y su simpático carácter, hicieron que nuestra relación “oficial” se convirtiera en una firme amistad, cosa muy poco frecuente, y aun cuando era él tanto más joven que yo, sólo estuvimos juntos en Oxford unos cuantos meses, seguimos llevando buena amistad y continué sosteniendo correspondencia con él de tarde en tarde desde entonces. Sabía yo, pues, que hacía unos años había tenido algunas diferencias con su tío (único pariente que le quedaba) y se había marchado a las Indias Occidentales en busca de fortuna; y aun cuando nuestras cartas habían sido pocas y con largos intervalos, estaba yo al tanto de que le había ido bien, por lo que no fue poca la sorpresa de verlo ante la puerta de mis habitaciones en Londres.

Dile cordial recepción; le hice sentarse cerca del fuego y le pedí, me explicara el porqué de su presencia en Inglaterra. Me dijo que su tío había muerto repentinamente sin dejar testamento y que sus abogados así se lo habían comunicado. Abandonando su trabajo inmediatamente, tomó el primer vapor para Inglaterra. Llegado a Londres muy tarde ya para entrevistar a sus abogados y no teniendo ya

amistades en la ciudad, había venido así me lo dijo -a ver si aun recordaba yo a su antiguo galopín.

“Y mucha alegría me da el que así lo hayas hecho”, dije: “¿dónde está tu equipaje? Vamos a mandarlo traer del hotel, porque voy a mandarte arreglar aquí la cama para que pases esta noche”. Hizo una ligera protesta que inmediatamente rechacé y enseguida mandamos a un criado a recoger el equipaje del hotel y nos sentamos a charlar del tiempo pasado hasta muy entrada la noche. A la mañana siguiente salimos muy temprano para visitar a sus abogados y después de comer nos encaminamos hacia Fernleigh Hall (ahora de su propiedad); pero no sin haber antes decidido que yo pasaría la Navidad en esa finca con él en vez de aceptar cualquiera de las tres invitaciones previas.

“Creo yo que voy a encontrar las cosas en completo desorden”, dijo; “pero en esta semana podré arreglarlo todo y si usted regresa para el día veintitrés le prometo que tendrá por lo menos una buena cama para dormir; así hará usted una obra de caridad, evitándome el que pase mi primera Navidad en Inglaterra, después de tantos años de ausencia, solo y triste”.

Así lo dejamos convenido y, en consecuencia, a las cuatro de la tarde del día veintitrés daba nuevamente la mano a Jack, en el andén de la pequeña estación distante unas cuantas millas de Fernleigh. Cuando llegamos a la casa estaba ya muy próxima la noche y la obscuridad no me permitió darme sino una muy ligera idea de la apariencia exterior de la finca. Era una gran mansión de tipo isabelino; pero claramente se podía notar que requería reparaciones; no obstante, las habitaciones en que penetramos eran muy amplias y alegres. Luego de una comida abundante, Jack me propuso recorrer la casa. Así pues, precedidos de un viejo criado que solamente nos alumbraba con una lámpara, ambulamos por interminables corredores, recorrimos patios desolados, entramos y salimos por docenas de alcobas y salones adornados con tapices y entrepaños. Algunas de esas piezas tenían paredes de tan enorme espesor, que hacían sospechar en toda clase de puertas falsas y de salidas secretas.

Cayó así mi cerebro en la mayor confusión y me vino la idea de que, si mi compañero me hubiera abandonado, podía yo haber empleado

varios días para hallar la salida de aquel laberinto.

“Podrías acomodar aquí un ejército entero, Jack”, dije.

“Sí”, contestó. “Y en el buen tiempo antiguo, Fernleigh fue bien conocido en todo el país por su generosa hospitalidad; pero ahora, como usted ve, los cuartos están deteriorados y casi sin muebles.

“Pronto arreglarás todo esto cuando traigas aquí una mujercita”, dije, “sólo hace falta aquí una esposa que cuide todo esto”.

“Ni pensar en eso, viejo amigo”, replicó Jack, “no tengo dinero suficiente”.

Supe yo, en los días de colegio, que Jack había tenido de niño devota adoración por Lilian Featherstome, la hija del rector de la parroquia, y le había oído referir que, por su parte al menos, su infantil atracción habíase transformado en algo más profundo; así pues, le pregunté por ella y pronto pude saber que su estancia en los trópicos no había modificado sus sentimientos en lo tocante a esto; que había logrado ya encontrarse con ella y con su padre después de su regreso y que tenía la seguridad de que la ruborosa alegría que advirtió en los ojos de la muchacha la primera vez que se vieron era claro indicio de que ésta no lo había olvidado durante su ausencia.

Pero ¡ca!. El padre de la chica no contaba sino con escasos medios de fortuna y el tío de Jack (un calavera egoísta) no sólo había dejado que todo se fuera arruinando, sino que había ido empeñando la heredad en forma tal, que aun cuando ahora todas las deudas habían sido pagadas quedando la finca libre totalmente, poco en efectivo se había salvado, lo suficiente, en verdad, sólo para sostener a Jack; pero de ninguna manera para costear un casamiento.

“No hay, pues, esperanza de boda con Lilian”, añadió; “pero soy joven y fuerte; puedo trabajar y confío en que ella me espere. El martes la verá usted; pues los tengo invitados para ese día; querían ellos que los invitara la noche de Navidad, pero ya les tengo dicho que ese día me viene a visitar un viejo amigo”.

Llegábamos precisamente en ese momento a la galería de pinturas y el viejo criado, abriendo la puerta, nos franqueaba la entrada.

“No Jack”, dije. “Veremos esto mañana; no podemos ya ver bien los cuadros pues hay poca luz. Regresaremos a la chimenea para que me cuentes la vieja leyenda de tu familia de que tanto te oí hablar en el colegio; nunca me referiste sino fragmentos aislados”.

“Nada hay en ella que merezca el dictado de leyenda”, dijo Jack cuando nos hubimos sentado en la piecita acogedora que denominaba su estudio; “ni tampoco es muy antigua, pues data sólo de fines del siglo 18. Todo el interés de esa historia se concentra en Sir Ralph Fernleigh, el último barón, quien parece ser, en todo y por todo, un personaje poco recomendable. Se le describe como hombre huraño y raro, de fuertes pasiones, de voluntad de hierro y de orgullo indomable; pasó mucho tiempo en el extranjero y se le atribuye haberse hecho de enorme riqueza por medios reprobables. Se le conocía comúnmente con el nombre de “el malvado Sir Ralph”, y los vecinos dados a la superstición creyeron que practicó las artes negras, durante su larga permanencia en el oriente. Otros estimaban que había sido corsario y decían que en aquellos tiempos era cosa fácil para un hombre audaz y resuelto practicar impunemente la piratería”.

“Se decía también que tenía muchos conocimientos en joyas y se le atribuía el poseer una de las más espléndidas colecciones de piedras del mundo; pero como nada de esto pudo encontrar su heredero inmediato, deduzco yo, que, salvo que las piedras hayan sido robadas, no era esto más que un mito semejante al que lo hacía aparecer como dueño de barras de oro y plata que atesoraba en sus sótanos. Parece ser verdad que sí era rico hasta cierto punto y que durante los últimos años que pasó aquí vivió en completo aislamiento. Despidió a todos sus criados dejando sólo a su servicio a una persona de su confianza, un italiano que lo había acompañado en su vida errante; los dos llevaron aquí una vida de ermitaños, exenta de intercambio con el mundo exterior. El rumor general era que, aunque Sir Ralph tenía almacenados enormes caudales de riqueza mal habida, llevaba una vida de miseria. Los pocos que lo habían visto murmuraban del aspecto siniestro de su orgullosa faz y hablaban en secreto de algún crimen secreto terrible; pero no sé yo que tales cargos hayan sido realmente fundados”.

“Una mañana, sin embargo, desapareció misteriosamente; tal fue por lo menos la relación del viejo italiano que un día se presentó en el pueblo, inquiriendo temeroso, en su inglés chapurreado, si alguien había visto a su amo. Dijo que dos días antes había ordenado Sir Ralph en la noche anterior que ensillaran su caballo temprano para la mañana siguiente, pues tenía que hacer sólo un corto viaje; pero al día siguiente aun cuando el caballo estaba listo, el barón no apareció por ningún lado. No dio él contestación ninguna a las llamadas de su criado y aun cuando éste buscó en todas las habitaciones de la enorme casa antigua, no pudo encontrar ni siquiera una huella de su amo. Nadie había dormido en su cama la noche anterior y la única teoría que pudo ofrecer fue la de que se lo habían llevado los diablos que solía evocar. Los aldeanos sospecharon del sirviente y no faltó alguien que sugiriera que debía arrestársele, lo cual, al llegar a sus oídos, pareció causarle alarma tal (en su ignorancia de los usos del país) que desapareció también misteriosamente esa misma noche y nunca se le volvió a ver”.

“Dos días después los más aventureros formaron un grupo expedicionario, examinaron toda la casa y todo el terreno circundante; hurgaron en todos los rincones y escondrijos y prorrumpieron en fuertes gritos; pero ninguna voz contestó; y desde aquel día hasta hoy ninguna huella del amo, ni de ningún otro ha aparecido a la luz del sol. Y como los expedicionarios no pudieron hallar nada de los supuestos caudales, llegó a ser artículo de fe entre ellos que ‘el bribón del criado’ había asesinado a su amo, había enterrado su cadáver y se había escapado con el tesoro, y por supuesto, pronto cundió el cuento de que el espíritu de Sir Ralph había sido visto merodeando por el lugar”

“Se rumoraba que en su cuarto se podía distinguir fácilmente de todos los demás, de la lóbrega casona por un ambiente peculiar causado por la incesante aptitud de acoso de su inquieto dueño; pero esto pronto se convirtió en mera tradición, y actualmente no hay quien sepa siquiera en qué parte de la casa estaba su cuarto, ni oí nunca hablar de las apariciones del espectro durante la vida de mi tío, aun cuando sí sé que éste le daba algún crédito y que jamás le agradó hablar de ellas. Después de que Sir Ralph desapareció el lugar quedó

deshabitado y en completo abandono durante algunos años, hasta que al fin un pariente lejano reclamó sus derechos, y habiendo conseguido un fallo favorable, tomó posesión de la finca. Se dice que este heredero solamente encontró en los bancos un saldo insignificante a favor de Sir Ralph; pero como según parece, contaba con fondos propios, pronto procedió a reparar y componer la vieja casa dejándola en condiciones aceptables. Pasó luego ésta a propiedad de mi tío, quien, como usted ve, dejó que todo se arruinara otra vez”.

“Muy curiosa leyenda de familia, sin duda Jack”, dije, “aun cuando quizá le falte algo para ser de veras interesante, ¿tienes alguna cosa que haya sido de uso personal de Sir Ralph?”.

“Ahí está su retrato en la galería de pinturas, junto con todos los demás; hay también algunos libros antiguos suyos en la biblioteca y dos o tres piezas de mobiliario que se estima fueron de su propiedad; pero me temo que todo esto en nada contribuya a aumentar el interés de la leyenda”.

Poco después, al ir pronunciando estas palabras en el momento en que nos separábamos para irnos a la cama, en dónde podía residir el verdadero interés de la historia y en qué forma lo íbamos a descubrir.

Mi alcoba era una enorme habitación de paredes de espesor prodigioso adornadas con bellísimos entrepaños de hermosos y viejos tallados. Una cenefa de rosas y lirios que bordeaba los entrepaños atrajo mi atención en forma especial, pues juzgué que constituía uno de los más finos especímenes de ese estilo que había encontrado. Hay siempre algo misterioso en esas viejas alcobas de estilo isabelino amuebladas con camas enormes de voluminosa construcción y creo yo que la reciente visita espectral que acababa de experimentar me hacía más susceptible a tal influencia; y así, no obstante que el fuego, que la hospitalidad de Jack había proporcionado para mí, al trepidar lanzaba su luz clara sobre todos los rincones, al tenderme en la cama me asaltó este pensamiento: “¿Qué sucedería si éste fuera el aposento olvidado de Sir Ralph y si volviera éste a interrumpir mi sueño como aquél otro visitante en la ciudad?”.

Esta idea retornaba a mi mente una y otra vez, hasta que realmente

comencé a distinguir aquella atmósfera peculiar de que Jack había hablado; una influencia sutil que gradualmente se iba posesionando de mí. Comprendiendo el malestar que esto me causaba, cosa que podría privarme de sueño reparador, resolví ahuyentar enérgicamente tales ideas; pero a pesar de mi resolución, no me fue posible desasirme completamente de esta asociación de ideas (causado todo ello -creo yo- por el ambiente en que me hallaba), pues todos los detalles del extraño sucedido en mis habitaciones volvía una y otra vez a mi cerebro en forma sorprendentemente distinta y precisa.

Caí por fin en agitado sueño durante el cual mi antiguo visitante y la idea que de Sir Ralph me había formado parecían perseguirse mutuamente en el interior de mi cerebro, hasta que por fin toda esa confusa visión vino a culminar en un sueño de suma vividez. Me veía a mí mismo acostado en la cama (tal como estaba en realidad), mientras el fuego brillaba con intensidad, cuando de improviso surgió ante mí la misma figura que había ya visto en mis habitaciones, cubierta con la misma túnica holgada y negra; pero llevando ahora en la mano un pequeño libro; evidentemente aquél al que pertenecía la hoja que estaba en mi poder, ya que pude notar el lugar del cual esa hoja había sido arrancada; y con el dedo índice de la mano derecha apuntaba el espectro a la última página del libro, mientras lanzaba una mirada ansiosa sobre mí. Salté del lecho y me acerqué a la figura que se retiró de mí hasta llegar a una de las adornadas paredes a través de la cual parecía irse diluyendo apuntando aun a la página del libro y con la misma implorante mirada aun en sus ojos. Desperté entonces de súbito y me encontré de pie junto a la pared en el preciso lugar en que la figura parecía haberse disuelto, con el mismo brillo rojo de fuego que se reflejaba del tallado de la pared, tal como lo había visto en mi sueño y percibiendo con intensidad aquél extraño dulce olor del perfume oriental. En un momento brilló en mi mente una idea que fue para mí como una revelación. *Había* una peculiaridad en la atmósfera del cuarto; razón había yo tenido de imaginarlo así; y esa peculiaridad, que antes no había podido reconocer, no consistía sino en la sutilísima permanente sugestión de aquél mágico aroma; tan sutil que no me había sido posible identificarlo hasta que este último más fuerte

efluvio vino a hacérmelo notar.

¿Fue esto un sueño, me pregunté o había yo visto en realidad a mi misterioso visitante una vez más? No pude aclararlo; pero de cualquier manera era cosa indudable que ese olor se percibía en el cuarto. Quise abrir la puerta, pero como lo supuse, la encontré tal como la había dejado — bien cerrada con llave. Avivé el fuego hasta que flameó con brillantez; arrojé en él más carbón y me metí de nuevo en la cama; en esta ocasión para lograr un sueño profundo y refrescante, hasta que por la mañana me despertó el criado con agua caliente.

Pasando revista a mi aventura nocturna a la serena luz del día, no pude sino inclinarme a pensar que quizá algo de ella era resultado de mi calenturienta imaginación, no obstante que aun me parecía percibir aquella sutil peculiaridad de la atmósfera. Decidí no hablar de esto para nada con Fernleigh, pues ello hubiera dado por resultado el tener que descubrirle la aparición de Londres, cosa que me horrorizaba comunicar a nadie; así pues, cuando Jack me preguntó cómo había dormido le respondí:

“Por la mañana muy bien, pero un tanto inquieto al principio de la noche”.

Después del almuerzo caminamos por el extenso parque y examinamos la vieja casona desde diferentes puntos de vista. Quedé maravillado de su espléndida situación y de sus pintorescos alrededores; y aun cuando se notaban tristes huellas de abandono, comprendí que un desembolso pequeño en relación con la importancia de la finca podría dejarla en condiciones de rivalizar con cualquiera otra mansión o propiedad de su tamaño en todo el reino. Con entusiasmo hice ver a Jack tales posibilidades, pero el pobre muchacho lamentó con tristeza que la suma requerida para tales mejoras, aun cuando comparativamente pequeña sin duda, era muy crecida para él en sus actuales condiciones. Luego de algunas horas de paseo regresamos a la casa y habiendo sugerido Jack que fuésemos a visitar la galería de pinturas y algunos otros cuartos que no habíamos visitado la noche anterior, pasamos primero a la galería, donde Jack me indicó que había ésta dado albergue en algún tiempo a muchas obras casi inapreciables, joyas de las antiguas escuelas flamencas e

italiana; pero que su tío, derrochador como había sido, se deshizo de ellas a precios irrisorios para conseguir dinero para sostener sus juergas en la ciudad, por lo que las que quedaban carecían de gran valor relativamente. Se conservaba aun allí la usual colección de retratos de los antepasados, algunos de ellos de fiel realismo y fina ejecución, otros verdaderos mamarrachos. Pasábamos ante ellos con escaso interés, cuando advertieron mis ojos una imagen que aprisionó mi atención produciendo en mí un escalofrío que recorrió mi espina dorsal: ¡allí estaba, surgiendo de la tela, aquella misma faz que vívidamente apareció ante mí la noche anterior; la cara del misterioso visitante de Londres!

La imperativa mirada, la actitud implacable; idéntico aire de pasión y crueldad; allí también, aun cuando suavemente disimulado por el artista y con apariencia menos prominente de lo que era en realidad, aquella extraña cicatriz blanca que descendía hacia la barba desde el borde del labio inferior. Con la diferencia del rico vestido cortesano en lugar de la negra túnica sin adornos, nada faltaba sino aquella mirada de súplica implorante para que la semejanza fuera completamente exacta. Algo de la emoción que sacudió mis nervios apareció sin duda en mi expresión, pues Jack me cogió por el brazo gritando:

“¡Dios mío! ¿qué le sucede, Tom? ¿Está usted enfermo? ¿Por qué fija la vista con espanto en el retrato de Sir Ralph?”.

“¿Sir Ralph? Sí, el malvado Sir Ralph. Lo conozco. Vino anoche a mi cuarto, lo he visto ya dos veces”.

Balbuzeando estas deshilvanadas palabras, me eché sobre un sofá y traté de apaciguar mis emociones. La verdad completa había brillado ante mí como un relámpago y era esto demasiado para mí. Por supuesto que el lector inteligente habrá ya caído en la cuenta de ello hace mucho; pero hasta aquél momento no había yo tenido ni siquiera la sospecha de que Sir Ralph y mi espectral visitante de Londres fueran el mismo; ahora lo sabía todo: la palabra que comenzaba por “RA” y que él había querido escribir era su nombre; había él previsto (el cielo sabrá cómo) mi visita a Fernleigh y quiso impresionar mi mente, presentarse él mismo a mí, como si dijéramos, de antemano. Me veía pues obligado a referir a Jack toda la historia y sentí gran

descanso al advertir que, en lugar de reírse de mí, como casi lo temía, manifestaba gran interés en mi relación:

“Nunca he creído en apariciones”, dijo, “pero en este caso no queda lugar a duda. Una persona enteramente extraña se le aparece a usted en Londres; reconoce usted su retrato inmediatamente que lo ve en Fernleigh y resulta que es el mismo que la tradición rumora que merodea por estos lugares. ¡La evidencia es completa!

“¿Pero por qué se me ha aparecido a mí?”, repliqué, “nada sé yo de aparecidos ni de sus usos o costumbres; ni soy tampoco eso que los espiritistas llaman mediumnístico. ¿No hubiera sido más práctico el que se te hubiera aparecido a ti directamente? ¿Por qué me habrá elegido a mí para su aparición?”.

“No puedo saberlo”, añadió Jack; “Quizá cuestión de simpatía, pero ¿qué querrá él? No estamos más cerca de saberlo que antes, ¿dónde está la hojita de papel? Me da la idea de que si resolvemos ese misterio daremos con la clave de todo este enigma”.

Saqué yo entonces de mi bolsillo el pedazo de papel y lo entregué a Jack.

“Sí”, exclamó al verlo. “Es ese ciertamente el monograma de Sir Ralph; lo conozco bien por haberlo visto en varios libros de la biblioteca”.

Fuimos a ella enseguida para comparar la escritura de algunos de los libros de Sir Ralph con la de la hojita; la semejanza era perfecta aun cuando la letra de ésta última parecía mejor hecha, como si se hubiera esforzado por hacerla más legible; mientras que en el monograma eran exactamente similares todos sus rasgos y líneas. La ayuda de Jack me permitió reconocer claramente las iniciales “R. F.”, cosa que seguramente no hubiera podido aclarar por mí solo. Concentramos luego nuestra atención en las dos líneas de escritura; sacó Jack de su cajón una poderosa lente y las examinamos por mucho tiempo y con cuidado.

“Las letras son exactamente las que habéis anotado”, dijo al fin; “pero, ¿qué lengua puede ser ésta? No es español; tampoco portugués ni italiano y usted que conoce algunos dialectos orientales tampoco

sabe de qué lengua se trata; no creo yo que sean palabras, Tom; más bien parece ser algo escrito en clave”.

“Pero es que, como sabes”, dije, “los mensajes en clave aparecen siempre como una combinación de consonantes que disfrazan por completo su verdadero significado”.

“No siempre”, dijo Jack, “eso depende del sistema empleado. Resulta que hace tiempo, por mera curiosidad, hice yo del arte de descifrar lo escrito en clave, mi estudio predilecto y tengo la pretensión de creer que no hay ninguno que no pueda yo descifrar con el tiempo y la paciencia suficientes”.

“Entonces, Jack, si éste es uno de los que puede descifrar, pon en juego tu habilidad enseñada”.

Se puso a trabajar y debo yo confesar que quedé maravillado del ingenio de que dio pruebas y de la facilidad con que seguía las huellas más insignificantes. No es necesario que dé yo aquí los detalles de su procedimiento; gracias al genio de Edgar Allan Poe todo el mundo conoce la forma de descifrar criptógrafos. Baste pues, decir que éste, aun cuando muy sencillo, nos dio mucho trabajo y nos llevó a una solución equivocada a consecuencia de que se emplea en su formación un sistema doble. La regla consiste en substituir por cada consonante la letra que le sigue en el alfabeto, y por cada vocal no la letra, sino la vocal que le antecede. Empleando el proceso de la inversa, el lector descubrirá con toda facilidad que su significado es el siguiente:

Tire de la rosa central del tercer entrepaño.

Puede imaginarse nuestra excitación al terminar de descifrar el mensaje. Me di cuenta inmediatamente de a qué aludía, pues recordaba la cenefa tallada de rosas y lirios que servía de borde a los entrepaños de la noche anterior. El criado se presentó para anunciarnos que estaba listo el almuerzo, pero no hicimos caso de ello; como muchachos de escuela subimos precipitadamente las escaleras y nos abalanzamos en el cuarto adornado de entrepaños.

“El tercer entrepaño ¿desde qué extremo?”, preguntó Jack. Pero yo no tuve la menor duda; recordaba que el espectro habíase diluido a través de la pared a la izquierda de la chimenea y me dirigí pues hacia

ese lugar sin vacilación; puse la mano en el tercer entrepaño comenzando de la esquina y dije:

“Este es”.

Tan grande era el entrepaño, sin embargo, que no pudimos alcanzar la rosa del centro y nos fue necesario arrastrar una mesa para trepar sobre ella.

Saltó Jack encima y tiró con fuerza de la rosa central, pero sin ningún resultado.

“Baja”, dije, “vamos a ver si es al otro lado”.

Cambiamos la mesa y Jack de nuevo y ahora con éxito. Un pequeño pedazo había sido aserrado y clavado en la parte superior y al tirar de la rosa quedó esta levantada y se descubrió una cavidad como de seis pulgadas de largo en la que había un voluminoso manubrio. Por algún tiempo resistió éste, nuestro esfuerzo pues la maquinaria con él conectada, cubierta de herrumbre, se negaba a girar; al fin logramos que diera la vuelta; el enorme entrepaño se abrió como una puerta dejando ver en su interior un oscuro pasadizo abovedado con escaleras que hacia abajo conducían y de donde emanó de nuevo, más fuerte que nunca, aquél extraño y dulce perfume de Egipto que venía acosando en mi imaginación tanto tiempo hacía. Jack iba a lanzarse escaleras abajo, pero yo lo contuve.

“Calma, mi querido amigo”, le dije, “domina la paciencia, este lugar ha estado cerrado durante mucho tiempo y es preciso dejar que el aire lo ventile; no sabes qué letales gases pueden haberse acumulado en ese agujero horrible. Además, debes cerrar la puerta del cuarto para no ser interrumpidos en nuestra investigación”.

Logré al fin persuadirlo de que esperara cinco minutos, aun cuando no fue cosa fácil por nuestra excitación. Mientras tanto, no pudimos menos de quedar sorprendidos de la enorme fuerza de las paredes y del cuidado para proteger el entrepaño corredizo por medio de un gran refuerzo de encino, para impedir que produjera ruido en caso de un golpe accidental, y quedando así, en verdad, tan capaz de resistir cualquier impacto como otra parte cualquiera de la pared. Cuando pudimos notar la enorme fuerza de la cerradura nos explicamos bien el

trabajo que nos costó hacer girar el manubrio.

Transcurridos los cinco minutos encendimos un par de velas que hallamos sobre una repisa y con un sentimiento mezcla de placer y terror penetramos en el oculto pasadizo. La escalera daba vueltas en forma abrupta hacia la izquierda y descendía luego a lo ancho de la pared. Mis temores sobre falta de ventilación resultaron infundados, pues sentimos una fuerte corriente de aire que probaba que tenía que haber alguna abertura en el pasadizo.

Al final de la escalera nos encontramos en una larga y extensa bóveda de unos seis pies de anchura, de quizá unos treinta de longitud y seguramente de unos 14 o 15 de alto, tanto el piso como las paredes estaban revestidos de piedra y en la parte externa de la pared, cerca ya del techo, completamente fuera de nuestro alcance, pudimos ver una hendidura, semejante a las aspilleras que en la antigüedad se usaba para lanzar flechas dándose protección contra los enemigos, a través de la cual pasaba un poco de luz, así como la corriente de aire que habíamos advertido. En el suelo, en la extremidad más alejada, había dos grandes cajas de madera -único mobiliario de este calabozo- y sobre una de ellas un bulto negro que, a la luz parpadeante de las velas, daba la impresión horrible de un cadáver amortajado. “¿Qué será eso?”, dije yo, retrocediendo con instintivo horror; pero

Jack, abalanzándose hasta el extremo de la bóveda, y luego dejó caer la vela dando un grito ahogado y regresó hasta mí con el rostro pálido de terror.

“Es el cuerpo de un muerto”, balbuceó horrorizado; “debe ser el de Sir Ralph”.

“Seguramente”, dije yo en igual tono, “quedó aquí encerrado de algún modo y pereció de hambre”.

“¡Santo cielo!, gritó Jack lanzándose hasta más allá de mí y subiendo luego las escaleras con rápidas zancadas. De pronto creí yo que, trastornado por el terror, iba a abandonarme; pero poco después regresó, pálido aun de emoción.

“Imagínate, Tom”, dijo, “suponga que un golpe de viento cerrara aquella puerta; lo mismo que exactamente pudo habernos sucedido a

nosotros! Nadie sabe que exista este lugar y nadie hubiera venido a buscarnos y con una puerta de este espesor, ni siquiera soñar que hubiéramos podido salir o hacer que oyeran nuestros gritos. Pero ahora ya aseguré que la puerta quedara abierta y estamos a salvo”.

“Cosa horrible en verdad, pero que tenemos que examinar”, dije yo.

Nos acercamos al bulto, habiendo Jack recogido su vela y encendiéndola de nuevo. Apareció ante nuestros ojos una visión horrenda; sobre una de las cajas, cubierto con una túnica negra de anchas mangas, yacía un esqueleto; el rostro de macabro aspecto hacia arriba; los brazos caídos hacia los lados en lúgubre semejanza de sueño. Cerca de él, sobre el suelo, había una botella de extraña forma y ancho cuello y sobre la otra caja -me estremecí de horror al reconocerlo- iel mismo libro aquél que llevaba el espectro que me visitó durante el sueño! Levántelo y comencé a examinarlo. Se abrió precisamente en la hoja arrancada; pero rápidamente pasé a aquellas últimas que la espectral figura había apuntado con tanta insistencia y en las cuales había escrito lo siguiente:

Yo, el barón Ralph Fernleigh, dejo aquí escrita mi postrera voluntad. El juicio de Dios o la infame brujería me han encerrado aquí, en este oculto escondite de mi propiedad, del que no podré escapar. En este lugar he pasado tres días, con sus tres noches y pues no me espera otra cosa que perecer de hambre, he resuelto poner fin a tan miserable existencia ingiriendo algo de las venenosas resinas de las que tengo afortunadamente alguna cantidad. Pero antes haré confesión del horrendo pecado que pesa sobre mi alma y haré solemne recomendación al que descubra mi cuerpo y lea este escrito.

Nota: El documento explica por sí sólo por qué mi amigo se vio precisado a omitir parte del relato. C. W. L.

Y si quien lea estas palabras no cumple con la restitución que aquí ordeno o si revela a algún mortal mi horrendo crimen que aquí confieso, caiga sobre él para siempre mi solemne maldición y sepa que mi espíritu habrá de perseguirle hasta la tumba. Pero si da fiel cumplimiento a mi mandato, en pago de ello, le cederé haciéndolo mi heredero, toda la riqueza que aquí se encuentre, confiando en que hará de ella mejor uso que el que yo le di. Y así, que tenga Dios misericordia

de mi alma.

Ralph Fernleigh

La profunda impresión que nos produjo, la presencia de los despojos, la lectura de un mensaje procedente de un muerto, fácilmente puede imaginarse. Había tomado ya la botella de ancho cuello en cuyo fondo todavía quedaban residuos oscuros de una sustancia viscosa; evidentemente las “venenosas resinas” del relato; pero al saber su terrible asociación la arrojó al suelo horrorizado haciéndola romperse en mil pedazos. No fui capaz de reprocharle este arranque, a pesar de que el contenido no era otra cosa que el egipcio perfume cuya obtención tanto había deseado. (Puedo mencionar aquí que posteriormente recogí unos cuantos gránulos y que, habiéndolos sometido a análisis, vine a determinar que se trataba del leobhan de Persia sólo que, mezclado con belladona, cáñamo de la India y otros ingredientes vegetales cuya exacta naturaleza me fue imposible precisar).

Nuestro penoso deber siguiente consistió en el examen de las cajas; pero para ellos nos fue necesario quitar primero el esqueleto y era así que no ya eso, sino el sólo mirarlo nos causaba horror. Pero había que consumir nuestra misión y así fue que, tomando una de las sábanas de la cama, levantamos el macabro despojo del lecho en que había yacido tanto tiempo y lo colocamos sobre ella reverentemente. Luego, no sin dejar de ser víctimas de la excitación, abrimos las cajas, trabajo que no tuvo dificultad pues la llave puesta en la cerradura de una abría también la otra. En la primera estaba repleta de costales y cajas pequeñas, y con asombro encontramos que los costales contenían gran cantidad de oro y plata de diversos países; la otra vino a dar fe de la verdad de uno de los rumores sobre Sir Ralph, pues, en orden cuidadoso, se encontraba en ella una colección de gemas, talladas unas y otras en bruto, y algunas de las cuales, aun para nuestros ojos profanos, no podían ser sino joyas de inapreciable valor.

“¡Jack, amigo mío!”, dije asiéndole la mano (pues ni siquiera la fatídica presencia del esqueleto fue capaz de refrenar mi voz), “¡Pronto casarás con Lilián!, aun cumpliendo el mandato de Sir Ralph quedarás rico”.

“Sí, Tom”, respondió, “pero recuerde que es de usted la mitad de todo esto, ya que sin usted nunca hubiera sabido de su existencia”.

“No, no”, repliqué, “ni pensar en eso; tengo bastante para vivir con holgura y además esto a ti te corresponde; pues tú eres el heredero de Sir Ralph”.

Insistió él y para complacerlo tuve que aceptar una o dos de las mayores joyas como recuerdo. Contenía la otra caja, una gran cantidad de piezas de vajilla de plata, algunas muy ricas y de gran peso y media docena de barras de oro, probablemente la base del fantástico mito antes mencionado.

Al llegar al fin de nuestra investigación, comenzaba ya la noche; como era natural comimos con apetito y después de esto seguimos de sobremesa charlando y haciendo proyectos hasta ya muy bien entrada la noche. Con gran felicidad, aunque calladamente, pasamos el día de Navidad y el día martes, de acuerdo con lo convenido, comimos en la rectoría. No había exagerado Jack, en verdad, los encantos de la graciosa Lilián, y cuando en el transcurso de la tarde vi a la pareja salir del conservatorio, dando ambos muestras de deliciosa felicidad, comprendí que era oportuno felicitar cordialmente a mi querido amigo.

Poco tengo ya que decir. El encargo del moribundo Sir Ralph fue obedecido con escrúpulo. Jack y yo hicimos un viaje a cierta parte del Continente algo alejada, empleando el tiempo en hurgar viejos archivos y olvidadas genealogías hasta que al fin la expiación quedó consumada -consumada hasta don esto es posible en casos como el presente- pues el pecado cometido en el siglo anterior y el odio tradicional que ciertas familias profesaban a la memoria del aristócrata mago inglés cedieron su lugar a vívida y sincera gratitud. Se hizo todo lo que se pudo hacer; ciertamente Jack fue pródigamente generoso y todo hace esperar que Sir Ralph haya quedado satisfecho. Como quiera que sea nunca se ha aparecido ya, ni para tributarnos elogios, ni para lanzarnos reproches; confiamos, pues, en que su alma tanto tiempo atormentada descansa ya en paz.

Tres meses después -comenzaba a sonreír la rubia primavera-

retorné a Fernleigh invitado de padrino a una boda y al cruzar el pórtico del templo, la feliz desposada apuntó calladamente hacia una cruz de mármol sobre la cual se hallaba grabada esta inscripción:

SIR RALPH FERNLEIGH — BARÓN 1795

Aun cuando no fui yo mismo testigo presencial de los hechos de esta narración, llegaron a mi conocimiento apoyados en testimonio irrecusable; en verdad podría decir que tengo de ellos toda la evidencia que podría exigir cualquier jurado. Con su narrador tuve el placer de una íntima amistad de algunos años. A su amigo Mr. Fernleigh sólo una vez lo vi en una visita de unos cuantos días a la ciudad; pero en esa ocasión corroboró circunstancial y plenamente el relato que Mr. Keston hace de estos sucesos y me hizo cálida y cordial invitación para pasar una quincena en su finca y poder examinar con toda calma el lugar de los sucesos; y, más aun, como algunos compromisos me obligaron a no aceptar su invitación, tuvo la amabilidad de remitir a Mr. Keston (para mi inspección), el raro libro memorándum y la hoja desprendida de él, que contiene el criptógrafo que ocupa tan prominente lugar en este relato.

Es dudosa la aserción de Mr. Keston, respecto a que él no es mediumnístico en el ordinario sentido de la palabra. Hay en su carácter ciertas peculiaridades que pueden contribuir a dar explicación a lo que para él es un enigma desconcertante; la razón por la cual pudo haberlo elegido Sir Ralph para darle su comunicación. Es preeminentemente un profundo sensitivo capaz de rápida e íntima compasión, como pudo verse por su relato; un hombre que hace recordar los versos de Béranger:

*Son coeur est un luth
suspendu; Sitot qu'on le
touche il resonance*

Probablemente esta susceptibilidad a la compasión fue el motivo para que Sir Ralph lo eligiese como conducto para lograr su propósito.

La historia me parece diferir de algunas otras de “almas pegadas a la tierra” sólo en la primera visita del espectro en un lugar distante del de su muerte y a una persona especialmente relacionada con él, y en la

presciencia que parece ser que poseía de la visita que Mr. Keston había de hacer a Fernleigh, no solamente antes de que la invitación fuera hecha, sino antes también de que la *idea* de tal invitación (que hasta donde podemos ver fue completamente incidental) hubiera podido existir ni en la mente de Fernleigh, ni en la de Keston. Esto último es lo que más difícil me parece de explicar, ya que tal precognición parece implicar un poder de previsión mucho más considerable del que puede admitirse generalmente en seres sujetos a tales condiciones.

Es probable que la atención de Sir Ralph se haya fijado en Mr. Keston a causa de la amistad que lleva éste con Mr. J. Fernleig y que, advirtiéndolo en él, la suficiente impresionabilidad para recibir la comunicación, se haya propuesto transmitirle el mensaje en sus habitaciones pero que, habiendo fracasado en sus intentos haya influenciado a Mr. Fernleigh (cosa que pudo hacer con facilidad) para que invitara al primero al lugar que le era familiar y donde su poder era mayor. La circunstancia de que ese extraño y mágico perfume de Egipto hubiera sido conocido por ambos, puede estimarse como una simple aun cuando intrigante coincidencia.

El Templo Abandonado

Vivía yo, hace muchos años, en una pequeña aldea a siete u ocho millas de Londres; un pueblecillo tan quieto y aislado y de tan arcaico aspecto, que podría creerse que distaba unas cien millas de todo centro de actividad comercial y que poco a poco fue siendo absorbido por la gigantesca urbe en su constante e incontenible expansión; el viejo camino carretero, bordeado de altos olmos que rivalizaban con los más hermosos del reino, tiene ahora a ambos lados, primorosas residencias suburbanas; una nueva estación ferroviaria facilita el tráfico de las masas obreras y las viejas y pintorescas casitas de madera cayeron derribadas y en su lugar han sido erigidas suntuosas residencias señoriales.

Bien: nada sino la marcha arrolladora del progreso; el avance de la civilización; pero, tal vez, algún viejo aldeano sufra la nostalgia de la sedante paz de la apartada villa.

No llevaba yo mucho tiempo en el lugar cuando trabé amistad con el clérigo del distrito, a quien ofrecí ayudar en lo que me fuera posible en las actividades de la parroquia y, habiendo él aceptado amablemente mi ofrecimiento, y advertido mi afecto hacia los niños, me nombró maestro de la escuela dominical y superintendente de ella en las ocasiones propicias. Siguiere de aquí, como es natural, que me relacioné en forma muy estrecha con la juventud del lugar y especialmente con los muchachos elegidos para cantar en el coro de la iglesia, entre los cuales descollaban Lionel y Edgardo St. Aubyn, que daban muestras de especiales facultades para la música y a los que ofrecí instrucción particular en mi casa para que pudieran desarrollar sus capacidades. Huelga decir que aceptaron mi ofrecimiento con entusiasmo y que poco después existía entre ellos y yo una cordial amistad.

Estaba yo a la sazón interesado en el estudio de los fenómenos espíritas y, habiendo descubierto de manera accidental, que ambos chicos eran buenos médiums físicos, tuvimos algunas sesiones en mi casa, después de terminada la clase de música. Fueron curiosas

algunas de nuestras experiencias; pero no es de ellas de lo que ahora voy a hablar. Diré simplemente que, después de tales sesiones, era ya mi costumbre acompañar a los dos cantores hasta su casa, alejada cosa de milla y media de la mía.

En una de estas ocasiones, me puse a escribir hasta muy entrada la noche en la biblioteca en que la reunión espírita había tenido lugar. Había ya notado que después de una sesión, el mobiliario solía crujir en forma desagradable (llegando en ocasiones hasta a moverse a intervalos ligeramente), durante algunas horas; en la noche de que hablo, tal cosa se hizo sumamente notoria. Seguí escribiendo, no obstante, sin prestar a ello mucha atención, hasta que, a eso de las dos de la madrugada, repentinamente y sin que yo tuviera conciencia de la más ligera razón para ello, sentí un impulso incontrolable de penetrar en mi alcoba que había quedado cerrada. Algo intrigado, dejé la pluma, abrí la puerta y salí al pasadizo.

¡Cuál no sería mi sorpresa al ver entreabierta la puerta de mi cuarto, en el que brillaba una luz, cuando bien seguro estaba de que el cuarto había quedado a oscuras! Me acerqué prontamente a la puerta y sin tratar de abrirla más, miré al interior del cuarto cautelosamente. Lo que pude ver entonces me dejó tan asombrado que permanecí inmóvil por algunos momentos, sin poder cambiar mi vista para otra parte. Aun cuando no había allí ninguna cosa que pudiera producir luz, ni una lámpara, ni una vela, el cuarto estaba bañado por un suave resplandor como de plata, que hacía claramente visibles todos los objetos. Nada extraño pudo descubrir mi vista que exploraba con avidez por todo el rededor de la pieza, hasta que mis ojos llegaron a los pies de la cama; ahí estaba -al escribirlo siento todavía el súbito estremecimiento que subió por mi dorso- la forma de Lionel St. Aubyn, a quien había yo visto entrar en la casa de su madre sano y salvo cinco horas antes!

Precisado me veo a declarar que mi primer impulso no fue el de un héroe: quise empujar la puerta con violencia y regresar corriendo a mi comfortable biblioteca; logré, sin embargo, dominar mis nervios; me hice de ánimo, abrí un poco más la puerta y caminé lentamente hasta llegar a los pies de la cama. Sí; ahí estaba Lionel indudablemente; no

era posible confundirlo, a pesar de no tener parecido ninguno con el que había yo conocido hasta entonces. Las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos bien abiertos mirando fijamente a los míos, con una extraña expresión. Aun cuando hasta entonces no había yo tenido oportunidad de presenciar tal cosa, sentí inmediatamente como por instinto que su brillante y firme mirar no era sino el de una suprema visión clarividente y que el muchacho se hallaba en el más alto grado de un trance de éxtasis, de esos que ni aun los más grandes mesmeristas pueden inducir en sus mejores sujetos, a no ser en muy raras ocasiones.

Creía notar en sus ojos que me había reconocido, pero sin que hubiera el más ligero movimiento en su cara, ni en sus miembros; la contemplación en que se hallaba sumergido era demasiado profunda. Vestía una larga túnica blanca, semejante al alba sacerdotal; cruzaba su pecho una ancha banda de color carmesí bordada profusamente con oro en los bordes. Los sentimientos que de mí se apoderaron ante esta extraña aparición más fáciles son de imaginar, que de describir; descollaba entre todos ellos la impresión de que debía hallarme dormido y era tan fuerte este pensamiento, que tengo el preciso recuerdo que me di un pinchazo en el brazo izquierdo, como suelen hacer los personajes de las novelas, para saber realmente si estaba despierto. El resultado pareció demostrar que sí y así fue que apoyé los brazos sobre el barandal de la cama durante un momento para hacerme de ánimos y seguir adelante hasta tocar a mi inesperado visitante.

Pero al detenerme, un cambio acaeció en cuanto me circundaba; pareció que las paredes del cuarto se expandían, y súbitamente -aun cuando estaba yo aun reclinado en los pies de la cama mirando con fijeza a su misterioso ocupante- advertí que nos encontrábamos en el centro de un vasto y sombrío templo, como los del antiguo Egipto, sembrado por todas partes de macizas columnas, y cuyo techo era de tal elevación que difícilmente podía ser visible en la débil y mística luz. Al mirar a mi alrededor, lleno de asombro, pude distinguir que las paredes estaban adornadas con enormes pinturas (algunas de cuyas figuras eran considerablemente mayores que de tamaño natural), aun

cuando la luz no era suficientemente fuerte para dejarlas ver con claridad. Nos encontrábamos completamente solos y mi errabunda mirada se fijó pronto nuevamente en la inexplicable presencia de mi compañero en trance.

Y tuvo lugar una experiencia cuya apropiada descripción me es muy difícil, si no es que imposible. Puedo tan solo indicar que en aquellos momentos me pareció haber logrado la clave de la solución del problema de existir conscientemente en dos lugares a la vez, pues mientras seguía mirando con firmeza a Lionel que estaba dentro del templo, me sentía simultáneamente fuera de él, en frente de un pórtico enorme. La fachada magnífica parecía mirar al poniente, pues los anchos escalones de mármol negro (cincuenta podían ser por lo menos) que se extendían a todo lo ancho del edificio conduciendo hasta el templo desde la llanura, lanzaban destellos rojos como la sangre, bajo el beso del sol que se ponía. Examiné a mí alrededor en busca de habitaciones circundantes; pero nada se veía en ninguna dirección, salvo tan solo tres altas palmeras en la lejanía, hacia la izquierda en toda la inmensa plana extensión del desierto de arena. Jamás hasta el día de mi muerte podré olvidar aquel paisaje desolado y solemne; aquél desierto amarillo interminable; el grupo solitario de palmeras y el templo enorme abandonado, bañado en la luz del sol, roja como la sangre.

Prontamente se diluyó esta escena, y yo me encontré de nuevo adentro, conservando aun aquella extraña conciencia duple, pues mientras que una parte de mí permanecía aun en la postura original, la otra tenía la visión de los maravillosos cuadros que adornaban la pared sucediéndose como efímeras proyecciones de linterna mágica. Desgraciadamente nunca he podido yo recordar con claridad los temas de esas pinturas, pero sí sé que eran de asuntos muy intrigantes y que las figuras humanas eran de extraordinario realismo y daban fuerte impresión de estar dotadas de espíritu.

Esta exhibición pareció durar algún tiempo; luego, súbitamente, mi conciencia perdió su duplicidad y concentróse nuevamente donde el visible cuerpo había yacido durante todo el tiempo; me apoyaba yo entonces sobre el marco de la cama, con los brazos cruzados y los ojos

fijos insistentemente en el rostro del muchacho.

Estaba yo ahí, confuso, despavorido, cuando una voz hirió mi oído con precipitación que me hizo estremecer de horror; una voz natural, común y corriente, pero muy clara e imperativa.

“Lionel no debe ser mesmerizado”, dijo; “podría morir”.

Miré a mí alrededor ansiosamente, pero a nadie pude ver y no volví a oír ninguna otra palabra. Nuevamente pinché mi brazo, esperando encontrarme soñando; pero no: el resultado fue el de siempre y tuve la conciencia de que el terror que me invadía podría llegar a convertirse en pánico humillante a menos de que un esfuerzo de mi parte lograra poner fin al hechizo; así pues, reuniendo valor, caminé lentamente a lo largo del lado de la cama.

Quedé así muy cerca de Lionel; incliné la cabeza hasta ver muy de cerca su cara; no se le movía un solo músculo; no había cambiado en lo más mínimo la expresión de aquellos ojos de luminosidad maravillosa y por algunos momentos permanecí hechizado y sin aliento, mi cara a pocas pulgadas de la suya. Luego, un poderoso esfuerzo me permitió escapar de aquella influencia dominadora y asir reciamente la figura que se hallaba ante mí. Un momento más y la luz se desvaneció; y yo me hallé en plena obscuridad arrodillado junto a mi propia cama, oprimiendo ansiosamente la colcha con ambas manos!

Me levanté, reuní mis desperdigadas fuerzas y traté de persuadirme de que, habiéndome quedado dormido en la silla, tuve un sueño de vividez extraordinaria, durante el curso del cual, caminé hasta mi alcoba. No puedo decir que esta explicación me haya sido satisfactoria, pues mi sentido común me aseguraba lo contrario; pero, como quiera que haya sido, comprendí que ya no podía trabajar más en esa noche y, así pues, cerré mi escritorio, me froté la cabeza con agua fría y me metí en la cama.

Aun cuando a la mañana siguiente me levanté ya tarde, me sentía aun extremadamente débil y fatigado, lo que atribuía a la influencia del extraño sueño; decidí, no obstante, no comunicar a nadie nada de todo esto, por temor de alarmar a mi madre. Recuerdo que en la plena luz del día miraba con curiosidad las huellas que habían quedado en

mi brazo izquierdo a consecuencia de los pinchazos que me había dado durante el sueño. Aquella noche sucedió que Lionel St. Aubyn fue a visitarme nuevamente a mi casa; no recuerdo ahora con qué propósito; pero sí recuerdo con distinta claridad que en el curso de la conversación me dijo de improviso: “Oh, Señor, anoche tuve un sueño tan extraño!”.

Algo así como una descarga eléctrica sacudió mi cuerpo al oír tales palabras, pero conservé la suficiente presencia de ánimo para decir: “¿Tuviste un sueño?”. Bueno, precisamente voy ahora a salir; puedes hablarme de esto mientras caminamos”.

Tuve inmediatamente el presentimiento de lo que me iba a narrar, lo que me hizo darme maña para evitar que lo fuera a escuchar mi madre. Tan pronto como estuvimos fuera, le hice iniciar el relato y el escalofrío de la noche anterior corrió por mi espina dorsal cuando comenzó a decir:

“Soñé, señor, que estaba acostado en la cama; no dormido, aun cuando incapaz de mover los pies y las manos; pero veía muy bien, sentía algo muy extraño que jamás había experimentado. Me sentí con una sapiencia tal, que tenía la seguridad de poder contestar sin la menor vacilación cualquier pregunta que se me hiciese”.

“¿En qué postura estabas, Lionel?”, le pregunté notando que se me ponía el pelo de punta al oír la contestación.

“Estaba tendido boca arriba con los brazos cruzados sobre el pecho”.

“Me supongo que llevarías ese mismo vestido”.

“No, señor: Tenía un largo vestido blanco como el que usan los sacerdotes debajo de la casulla y me rodeaba el pecho, desde uno de los hombros, una ancha faja roja, con bordados de oro; icsa tan bonita; no puede usted imaginarlo!”.

Bien recordaba yo cómo era, pero quise ocultar mis pensamientos. Para entonces ya sabía yo que mi expedición de la noche anterior era más que un sueño ordinario y comprendí que su experiencia había sido idéntica a la mía; pero me dominaba un vivo deseo de buscar cualquier diferencia, de encontrar la menor discrepancia en un relato para poderme escapar de tener que aceptarlo; y así fue que le

pregunté: “¿Estabas en tu alcoba, naturalmente?”.

“No, señor, primero estaba en un cuarto que me parecía conocer; pero éste comenzó repentinamente a hacerse más y más grande hasta convertirse en un inmenso templo muy extraño, como los que he visto pintados en los libros, con grandes columnas macizas y con hermosos cuadros en las paredes”.

“Sueño muy interesante Lionel; dime, ¿cómo era la ciudad en que se hallaba el templo?”.

Todo era inútil; no podía yo lograr que divergiera. La respuesta inevitable surgió como yo la presentía:

“No, no, en ninguna ciudad; estaba en la mitad de una gran llanura de arena como el desierto de Sahara que viene en las geografías; sólo veía yo un mar de arena y tres grandes árboles sin ramas, como los que tienen las fotografías de Palestina”.

“¿Y de qué estaba construido el templo?”:

“De brillante mármol negro, señor; pero la escalera que había en su frente parecía roja a los reflejos del sol”.

“Pero, ¿cómo podías ver tú todo esto, si estabas adentro?”.

“No sé; es muy extraño; no entiendo cómo, pero me sentía adentro y afuera al mismo tiempo; y aunque no me podía mover durante todo el sueño, me parecía que iba a mirar los bellos cuadros de las paredes; pero no puedo yo entender como era todo esto”.

Y por fin le hice la pregunta que había bullido desde un principio en mi cerebro; la pregunta que me daba al mismo tiempo ansia y terror:

“¿Viste a alguien en ese extraño sueño, Lionel?”.

“Sí; respondió con brillante expresión; lo vía a usted; sólo a usted”.

“Vino usted cuando yo estaba en el cuarto; asomó usted primero por la puerta y al verme pareció sorprendido y se quedó mirándome fijamente; entró luego en el cuarto y caminó muy despacio hasta los pies de la cama. Se agarró usted del brazo y advertí que se lo pinchó. Apoyó luego los brazos en el barandal de la cama y así permaneció durante todo el tiempo en que estuvimos en el extraño templo mientras veíamos las pinturas. Cuando esto último pasó ya, volvió a

tomarse del brazo y se aproximó lentamente hacia mí por el largo de la cama. Me miraba en forma tan rara y con tanta fijeza que me quedé sobrecogido”. (“No tengo duda de que así lo hice”, pensé, “así lo hice ciertamente”). “Luego se acercó aun más hasta casi tocar mi cara con la suya y sin que yo pudiese moverme aun. Me pareció poco después que daba usted un salto y que me agarraba con las manos; entonces desperté, encontrándome tranquilamente acostado en mi cama, en mi casa”.

Como puede imaginar sin esfuerzo el lector, esta exacta confirmación de mi experiencia y la extraña manera en que el chico había evidentemente visto todo lo que yo había hecho, advirtiéndome hasta los menores detalles, me causó viva impresión, aumentada por la ingenua espontaneidad infantil del relato mientras caminábamos a la luz litúrgica de la reina de la noche y bajo la sombra del espeso arbolado del camino solitario; pero yo me limité a dar muestras de asombro e interés y hasta este día Lionel St. Aubyn no tiene aun idea de la verdadera calidad de su “curioso sueño”.

He cuidado de reseñar estos sucesos tal como acontecieron con escrupulosa exactitud. ¿Cómo pueden explicarse? Dos formas se me ocurren; pero ambas presentan sus dificultades. La experiencia puede ser un ejemplo de lo que se conoce por doble sueño, en el cual dos personas sueñan a la vez la misma cosa exactamente. Es probable que cuando tal cosa sucede nada más una de las dos personas sueña realmente en forma activa, reflejando en el cerebro de la otra las cosas que ve o evoca o imprimiéndolas hipnóticamente sobre ella. En tales casos las dos personas que participan en el evento ven y hacen por lo general las mismas cosas exactamente; pero en esta ocasión, aun cuando ambos vimos los mismos objetos y tuvimos la misma extraordinaria experiencia de conciencia doble, nuestras acciones fueron diferentes y cada quien de nosotros vio al otro tal como éste se imaginaba estar.

La otra hipótesis consiste en que Lionel estuvo realmente en mi cuarto en su cuerpo astral y que, o él estaba magnetizado, o mi vista estaba temporalmente en condiciones capaces de poderlo ver; en que nosotros dos emprendimos en realidad un viaje astral por el espacio

hasta el templo abandonado en el desierto lejano y tuvimos allí, juntos, la misma extraña experiencia. Esta teoría, como queda ya dicho, presenta también sus dificultades y para los profanos en la materia podrá aparecer menos satisfactoria que la anterior; por lo que a mí toca, creo que puede ser parcialmente aceptable por lo menos. Creo que Lionel fue conducido astralmente hasta mi cuarto y que lo vi en él; aunque no es imposible que la visión haya sido impresa sobre nosotros por alguna voluntad superior a la nuestra.

Siempre me ha quedado la sospecha de que *había* una tercera voluntad involucrada en este asunto y que las palabras pronunciadas por la voz misteriosa fueron la *raison d'être* de todo ello. Un miembro adulto del coro de la iglesia, que estaba al tanto de los satisfactorios resultados de nuestras sesiones, tenía grandes deseos de poner a prueba sus presuntas facultades mesméricas con Lionel, sosteniendo que un médium tan idóneo probablemente alcanzaría clarividencia durante el trance. Yo me opuse a esto instintivamente, aun cuando sin ninguna razón precisa para ello, por lo cual quizá me hubiera dejado persuadir; pero después de tan extraños acontecimientos me rehusé en forma bien definida a dar mi sanción a ningún experimento de esta clase, ya que, tras de semejante experiencia, lo contrario no hubiera sido otra cosa que insigne majadería. Ahora bien: el hacer esta advertencia *pudo* haber sido el objeto de la visión y todos los recursos puestos en juego el medio simplemente de dejar fuertemente impresa esta orden en nuestra mente: finalidad que quedó bien lograda en verdad.

La Promesa del Comandante Rivers

La historia que voy a referir constituye uno de mis más viejos recuerdos, pues la escuché, hace ya muchos años, de labios de mi bisabuelo. Aun cuando al hacerme él este relato tenía ya, ocho o nueve años más de los ochenta inviernos, que es lo que se suele considerar como el límite de la existencia humana, caminaba aun erguido como un soldado y demostraba todavía no solamente el uso completo de todas sus facultades, sino también un cierto grado de vigor tanto físico como mental, poco frecuente en edad tan avanzada, lo que puede inferirse del hecho de que no abandonó la costumbre de pasear a caballo sino hasta tres semanas antes de su muerte, lo que le sucedió a los noventa y dos años.

Así pues, no queda al lector escéptico el recurso de rechazar la veracidad de este relato atribuyéndole deformaciones motivadas por mi chochez, ni tampoco el de hacerlo a un lado considerándolo exagerado por la exuberancia de mi infantil fantasía, ya que, al transcribirlo ahora, cuento, no sólo con el auxilio de mi memoria, sino también con una reseña cuidadosamente escrita (fecha en el año en que los sucesos acaecieron), y que fue hallada entre otros papeles que mi bisabuelo dejó a su muerte. Y cabe aquí el hacer notar que, aun cuando no tuve yo oportunidad de leer esos papeles sino hasta veinte años después de haber sido escritos, advertí entonces que coincidían en todos sus detalles con los vívidos recuerdos que conservaba entonces del extraño relato.

Reproduzco ahora, pues, en forma casi literal, la reseña escrita, añadiendo solamente uno que otro detalle de la conversación y cambiando, por supuesto, los nombres de los actores. Recuerdo que mi bisabuelo solía decirnos que cierto autor (cuyo nombre no guardaba en la memoria), visitó a uno de los amigos que intervinieron en estos acontecimientos para suplicarle le diera autorización para omitir su participación en los hechos. Así se explica que esta historia

forme parte del magnífico libro de Catalina Crowe “El Lado Nocturno de la Naturaleza”, en el que aparece muy compendiada, omitiéndose en ella muchos de los fenómenos que aquí se relatan. La reseña de mi anciano bisabuelo es, pues, como sigue:

Siendo yo muy joven ingresé como cadete al servicio de la Honorable Compañía de la India Oriental y embarqué en Plymouth a bordo del “Somerset” en una mañana con otros muchachos que, emprendiendo la misma aventura se dirigían también para el oriente. El grupo que formábamos, muchachos alegres, juguetones y risueños, tenía ante sus ojos, en aquellos tiempos de aventuras románticas, luminosas visiones de gloria en el campo de batalla.

Cuentos, chistes, canciones... a todo se recurrió para hacer algo más llevaderas las monótonas horas de la larga travesía.

Uno de los camaradas ejercía sobre mí una peculiar atracción, quizá por ser él, único en todo el grupo que parecía sufrir accesos ocasionales de tristeza; serias cavilaciones durante las cuales se recluía en sí mismo, rehusando casi la compañía de los demás. Era un muchacho escocés, llamado Camerón; robusto, tostado por el sol, de elevada estatura; ilustrado, pero que no gustaba de hacer ostentación de sus conocimientos; hombre, en fin, que al momento dejaba ver que estaba por encima del tipo común y posiblemente tenía su historia.

Como dije antes ejercía sobre mí, extraña fascinación y, aun cuando reservado en un principio, trabó al fin conmigo estrecha amistad; en sus momentos de honda melancolía, cuando trataba de evadir contacto con los demás, parecía sin embargo, encontrar en mi compañía una especie de callado placer. En tales ocasiones hablaba poco y permanecía abstraído en la contemplación del horizonte, fijos los ojos negros y profundos en la lejanía.

Es esa la apariencia del que ha sufrido un dolor terrible, alguna experiencia macabra (pensé yo en varias ocasiones) y ha quedado marcado para siempre, como fuera ya del resto de los humanos; pero nunca le hice ninguna pregunta esperando con paciencia que llegara el tiempo en que, madura ya nuestra amistad, me revelara el secreto.

Advertí algo más; que siempre que la conversación caía en lo

sobrenatural, cosa que tuvo lugar varias veces durante el viaje (tema ante el cual la mayoría de nosotros hacía gala de burlón escepticismo, tal como a la sazón se acostumbraba), mi amigo no sólo se abstenía de externar ninguna opinión, sino que invariablemente se retiraba del lugar o se esforzaba por cambiar el curso de la conversación. Nadie más, sin embargo, pareció darse cuenta de esto y yo nunca hice alusión a ello.

Bien: a su debido tiempo llegamos a Madrás y, luego de haber permanecido allí un par de semanas, cinco de nosotros, entre ellos mi amigo Camerón y yo, recibimos órdenes de reunirnos con nuestro regimiento en un punto lejano del país. El grupo expedicionario quedó a las órdenes del comandante Rivers, quien, durante el corto tiempo de haberlo nosotros conocido, habíase ya ganado toda nuestra simpatía. Era un hombre pequeño, delgado, de miopes ojos grises; de amable sonrisa muy peculiar y simpática; de extremada puntualidad en cosas sin importancia; pero franco, bondadoso y cordial; soldado de los pies a la cabeza y deportista hasta la médula. Su afición al deporte le había dejado la huella indeleble de una cojera muy notoria, a consecuencia de un accidente de cacería.

Una gran parte del viaje tenía que hacerse por agua, así es que se preparó una especie de lanchón en el cual salimos una mañana al romper el día. Pronto comenzó a agobiarnos el calor insoportable de la extensa planicie tropical y como nuestro caminar era sumamente lento, nos torturó siempre la opresión del tiempo. En ocasiones bajábamos a tierra dejando la embarcación para poder estirar algo las piernas, caminando unas cuantas yardas, pero bien pronto el sol abrasador nos causaba un cansancio que nos hacía regresar bajo el toldo de la embarcación. Para la tarde del segundo día nos hallábamos ya en un grado tal de fastidio que lindaba con la desesperación, cuando el comandante, con su amable sonrisa, dijo repentinamente:

“Caballeros, tengo una proposición”.

“¿Cuál?, ¿Cuál?”, gritamos a coro, “cualquier cosa contra esta monotonía detestable”.

“Mi idea”, dijo el comandante, “es esta. ¿Veis aquella colina, allá a la

derecha? Bien, yo conozco toda esta parte de la región y sé que el río pasa precisamente al otro lado de la colina. Ahora bien: aun cuando está, como veis a sólo unas cuantas millas en línea recta, por agua dista por lo menos cuatro veces más a causa de las vueltas que da el río. Ya vamos a parar, para pasar la noche y me parece a mí que, si soltamos el bote aquí mañana por la mañana, de tal manera que podamos alcanzarlo en la tarde en las faldas de la colina, podremos librarnos un poco del fastidio del viaje, cazando en la selva en la que sé por experiencia que vamos a encontrar muchas oportunidades”.

Como es natural, aclamamos con entusiasmo la sugestión y al siguiente día, muy temprano tomamos nuestros rifles y saltamos a tierra, llevando en nuestra compañía un hermoso perro propiedad de uno de nosotros; un fino y magnífico animal al que todos queríamos. El comandante, queriendo contribuir a la diversión, se puso en los pies un enorme par de botas de doble tamaño del que necesitaba; pero cuando alguien dijo que más preparado parecía para la pesca, que para la caza, se limitó a indicar entre francas risotadas, que antes de concluir el día probablemente todos desearíamos estar tan bien preparados como él. Realmente tenía razón, pues pronto vimos que por grandes tramos el suelo estaba en tal forma pantanoso, que en muchas ocasiones, para poder poner los pies teníamos que saltar de mata en mata y de piedra en piedra en forma tal que, cargados como íbamos con los rifles, sudábamos ya copiosamente. Al final aumentaron nuestras dificultades al topar con una corriente fangosa de doce pies de anchura.

“Largo salto para ir cargando el rifle”, dije.

“¡Oh!”, replicó el comandante, “yo creo que podremos salir adelante; voy a hacer la prueba como sea y si lo consigo yo con mi pierna coja, fácil será para todos ustedes, muchachos jóvenes”.

Tomando un corto impulso logró brincar precisamente todo el ancho del arroyo; pero por desgracia resbalaron sus pies al tocar el borde fangoso de la corriente, y cayó al agua. En un momento saltamos todos nosotros logrando pasar sin contratiempos hasta la otra orilla y nos abalanzamos para darle auxilio. Estaba completamente ileso y gracias a sus enormes botas, ni siquiera se

había mojado; su rifle sí quedó lleno de lodo y fue necesario limpiarlo muy bien. Riendo a carcajadas se echó bajo el árbol más cercano y comenzó a abanicarse con el sombrero, mientras decía:

“Tenéis que seguir adelante sin mí durante algún tiempo”.

Nos negamos a dejarlo solo objetando que no conocíamos la región y le ofrecimos detenernos para ayudarlo; pero él se rehusó.

“No, no”, dijo, “debéis proseguir para ver si encontráis algo; en una media hora yo también reanudaré el camino. No podemos extraviarnos ni ustedes, ni yo y en el peor de los casos siempre está la colina que puede servirnos de orientación; basta con subir a un árbol para encontrar enseguida la dirección. Pero en cualquier caso, no dejéis de encontraros a la cinco con el bote, pues sea que yo les pase a ustedes, o que me quede atrás, *les prometo estar allí para encontrarlos*”.

Le obedecimos con algún desagrado y nos lanzamos al interior de la selva dejándolo acostado aun bajo el árbol y abanicándose con el sombrero. Habríamos caminado durante cosa de media hora sin grandes resultados, y comenzábamos a interrogarnos dónde había de encontrarnos el comandante, cuando Camerón, que a la sazón se hallaba junto a mí, se detuvo de improviso y, pálido como un muerto, apuntó hacia delante gritando horrorizado:

“¡Mirad! ¡Mirad! ¡Cielo Santo, Mirad ahí!”.

“¿Dónde?, ¿Qué?, ¿Qué pasa?”, gritamos todos confusamente, mientras nos lanzábamos hacia él y mirábamos a su alrededor esperando ver un tigre, una cobra, no sabíamos bien qué; pero sin duda alguna algo terrible, pues que había sido suficiente para causar tan notoria emoción en persona de tanta sangre fría como nuestro camarada. Pero ni tigre, ni cobra pudimos ver; sólo a Camerón, apuntando con el rostro desencajado de terror y con los ojos que salían de sus órbitas, a *alguna cosa que nosotros no podíamos ver*.

“¡Camerón! ¡Camerón!”, grité tomándolo por un brazo, “por Dios Santo, habla! ¿Qué sucede?”

Habrían apenas salido estas palabras de mis labios cuando un sonido bajo y muy peculiar hirió mi oído. Camerón dejó caer la mano

con que había estado apuntando, dijo con ronca voz:

“¡Ahí! ¿Oísteis? ¡Gracias a Dios ya pasó!”.

Al pronunciar estas palabras, cayó al suelo desmayado. Siguió a este momento una gran confusión; alguno de nosotros le desabrochó el cuello; yo le eché en la cara un poco de agua que traía afortunadamente en mi cantimplora, mientras que alguno otro trató de verter un poco de aguardiente entre sus dientes contraídos; al amparo de todo este desconcierto, murmuré al oído del hombre que estaba inmediato a mí (uno de los mayores escépticos, dicho sea de paso):

“Beauchamp, ¿oíste alguna cosa?”.

“Claro, sí”, replicó, un sonido raro, muy raro; una especie de estampido, un zumbido, allá lejos; pero muy claro; si no fuera porque es imposible, juraría que fue el zumbido de una descarga de fusilería”.

“Exactamente esa fue mi impresión”, murmuré yo; “pero mira, mira, Camerón está ya volviendo en sí”. Un par de minutos después, podía hablar ya débilmente y comenzó por darnos las gracias y pedirnos sus excusas por las molestias que nos había causado y tan pronto como se sentó, recargándose en un árbol, dijo con voz firme pero débil todavía:

“Mis queridos amigos: debo daros una explicación de mi extraña conducta. Es una explicación que de muy buena gana omitiría; pero, pues tendré que darla más temprano o más tarde, sea ahora de una buena vez”.

“Quizá hayáis notado que durante la travesía, cuando os reuníais para hacer burla de sueños, portentos y visiones de esa índole, evadía yo invariablemente el dar mi opinión sobre el asunto. Procedía así porque, a la vez que tenía el temor de ponerme en ridículo o de provocar discusiones, érame imposible el ponerme de acuerdo con vosotros, pues sé perfectamente bien, por terribles experiencias personales, que el mundo que los hombres han convenido en llamar sobrenatural, es de una existencia tan real como el que nos circunda, y aun quizá más todavía. En otras palabras, yo, como muchos de mis paisanos, tengo la maldición de estar dotado de lo que los ocultistas denominan segunda visión -esa tremenda facultad que permite

anticipar la visión de las calamidades que están próximas a ocurrir”.

“Una de tales visiones es la que acabo de tener y su horror excepcional me ha ocasionado lo que habéis visto. Vi un cadáver ante mí; no el cadáver del que ha muerto pacíficamente de muerte natural, sino el de que ha sido víctima de un accidente terrible; una deforme masa sanguinolenta, con la cara hinchada, aplastada, irreconocible. Vi este objeto horroroso colocado en un ataúd y los servicios funerales; vi el cementerio, los sacerdotes y aunque nunca había yo visto, ni al uno, ni a los otros, los puedo ahora reconstruir fielmente en mi imaginación. Te vi a ti, a mí, a ti Beauchamp, a todos nosotros y otros muchos más presenciando el entierro; vi que los soldados levantaron sus fusiles, luego de terminar la ceremonia y oí claramente el ruido de la descarga; luego no supe más”.

Al hablar Camerón de la descarga de fusilería me estremecí y clavé en Beauchamp una mirada de inteligencia; la expresión del hermoso rostro del muchacho escéptico, petrificado por el horror, es cosa que difícilmente podré olvidar. La visión ejercía su hechizo sobre todos nosotros y nadie quería ser el primero en hablar; y por un largo minuto, por dos quizá, hubo un silencio mortal: el silencio del mediodía de los trópicos, mucho más profundo que el de la media noche.

Y luego, de repente, se rompió el silencio. Quedó roto, no por ninguno de los sonidos ordinarios de la selva; sino por uno que en las circunstancias nos causó mayor impresión que el rugido del tigre o el silbido de la serpiente; el profundo solemne “tañido” de una campana de iglesia.

“Buen Dios, ¿qué es esto?”, gritó Beauchamp anonadado, en tanto que todos nosotros nos poníamos de pie y mientras el perro levantaba la cabeza lanzando aullidos lastimeros.

“Es la campana que llama para los funerales de que habló Camerón”, dijo Granville, el gracioso del grupo, tratando de aparentar una sonrisa en el rostro pálido; pero creo yo que nunca haya habido una broma más inoportuna, pues nadie estaba en ánimo de reír. Todavía estábamos anonadados por el horror, mirándonos unos a otros,

cuando el inconfundible y sonoro “tañido” volvió a vibrar en nuestros oídos; no llevado por el viento, ni reducido por la distancia, sino surgiendo allí, precisamente en medio de nosotros, resonando en nuestras cabezas; tan próximo, tan cercano, que sentíamos que el suelo vibraba dando su respuesta.

“Dejemos este lugar maldito”, dije yo, tomando por un brazo a Camerón, Beauchamp lo tomó por el otro y entre los dos, medio lo llevamos cargado, medio lo arrastramos. Nos siguieron los demás; pero no habríamos caminado unas diez yardas cuando el lúgubre tañido sonó una vez más entre nosotros, añadiendo alas a nuestra velocidad; de nuevo el perro aulló tristemente.

Nada aconteció ya, sin embargo y durante una milla o más caminamos en silencio apresuradamente; hasta que llegamos a una hermosa hondonada cubierta de césped sobre la que serpenteaba un claro arroyuelo como de plata, sobre cuyas orillas nos echamos para descansar, pues Camerón, no repuesto aun del todo, parecía incapaz de continuar la marcha. Después de haber bebido del claro y fresco líquido del arroyo, con algo ya de serenidad, comenzamos a pasar revista a nuestra reciente y extraña experiencia.

En cuanto a la visión que Camerón había tenido, era imposible negar, en vista de su intensa y dolorosa agitación, que era para él, cosa verdaderamente real; pero (tratándose de un fenómeno puramente subjetivo), poco quedaba que decir sobre esto. Algo más difícil de explicar era el débil, lejano zumbido de la descarga de fusilería que habíamos oído Beauchamp y yo. Granville y Johnson, que no habían oído nada, revelaron que el sonido exista solamente en nuestra imaginación calenturienta, influenciados, como teníamos que estar, por la extraña condición en que Camerón se encontraba; y cuando hicimos notar la coincidencia de este zumbido con el que casi terminaba el relato de Camerón, atribuyeron todo esto a mera coincidencia.

Ni Beauchamp ni yo quedamos satisfechos: *nosotros habíamos oído* el sonido y *sabíamos* que la teoría no daba una verdadera explicación; pero como nos fue del todo imposible sugerir una más aceptable, consideramos inútil argumentar. Y luego ¡aquella campana de iglesia

con su pavoroso tañer! Nadie pensó en atribuir esto a la imaginación; todos lo habíamos oído; todos sentimos la vibración del suelo; todos estamos acordes en la descripción de su sonido y en que éste se producía precisamente donde nosotros estábamos.

“Algún medio *ha de haber*”, dijo Granville, “de explicar esto en el terreno de lo natural; aun cuando fuese cierto eso de los espíritus, absurdo sería suponer que son capaces de producir sonido como ese. He leído de algunos casos en que el eco ha logrado reproducir un sonido con maravillosa fidelidad, a distancias casi increíbles”.

“¡Eco!”, replicó Camerón irónicamente; “no hay una campana de iglesia en cincuenta millas a la redonda; probablemente, no hay algo semejante a lo que hemos oído, en toda la India, pues sonaba como la Gran Campana de Moscú”.

“Sí, ese sonido no puede ciertamente caminar cincuenta millas”, observó Beauchamp reflexionando. “Ustedes habrán oído hablar del *campañero* de la América del Sur, ¿no es esto?”.

Todos hemos leído algo sobre este gracioso pajarillo y sobre su maravilloso canto semejante al sonido de una campana; pero ninguna razón hay para suponer que este pajarillo existe en la India; además, todos estuvimos acordes en que ningún ejemplar del reino de las aves pudiera ser capaz de emitir ese tremendo tañido metálico.

“Qué lástima que el comandante no haya estado con nosotros”, dijo Granville, “él sí conoce el país y tal vez hubiera estado en condiciones de dar una explicación a todo lo sucedido”.

“¡Ah; ya sé; ¡ahora tengo la explicación del misterio! ¿Qué absurdo no haber pensado en ello hasta ahora? Por supuesto; el comandante, que se quedó atrás nos ha corrido una broma y está ahora carcajeándose del susto que nos pegó”.

“¡Brillante idea!; ¡eso es lo que pasa!; exclamaron a coro Beauchamp y Johnson.

“Pero, vamos a ver”, dije yo, “¿cómo pudo el comandante haber hecho todo eso? Imposible que haya traído en el bolsillo de su chaqueta una campana de dos o tres toneladas”.

“Oh, claro que pudo haber hallado cualquier método”, replicó Granville; “por ejemplo, he oído yo que una barra de hierro, bien preparada puede imitar muy bien el sonido de una campana cuando se le golpea en la debida forma”.

“Puede ser que así sea, pero es que barras de hierro bien preparadas para eso, no suelen encontrarse en las selvas de la India y ciertamente que el comandante no trajo ninguna en el bote”.

“Bien, pudo ser que usara para ello el cañón de su rifle...”; pero aquí el que tal decía se quedó cortado al percibir una sonrisa general, mientras Camerón, observaba reposadamente:

“No, Granville; no creo yo que eso pueda dar la explicación; además, ¿cómo explicar ese sonido, siendo así que se iniciaba precisamente como por arriba de nuestras cabezas?”.

“Mucho puede lograr un ventrílocuo experto”, añadió Granville.

“¡Un ventrílocuo!, pero, ¿se puede suponer en serio, que un sonido como ese, puede formarse en una garganta humana?”.

“Bueno”, contestó Granville; “no sé yo cómo estaría esto; pero hasta que no encontréis una mejor, yo me quedo con la hipótesis, de que es el comandante el que nos ha dado este susto, en una o en otra forma”.

Beauchamp y Johnson parecieron quedar de acuerdo con alguna vacilación; Camerón sonrió moviendo la cabeza tristemente, sin decir nada más; y, en cuanto a mí, no supe en qué pensar, pues mi escepticismo había sido muy combatido por los extraños sucesos de la mañana.

Seguimos tirados ahí durante algunas horas al borde del refrescante arroyuelo, buscando cada quien en los escondites de su memoria alguna historia medio olvidada de lo sobrenatural; de duendes, de espíritus, de hadas, de las que quizá nos refirió la vieja nodriza en los felices días de la primera edad. El único cuento que habita en mis recuerdos es un corto relato de Camerón, en respuesta a una pregunta mía con respecto a la segunda visión.

“La primera experiencia, bien la recuerdo”, dijo: “era yo un muchacho de seis o siete años, y una tarde mi padre y yo que

paseábamos juntos, nos detuvimos para ver a los pescadores de nuestra pequeña villa empujando sus botes para empezar su trabajo de la noche. Entre ellos estaban dos guapos mocetones, Alec y Donald, que sentían por mí una especial predilección y que acostumbraban con frecuencia traer algunos peces raros para que los viera “el pequeño patrón” como me solían llamar. Les extendí pues, la mano para despedirlos cuando ya iban a salir y luego continuamos mi padre y yo nuestro paseo, trepando por los riscos de la costa, para poder observar cómo los botes se iban alejando mar adentro.

“Estábamos ya casi de regreso en casa, cuando, al dar la vuelta a un ángulo del muro gris del viejo castillo, quedé perplejo al ver a Alec y a Donald recargados contra él. Estaba yo a punto de hablarles, cuando mi padre, súbitamente me apretó la mano con fuerza, haciéndome que levantara la vista hasta los ojos de él y la rígida, austera expresión que advertí en ellos, distrajo mi atención por el momento de los dos muchachos, aun cuando sí pude notar que no nos dijeron ellos el saludo de costumbre; en realidad, me pareció que ni siquiera nos habían visto.

“Padre”, pregunté, “¿qué estarán haciendo aquí Alec y Donald?”. “Se me quedó él mirando con profunda compasión y me dijo:

“¿Los viste tú, también, hijo mío?”.

“Después no dio ya atención a mis preguntas y no volvió a hablar hasta que llegamos a casa. Él se metió en su cuarto mientras yo me dirigí a la playa para ver por qué había regresado el bote de mis amigos; gran sorpresa me causó el no ver allí bote ninguno; una vieja mujer que había estado hilando en la puerta de su casa, me aseguró que no había en la playa embarcación ninguna desde que todas se hicieron a la vela dos horas hacía. Yo quedé desconcertado; pero sin poner aun en duda que los amigos que había visto eran tales en realidad de carne y hueso; ni siquiera fue capaz de sugerirme algo la tempestad que me despertó por la noche y fue solamente por la mañana temprano cuando vi a unos hombres llevando reverentemente los dos cuerpos a la casa que había sido de Alec y Donald, cuando tuve una idea correcta de lo que en realidad había acontecido”.

Y así fue pasando el tiempo hasta que los últimos rayos del sol poniente nos hicieron caer en la cuenta de que era ya hora de regresar para encontrarnos con el bote. No teníamos que ir muy lejos, pues la colina en cuya base estábamos quedaba completamente a la vista y sólo nos era necesario atravesar una selva que faldeaba su base. Para entonces habíamos ya recobrado nuestra calma natural y reíamos y charlábamos alegremente, preguntándonos en qué punto deberíamos encontrar al comandante, y pensando en la increíble historia que teníamos para contarle, Beauchamp, que iba de guía, gritó:

“¡Aquí termina por fin la selva”!

Repentinamente su perro que había ido correteando delante de nosotros, regresó precipitado buscando dónde esconderse y dando muestras de gran temor. Antes de que tuviéramos tiempo para inquirir sobre las causas de tan extraña conducta, volvió a resonar nuevamente entre nosotros aquél “tañido” exactamente como antes y también el perro levantó su cabeza y aulló.

“¡Ah!”, exclamó Camerón; dirigiendo la mirada a Granville; “¿el eco?,

¿un ventrílocuo?, ¿la barra de hierro?, ¿el cañón de una escopeta?, ¿cuál es la hipótesis que prefieres ahora?

Y al extinguirse su voz, el fatídico tañido resonó de nuevo. Todos a una corrimos hasta salir del arbolado de la selva, pero antes de haberlo podido hacer, la espectral campana vibró nuevamente con los lúgubres aullidos del perro. Nos lanzamos desordenadamente hasta alcanzar la pradera que se extendía en declive hasta alcanzar el río, y tuvimos una inexpresable sensación de descanso, cuando logramos ver el bote, amarrado ya en espera de nosotros, y al comandante que algo distante, cojeaba apresuradamente para llegar a él.

“¡comandante! ¡comandante!”, gritamos.

Pero no volvió él la cabeza, no obstante que su oído era muy fino; siguió corriendo hacia el bote con gran precipitación y así fue que todos nosotros comenzamos a seguirlo, corriendo todo lo que nos era posible.

Con gran sorpresa de nuestra parte el perro, en vez de

acompañarnos, lanzó un último gruñido lastimero, y se hundió velozmente dentro de la selva; nadie pensó en seguirlo, pues toda nuestra atención estaba fija en el comandante. Nos era imposible reducir la distancia que nos separaba, no obstante que corríamos muy de prisa, y estaríamos aun a unas cincuenta yardas del bote, cuando él pasó rápidamente por encima de una tabla que el botero había puesto para que sirviera de pasadizo. Bajó las escaleras todavía con la misma precipitación y nosotros seguimos corriendo tras él, pero con enorme sorpresa, no pudimos encontrarlo en ninguna parte. La puerta de su camarote estaba abierta de par en par; pero el recinto estaba vacío; y aun cuando buscamos en toda la embarcación, no pudimos hallar huellas suyas.

“Bien”, gritó Granville, “esta es la cosa más extraña”.

Camerón y yo cambiamos una mirada, pero Granville, sin observarnos, se lanzó bajo cubierta para preguntar al jefe de los tripulantes dónde estaba el comandante.

“Sahib”, replicó el pobre hombre, “no lo he visto desde que salió con ustedes esta mañana”.

“¿Qué, qué dices?”, rugió Granville; “entró en este lanchón no más de un minuto antes que nosotros y yo lo vi a usted poner con sus propias manos una tabla para que pudiera pasar”.

“Señor”, dijo el hombre presa del mayor desconcierto, “usted se equivoca seguramente; usted es la primera persona que ha venido al bote y yo puse la tabla precisamente porque lo vi venir a usted; en cuanto al comandante Sahib, no lo he visto yo desde en la mañana”.

Nada podíamos hacer más que mirarnos unos a otros con asombro, no sin mezcla de miedo, y yo vi murmurar a Camerón hablando consigo mismo:

Entonces *ha* muerto, como lo temía. La visión era para él, después de todo.

“Hay algo sumamente extraño en todo esto”, dijo Beauchamp, “algo que no me es posible explicar; pero hay una cosa clara. Tenemos que volver enseguida al lugar donde dejamos esta mañana al comandante para buscarlo. Debe haber sufrido un accidente. Explicamos al jefe de

los tripulantes en qué punto nos habíamos separado del comandante y notamos que inmediatamente participó de nuestros temores.

“Es un lugar sumamente peligroso, Sahib”, dijo; hubo ahí hace mucho tiempo un poblado y hay dos o tres pozos muy profundos cuyas bocas quedan completamente escondidas bajo los arbustos y la maleza; el comandante Sahib medio cegatón, pudo haber caído en alguno de ellos”.

Crecieron nuestros temores al saber tal cosa y no perdimos ya tiempo para salir, llevando con nosotros a tres de los boteros y un rollo de cable grueso. Como puede imaginarse, al caminar de nuevo por la selva donde habíamos oído los misteriosos sonidos que ya ahora teníamos razón para interpretar como una forma inexplicable en que se nos hacía la advertencia de que esta por suceder, o sucediendo ya, tal vez, una verdadera desgracia, volvió a apoderarse de nosotros un horror mortal. Pero la conversación giró principalmente sobre la última escena maravillosa: la aparición y desaparición de lo que no podíamos menos de denominar el espectro del comandante.

Con minuciosidad estuvimos comparando nuestras observaciones y pudimos concluir que todos nosotros habíamos visto exactamente lo mismo. Todos nosotros observamos su precipitación; todos vimos que, aun cuando llevaba todavía las botas, no tenía ya el sombrero en la cabeza, ni llevaba tampoco su rifle; todos lo vimos bajar por las escaleras de la embarcación y estábamos perfectamente seguros de que hubiera sido imposible para él, si es que era un hombre de carne, escapar sin ser observado. Muy escépticos eran algunos de nosotros en cuanto atañe a apariciones sobrenaturales; pero creo yo que nadie se hubiera aventurado a alentar la esperanza de encontrarlo con vida! Y quizá no sea un descrédito de nuestras proezas de soldados el tener que confesar que caminamos muy juntos unos de otros al volver a pasar por nuestro anterior recorrido a través de la selva y que casi todo lo que tuvimos que decirnos fue en voz baja, como murmurando, salvo a intervalos, cuando parábamos para gritar todos a una, con el propósito de que el comandante, si es que se encontraba en cualquier paraje de la selva, extraviado o herido, pudiera darse cuenta de nuestra cercana presencia.

Sin embargo, nada extraño encontramos en nuestro camino y sin dificultad llegamos al lugar en que habíamos brincado el arroyuelo fangoso y donde se encontraba el árbol donde nos separamos del comandante. Desde este punto los boteros siguieron con facilidad sus huellas en unas cien yardas, hasta que uno de ellos, corrió hacia delante para recoger el rifle y el sombrero del comandante, “precisamente los objetos que no traía consigo cuando le vimos hace poco”, murmuró Camerón. Entonces sí que tuvimos la certeza de que le había acaecido un accidente horrible; probablemente en algún punto cercano al lugar donde estábamos; con mucha seguridad los nativos nos condujeron unas cuantas yardas adelante, hasta la escondida boca de uno de los viejos pozos de que nos habían hablado. ¡Horror! En sus bordes había inequívocas señales de pies que había resbalado; y por la profunda obscuridad que pudimos notar, no quedó duda de que nuestro pobre amigo tenía que haber quedado seriamente herido, si no es que muerto inmediatamente a causa de la caída.

Estaba ya poniéndose el sol y la noche se echaba encima rápidamente como sucede en los trópicos, así es que no podíamos perder el tiempo; y como no obteníamos respuesta ninguna a nuestros gritos, apresuradamente pasamos una cuerda alrededor de la rama de un árbol, próximo a la boca del pozo y, atado a ella, descendió uno de los boteros. Pronto, desde lo más hondo de la cavidad, llegó hasta nosotros un grito; el botero había llegado hasta el fondo y descubierto un cuerpo; pero no le era posible decir si era el del comandante o no. Les dimos instrucciones de atarlo a la cuerda y con latidos de corazón apresurados, lo ascendimos hasta el borde.

Jamás podré yo olvidar la macabra visión a la luz de la tarde que moría. El cadáver era ciertamente el del comandante; pero sólo permitían identificarlo las enormes botas y la ropa que llevaba; poco quedaba en él de forma humana; la cara estaba hinchada y machacada hasta un punto imposible de permitir ser reconocida, tal como Camerón lo había visto. La muerte debe de haber sido instantánea, pues evidentemente, al caer dentro del pozo, la cabeza debe de haber golpeado más de una vez contra las rocosas protuberancias que se podían notar atisbando dentro del pozo. Horrible de relatar, enredado

en la cuerda que con precipitación se había empleado para atar el cadáver, estaba también, sanguinolento y destrozado, pero palpitando caliente aun, el cuerpo del *perro de Beauchamp*, ique una hora antes se había internado presa del pánico, en la selva! Enfermos de horror, tejimos una tosca litera de ramas, colocamos sobre ella reverentemente el cuerpo del comandante y lo condujimos en silencio hasta el bote.

Así acaba mi pavorosa historia; efecto permanente dejó sobre aquellos que en ella intervinieron. Desde entonces me he batido sin miedo en muchos campos de batalla y he dado la cara a la muerte en sus más espantosas formas con toda calma (pues la familiaridad engendra el desprecio); pero hay sin embargo, ocasiones en que aquella fatídica campana, aquella figura espectral, aquél cadáver espantoso, surgen de nuevo en mi imaginación y me invade un gran terror y me da miedo estar solo.

Un hecho más debo mencionar para dejar mi narración completa. Cuando a la tarde siguiente llegamos a nuestro punto de destino y cuando quedó consumada la misión que allí nos llevó por las autoridades correspondientes, Camerón y yo salimos a pasear un poco, para desechar con la sedante influencia de la naturaleza, un poco de la melancolía que saturaba nuestro espíritu. De improviso me agarró fuertemente de un brazo y señalando hacia un tosco enrejado, dijo con temblorosa voz:

“¡Sí, mira; el cementerio que vi yo ayer!”.

Y cuando más tarde fuimos presentados al capellán del lugar, pude advertir -lo que no notaron los demás compañeros- un irrepreensible estremecimiento al estrechar su mano, y comprendí que había reconocido al clérigo de su visión.

Tal es la narración de mi bisabuelo. En cuanto a su racionalidad desde el punto de vista oculto, entiendo yo que la visión de Camerón no es sino un caso puro de segunda vista, y, si esto es así, el hecho de que evidentemente los dos hombres que estaban más cercanos a él (uno en contacto suyo y el otro muy probablemente también) hayan participado en ella hasta el grado de oír la descarga de fusilería,

mientras que los demás que no estaban tan cercanos nada oyeron, pone de manifiesto que la intensidad con la cual la visión se imprime sobre el que la experimenta, ocasiona tal trastorno en su aura que éste se comunica con las personas que están en su contacto, como sucede ordinariamente en la transmisión del pensamiento.

El sonido de la campana parece haber sido una manifestación extremadamente poderosa, probablemente producida por el mismo comandante ya muerto, en un intento de poner al tanto a sus amigos de lo que le había sucedido. Sucede con frecuencia que un muerto, no acostumbrado al ambiente en que acaba de entrar y no familiarizado con los métodos de manejar las fuerzas superfísicas, incurre en la desesperación y hace esfuerzos frenéticos para en alguna forma comunicarse con el mundo que acaba de abandonar y al actuar así produce resultados tan inesperados para el mismo como para los amigos que ha dejado en la tierra.

No sé yo de ningún otro caso en que tales esfuerzos hayan dado los mismos resultados exactamente que en esta narración; pero sí tengo noticias de otros igualmente tremendos; así pues, estoy acorde con Granville, al atribuir al comandante la señal fatídica; lo que no puedo es explicar exactamente en qué forma pudo haberla causado.

Por lo que sabemos de la extrema puntualidad del comandante, es muy probable que la idea de dar cumplimiento a su promesa de llegar al bote a la hora convenida, explique satisfactoriamente la aparición del mismo. El hecho de que los oficiales lo hayan visto y no los boteros puede atribuirse a la intensa actividad que estaban desarrollando los primeros y también a las circunstancias de que, habiendo sido constantes compañeros del aparecido, estaban más en relación con él. El perro, como sucede con mucha frecuencia, se dio cuenta de la aparición antes que los hombres; pero quizá el detalle más extraordinario de toda la historia sea el haber encontrado su cuerpo junto con el del comandante. Sólo me es posible suponer que en un último intento por parte de éste para atraer la atención de sus amigos en la dirección que deseaba, el comandante haya podido llevar al perro hasta el lugar de la escena y que, incapaz este último de detenerse en su precipitada carrera, haya ido a caer hasta el fondo del pozo donde

encontró la muerte; esto lo expongo simplemente como una conjetura.

Prueba de Valor

Cuánto tiempo había estado durmiendo es cosa que no podría decir, pero en un momento, en forma tan repentina como relámpago, pasé de la inconsciencia a una conciencia vívida y completa. Miré rápidamente alrededor de mi cuarto; todo era visible, con suficiente claridad a la pálida luz de mi lámpara, entornada débilmente para pasar la noche.

Todo estaba en forma usual: nada fuera de su lugar, nada que pudiera explicar en forma alguna aquél despertar súbito.

Pero inmediatamente vibró en mi espíritu la voz bien conocida de aquel Maestro que reverencio y amo por encima de todas las cosas de este mundo, y me dejó oír esta única palabra:

“¡Ven!”.

Antes aún de que me fuera posible abandonar el lecho con obediencia alegre, me invadió un sentimiento que desconfió poder describir en la forma adecuada para que transfiera la debida concepción. Todos los nervios de mi cuerpo se sacudieron hasta el punto de parecer que iban a romperse, al impacto de una fuerza interior hasta ese momento insospechada; tras un momento de agudísimo dolor, la sensación se concentró en la parte superior de mi cabeza; parecía que algo en ella iba a reventar y me encontré a mí mismo flotando en el espacio” Eché rápida mirada frente a mí, y pude verme a mí mismo -a mi cuerpo diría mejor- yaciendo bien dormido sobre la cama; y después me elevé fugaz por sobre el aire.

Era una obscura noche tempestuosa; densas nubes nadaban rápidas en el cielo; y me parecía como si el espacio todo estuviera lleno de seres vivientes, confusos e imprecisos en la obscuridad -criaturas extrañas como guirnaldas de niebla o de humo, y, no obstante, en alguna forma vivientes y poderosas- criaturas que parecía que se lanzaban perpetuamente hacia mí y que perpetuamente de mí se retiraban; pero de las que yo me evadía sin prestarles atención.

El cuarto en el que había estado durmiendo queda sobre el borde de

un río y fue a través de éste donde hube de volar. Una pequeña islita surge en el centro de la corriente: una islita que por lo diminuta más bien podría llamarse un banco de arena, medio inundada cuando sube el agua y fue sobre ella donde yo descendí. De repente noté que junto a mí se hallaba la forma de mi madre, muerta unos seis años antes.

“¿Qué es esto?”, grité sorprendido. “Calla”, dijo, “*¡mira allí!*”.

Apuntó hacia el río cuyas ondas casi bañaban nuestros pies. Miré y me encontré un espectáculo que podría hacer temblar al ánimo más templado. Se aproximaba hacia nosotros a todo lo largo del río un vasto ejército de criaturas enormes, tales que nunca podrían ser concebidas por humana imaginación. Imposible dar una idea de la apariencia de esta masa enorme de horrorosas figuras que avanzaban; quizá los tipos más destacados podrían ser descritos como semejantes a los grabados de los monstruos gigantescos de la edad antediluviana; pero mucho más horrorosos. No obstante, la densa obscuridad de la noche, pude ver la bandada infernal con claridad suficiente, pues tenían una luz propia; una extraña luminosidad, no de esta tierra, que parecía emanar de cada uno de ellos.

“¿Sabes lo que son?”, preguntó mi madre con voz de terror. “Elementales”, ¿no es así?”, contesté.

“Sí”, dijo, “¡elementales terribles de mortal poder! ¡Escapemos!”.

Pero ni siquiera en esta crisis de horror mortal olvidé las instrucciones de mi Maestro, así es que respondí:

“No; nunca huiré yo de un elemental; además, esto sería completamente inútil”.

“Ven, ven conmigo”, gritó; “¡mejor morir cien veces que caer en su poder!”.

“No, yo no escaparé”, repetí; mientras ella se elevaba por el aire y desaparecía.

Decir que no era yo presa del espanto hasta la abyección sería faltar a la verdad; cierto también que no contaba con fuerzas para volver la

espalda ante aquel pavoroso ejército y más aún, era consciente de que sería inútil tratar de escapar. No quedaba otra cosa que esforzarse por permanecer firme. Había ya avanzado aquella hueste hasta quedar próxima a mi mano; pero la hilera frontal, en lugar de saltar sobre mí como yo lo esperaba, se retorció con lentitud formando un frente ante mí; una procesión de horror inexpresable. Visión semejante -de seguro- jamás ha sido vista por ningún ojo físico de ser humano; el delirio mismo jamás podría concebir horrores tan indecibles como aquellos.

Ictiosauros, plesiosauros, batracios de proporciones prodigiosas; peces espadas gigantes; arañas de mar de veinte pies de altura; cobras del tamaño de la mítica serpiente de mar; monstruos que asemejaban en su forma pájaros enormes, pero que eran reptiles; macabras criaturas sin sangre semejantes en forma a seres microbianos, pero de enorme tamaño: todos estos y muchas otras variantes más desfilaron ante mi vista; y, sin embargo, no había dos parecidos en el grupo horroroso y ninguno de ellos parecía perfecto; cada uno de ellos tenía alguna peculiar deformidad horrenda. Pero en toda esta diversidad de formas, cada una inconcebiblemente más repugnante que la anterior, se notaba una semejanza más espantosa aún; pronto caí en la cuenta de que tal semejanza radicaba en sus *ojos*. Independientemente de la forma repugnante de cada uno de estos monstruos, todos tenían un rasgo común; ojos fieros y malignos; pavoroso poder demoníaco de fascinación en las órbitas dañinas; expresión de amarga hostilidad implacable contra la raza humana. Cada uno de aquellos seres repulsivos, al pasar retorciéndose ante mí, clavaba en los míos sus ojos abominables, ejerciendo con ellos contra mí un poder tremendo. Cómo me fue posible retener en su trono a mi razón en tales condiciones horribles, es cosa que nunca sabré; en cierta forma intuía que si me dejaba arrastrar por el temor sería al instante víctima de esta horda de demonios y concentraba todo mi ser en persistir en mi tozuda resistencia.

Cuánto tiempo tardó esta terrífica procesión en pasar ante mí, no lo sé. Al final de la asquerosa legión apareció una cosa que en parte semejaba una serpiente de tres cabezas, aun cuando inconmensurable

mayor que ningún ofidio terrestre y ¡horror! cuyas cabezas y ojos tenían cierto aspecto humano o diabólico, mejor dicho. Y esta COSA deforme y horrible, en vez de pasar adelante deslizándose lentamente como todas las que le habían precedido, dio la vuelta y, con las crestas erectas y el hocico abierto, ¡se abalanzó sobre mí! Hacia mí vino, con los ojos como ascuas ardientes, fijos en los míos, abiertas las fauces enormes, brotando de su hocico sanguinolenta espuma, mientras yo reunía todo mi poder de voluntad en un último y supremo esfuerzo de resistencia.

Cerré con fuerza las manos y contraí los dientes para resistir la acometida y no moví ni un solo músculo, ni el momento en que el fétido efluvio del cálido aliento del monstruo bañó mi rostro; ni cuando al lanzarse sobre mí, salpicó mis pies con el agua fangosa del arroyo; pues bien sabía que mi vida y más que mi vida dependían en tales momentos de mi fuerza de voluntad. Cuánto duró aquella tensión tremenda, no puedo saberlo; pero precisamente cuando comprendí que no me era posible soportarla ya más, noté que la fiera empezaba a debilitarse, comenzaba a apagarse el fuego de los ojos diabólicos que tan próximos habían estado a los míos y con un rugido horrible de ira burlada, ¡el sucio repugnante monstruo cayó al agua! Todo el tropel se había desvanecido y yo estaba sólo en la noche oscura, como al principio.

Antes de que pudiera yo calmar el desorden de mis sentimientos, sonó por encima de mi cabeza, clara y dulce, mi bien conocida campana astral y sentí que me elevaba ligeramente por el aire. Un momento después había ya regresado a mi cuarto; ví en él a mi cuerpo yacente aún en la misma postura y tras una especie de conmoción, me encontré actuando nuevamente en él. Pero al levantarme del lecho, vi colocado sobre mi pecho un primoroso botón de loto blanco recientemente arrancado, todavía con gotas de rocío en sus pétalos. Con el corazón palpitante de gozo, fui hacia la luz para examinarlo más minuciosamente, cuando un golpe de aire frío me hizo advertir que mis pies estaban húmedos y, al mirarlos, noté horrorizado que ¡estaban salpicados de cierto líquido viscoso de color rojo! Entré al instante en el cuarto de baño y los lavé una y otra vez, siéndome muy

difícil librarme de aquél fluido asqueroso y pegajoso y cuando por fin quedé satisfecho, regresé de nuevo a la alcoba, para admirar la maravilla de mi botón de loto blanco. Ahora, antes de ir a la cama de nuevo, dejo escrita esta narración de lo sucedido, en previsión de que mañana haya olvidado alguno de sus detalles, aun cuando esto no parece de temer, pues todos ellos están cincelados en mi cerebro.

Más tarde. Esta maravillosa historia no queda aun plenamente terminada. Después de escrito lo anterior, me metí en la cama a dormir y tal fue mi cansancio que, en contra de mi costumbre, no desperté sino hasta después de salido el sol. Lo primero que vi fue mi botón de loto, en la copa de agua en que lo coloqué antes de escribir y, a la clara luz del día pude notar algunas manchas rojizas en los pies de la sábana. Me levanté y resolví echarme al río para cruzarlo a nado, y poder ver a la luz diurna el lugar de la escena de mi extraña aventura de la noche. Allí estaba la islita; allí también los dos bordes poco elevados del riachuelo, tal como yo los había visto; sin embargo, en la clara luz de la mañana, difícil me fue poner a actuar en escena los lúgubres horrorosos *dramatis personae* que la habían ocupado la noche anterior.

Nadé hasta llegar al banco de arena, pues creí posible identificar el lugar preciso donde estuvo durante la terrible prueba. Sí: aquí debe de haber sido y ipoderes del cielo”, ¿qué es esto? Aquí están las huellas en la arena; dos profundas *huellas*, juntas una con la otra, hechas sin duda alguna por alguien que estuvo mucho tiempo y firmemente en la misma posición; no había ninguna otra que condujeran a ese lugar, ni por el agua ni por ninguna otra parte de la islita; solamente esas dos huellas; las mías sin lugar a duda, pues las probé y correspondían con exactitud. Y una vez más: ¿qué es esto? Aquí, en la arena, cerca de las huellas, encuentro residuos del horrible líquido viscoso; ¡la puerca baba que salía del hocico del elemental dragón!

He tratado de hallar alguna hipótesis satisfactoria y no puedo menos de caer en la conclusión de que mi experiencia fue de carácter real. Yo no pude caminar dormido para marcar esas huellas, pues para llegar hasta la islita tuve que haber nadado alguna distancia y en tal caso no solamente se hubieran mojado mis pies, sino todo mi cuerpo y mi

ropa; y, además, esa teoría no podría dar explicación a la baba rojiza y a la flor de loto. Pero, ¿cómo explicar la figura de mujer que vi junto a mí? Sólo me es dado suponer que se trata de un espíritu de la naturaleza que, o se hizo de la corteza astral de mi finada madre o asumió su apariencia por alguna razón.

Ahora, inmediatamente al regreso de mi camino a nado, he escrito este complemento a mi narración.

Asesinato Astral

Lo que me dijo el Viejo Jefe de Estación

Curioso, sí señor. Ciertamente tenéis razón para decirlo; he oído y visto muchas cosas en mi tiempo. No hay nadie entre los que hayan trabajado en el ferrocarril en estos últimos cuarenta años que no pueda referir cosas perfectamente ciertas que superan a todo lo que se lee en letras de imprenta. Pero es que los ferrocarrileros, por lo general, trabajan duro y hablan poco y por eso casi nada se sabe de lo que refieren. ¿Cuentos de desaparecidos? Sí; algo sabemos también de eso, pero no soy yo muy afecto a referirlos, porque los que de todo creen saber suelen hacer burlas y es esto algo que me molesta.

¿Qué si creo yo en tales cuentos? Bien: pues me hace usted una pregunta clara y llana, le daré también una respuesta igual: Sí, creo. Y para que no me juzgue usted un necio, si puede perder unos minutos, le contaré una historia que le hará ver los porqués de mi creencia.

¡Recuerda usted aquél tremendo accidente que aconteció hace algunos años, en Keysborough, en esta línea, dos estaciones abajo. ¡Ah! Se me olvidaba que aún no había usted venido a esta localidad; pero, seguramente habrá usted leído la prensa; un caso serio sin duda. Tengo que hablaros precisamente del día en que aconteció ese siniestro. Fue el día tres de julio, bien recuerdo, en una mañana tan hermosa como la que más he visto en mi vida; poco pensaba yo, gozando del espléndido día de verano, ante la puerta de mi casa, en lo triste que habría de ser para muchos de nosotros.

Bien: habréis de saber, señor, que poco antes de esa fecha, había en esta parte de la línea un maquinista de expreso llamado Tom Price, a cuyo cargo estaba la locomotora “Reina de Fuego”; una de las mejores máquinas de la compañía. Sabéis que un maquinista se va formando poco a poco, en la medida en que va aprendiendo su trabajo. Se encarga primero de una máquina de patio; luego se le confía una de carga; más adelante un tren mixto de pasaje y carga; luego un rápido de pasajeros; y, por último, si demuestra que es ya un maquinista

hecho y derecho, se le confía un expreso de pasajeros. Muy orgullosos se sienten los maquinistas con sus locomotoras; parecería que los consideran casi como seres vivientes; y por lo que toca a Tom Price, entiendo yo que tenía tanto cariño a la “Reina de Fuego”, que cualquier daño que esta hubiese sufrido, lo hubiera sentido como si le hubiese sido hecho a él mismo en persona.

Alto, moreno, vigoroso era Tom; adusto y huraño; poco sociable; parco en el hablar; de pocos amigos, aun cuando nadie pudiera quejarse de él; pero, eso sí; responsable y cuidadoso y atento siempre a las necesidades del trabajo. Se decía que, aun cuando lento para encolerizarse, era terrible una vez enojado y que nunca perdonaba a aquellos que lo ofendían. Se solía contar que en cierta ocasión permaneció durante tres días acechando a un hombre que le había jugado una mala pasada y que los que lo circundaban cuando por fin lo encontró, tuvieron grandes dificultades para impedir que lo matara; no sé yo hasta que, punto será cierto esto.

Poco tiempo hacía que yo lo había conocido; no obstante, quizá mi amistad con él fuera ya tanta como la de otro cualquiera, pues día a día acostumbraba dirigirle alguna frase amable cuando se detenía aquí, hasta que llegó él a sonreír conmigo y a dirigirme, en cambio, una o dos palabras; y cuando llegó a mis oídos que cortejaba a Hetty Hawkins, guapa muchacha de ojos negros, cuyo padre trabajaba de guarda en un paso a nivel inmediato de esta línea, a este lado de Keysborough, tuve la audacia de darle bromas sobre el particular, cosa que, entiendo, nadie se hubiera atrevido a hacer. Por ese tiempo fue elevado al puesto de maquinista del expreso de pasajeros y desde entonces, me tocó verlo menos que antes; o, mejor diría, pude hablarle menos, pues por regla general estaba yo siempre en la plataforma todas las mañanas y le daba un apretón de manos, al subir él a conducir el tren rápido de ida; en ocasiones también lo veía un momento al regresar por la noche.

No había él estado mucho tiempo desempeñando su nuevo trabajo, cuando se empezó a susurrar que la graciosa Hetty Hawkins tenía otro pretendiente: un joven carpintero de nombre Joe Brown. Oí tal cosa primero a uno de los guardias una mañana, mientras el tren expreso,

ya formado, esperaba la locomotora conducida por Tom, en cuyo ceñudo mirar, al emprender la marcha, el guarda y yo creíamos ver que quizá el rumor había llegado ya a sus oídos. El tal Joe Brown no pasaba de ser, en la opinión general, sino un joven sin grandes méritos, pero como era muy buen mozo y de buena presencia y como su trabajo le daba mejores oportunidades de cortejar a la muchacha que las que podía contar un maquinista, creí yo que las cosas no presentaban un aspecto muy favorable para mi pobre amigo Tom; pues aun cuando podía ser cierto el cantar de que “la ausencia aviva el cariño”, me dice mi experiencia que hay más verdad en el viejo proverbio “lo que no se ve se olvida”.

Debo hacer aquí mención especial de un detalle de Joe, pues no deja de tener alguna conexión con este relato. Hetty gozaba la opinión de haber sido siempre una chica de toda corrección; asidua asistente a la escuela y a la iglesia desde niña; y todavía, a la sazón concurría con toda regularidad a las clases de la biblia que tenían lugar todos los domingos por la mañana en la casa del Rector de Keysborough, en beneficio de la gente joven de la parroquia, en las cuales el Rector se encargaba de los niños y su esposa de las niñas. Bueno; el poco simpático Joe, comenzó de repente a dar muestras de extremo fervor religioso y a concurrir asiduamente a la clase del Rector iél que antes no solía verse en la iglesia sino cada dos o tres meses! Claro está que los motivos que para ello tenía podían ser absolutamente puros; pero la maledicencia comenzó a murmurar que lo que a las sesiones religiosas lo llevaba, no era otra cosa que el placer de cruzar los campos húmedos del rocío matinal, y quizá también, que el motivo de su repentina conversión residía en los ojos negros de la hermosa Hetty.

Mientras tanto, comenzó a intrigarme el deseo de saber qué pensaría Tom Price de todo esto; pero no tuve ocasión de hablar con él hasta que una mañana, a causa de algunos trastornos en las faenas de patio, ocurrió que las señales indicaban que no había vía libre y se vio este obligado a esperar unos momentos en la plataforma.

“Tom”, le dije, “¿es cierto lo que dicen, que Joe brown corteja a Hetty?”.

“Sí”, replicó, lanzando un juramento y frunciendo el ceño; “pero que se cuide ese tipo de que yo lo encuentre junto a ella, porque le va a ir mal”.

Llegó entonces la señal de partida y el tren salió sin dar tiempo a más palabras; pero recordando yo la mirada de Tom, comprendí que, si Joe y él llegaran a encontrarse, el peligro en que se hallaría el primero sería serio en verdad; y cuando, algunas horas después corrió por el poblado la tremenda noticia de la repentina muerte de Tom, lo primero que hice fue pensar que había pasado a la otra vida con el corazón lleno todavía de crueles celos. Me informé del triste suceso esa misma tarde con su fogonero y vine a saber que las cosas habían sido peores aún de lo que había yo imaginado. El tren salió de aquí sin el menor tropiezo y pronto tomó regular velocidad; alegres y despreocupados iban Tom y su fogonero cuando, al llegar al crucero de Hawkins, quiso el destino sutil e inescrutable que Tom advirtiera la presencia de Joe, que, con el saco de herramientas al hombro, recargado en la puerta, charlaba satisfecho con Hetty, mientras ésta cortaba flores en el jardincillo de su casa!

Me dijo el fogonero que la cara de Tom se trastornó enseguida, se hincharon las venas de su frente como si quisieran reventar y, de momento, pareció tan lleno de ira que no pudo pronunciar palabra.

Pronto recobró el habla y prorrumpió en un torrente de juramentos y maldiciones; y, sin dar ninguna atención al peligro, sacó el cuerpo por la entrada de la locomotora para mirar hacia atrás, amenazando con los puños cerrados a la joven pareja, aun cuando un declive del camino impedía ya que los pudiera ver.

Podéis ya imaginar lo demás, señor; Tom, ciego de cólera, no tuvo tiempo para advertir que pocas yardas adelante, los pilares de un puente cercano lo habrían de golpear de muerte y, como no trató de hurtar el cuerpo, al precipitarse la máquina hasta alcanzar el puente, recibió en la cabeza un golpe tremendo que al suelo lo arrojó. El fogonero horrorizado, paró la máquina y regresó con uno de los guardas para recoger a Tom; pero comprendió inmediatamente que el caso era desesperado, pues había recibido una tremenda contusión en la cara; todo el lado derecho había quedado destrozado por la fuerza

del golpe. Regresaron a Keysborough y el doctor de la comunidad declaró abatidísimo que la vida de Tom habíase ya extinguido.

“Ningún hombre hubiera conservado la vida un momento más”, dijo, “después de haber recibido tal golpe terrible”.

Comprenderá usted lo que sentí al oír esto; no pretendo yo ser mejor que los demás vecinos; pero me *contristó* el pensar en la muerte de un hombre en semejante condición; lleno el corazón de ira y los labios de maldiciones. Afortunadamente, Hetty Hawkins nunca supo la verdad; tuvo ocasión de notar, al pasar el tren, la iracunda mirada de Tom y supo que su muerte hubo de haber ocurrido unos cuantos momentos después, pero nunca tuvo el horror de saber que ella había sido - aunque de la manera más inocente- la causa de esta desgracia. Por supuesto, grande fue su tristeza al saber el terrible fin de Tom; y no continuó sus relaciones con Joe, pues supongo que éste nunca logró causarle gran impresión.

Tal fue el tópico de la conversación de los ferrocarrileros durante unos cuantos días; poco después cambió el tema: Jack Wilkinson fue nombrado maquinista de la “Reina de Fuego” y no se habló más de Tom Price. Se rumoraba en Keysborough que se había aparecido su espectro una o dos veces en noches oscuras; pero nadie admitía dar creencia a semejante rumor.

Todo esto sucedió en los últimos días de Mayo, entiendo yo; voy ahora a continuar la historia en el día del tremendo accidente; el memorable día 3 de Julio. Pero antes de hacer reseña de mi personal experiencia en aquella trágica ocasión, debo daros lo que yo mismo no pude obtener hasta después de medio día; una relación de lo que sucedió en los patios hasta el término de aquella mañana. Cuando Jack Wilkinson llegó a desempeñar su labor, lo que por lo general sucedía siempre cosa de una hora antes del momento en que su máquina debía de partir, su locomotora, la “Reina de Fuego”, no estaba en el cobertizo que le correspondía. Buscó en todo el patio para ver si la encontraba; pero no la pudo hallar y fue a entrevistar al encargado de las locomotoras para preguntarle qué sucedía. Tampoco estaba éste en su caseta; lo vio, casualmente Jack formando parte de un grupo que rodeaba a un hombre tirado en el suelo, víctima al

parecer de un síncope. Al llegar al grupo encontró que el hombre desmayado era uno de los encargados de barrer los patios, a quien él conocía de tiempo atrás. El paciente pronto quedó en condiciones de hablar; pero parecía estar horrorizado y cuando se le preguntaba qué le sucedía, sólo respondía con temblorosa voz:

“¡Tom Price! ¡Tom Price!”.

“¿Qué es lo que dice?, preguntó con excitación el encargado de las máquinas; “¿es que también lo ha visto?”.

Luego, en contestación a preguntas ansiosas, siguió diciendo: “Sí, compañeros, les juro que no hace media hora, cuando llevé a la “Reina de Fuego” al cobertizo vi a Tom Price de pie, cerca del punto en que paré la máquina; nunca lo vi tan claro como lo veía en vida; estaba horroroso; cubierto todo de sangre; con una herida horrible en la parte derecha de la cara; tan horrible que salté asustado al otro lado de la máquina; nunca había sentido cosa semejante en mi vida”.

“Sí, sí”, siguió diciendo a su vez el atemorizado barrendero, “así estaba cuando lo vi; se vino derecho a mí y por eso le tiré un golpe con una barra que tenía yo en la mano y la barra pasó a su través como si nadie hubiera estado allí; me desmayé luego y no sé que le habrá pasado”.

Nadie pudo poner en claro tal confusión; era muy difícil imaginar con claridad que era lo que sucedía, pues mezclaban su relación dos testigos diferentes y era la opinión general que alguien había hecho una travesura, aunque nadie podía adivinar quién sería su autor, ni cuál sería la forma.

Cuando todos hubieron hablado sobre el asunto, Jack gritó:

“Mientras tanto, Señor Encargado, ¿dónde ha dejado usted mi máquina?”.

“La hallará usted en el cobertizo, muchacho; allí donde la dejé cuando vi a Tom Price”, replicó el encargado.

“Pero es que no está allí”, dijo Jack, “y no la puedo encontrar en ninguna parte en todo el patio”.

“Quizá Tom la haya tomado”, dijo uno de los escépticos con una

carcajada.

“Oh, qué tontería”, dijo el encargado, “*tiene* que estar allí; nadie se hubiera atrevido a sacarla sin mi consentimiento”.

Fuese él enseguida a buscarla y todos los demás lo siguieron; pero al llegar a la caseta, pudieron comprobar que no estaba allí la locomotora y tampoco les fue posible encontrarla en ninguna parte aun cuando la buscaron por todo el patio.

“Vaya, qué curioso”, dijo el encargado; debe de haberse ido sola para alguna parte; entrevistemos al guarda para ver si la ha visto pasar”.

No, nada sabía este último; sí recordaba haber visto una locomotora caminando por la vía hacia cosa de media hora, pero no había notado que hubiera vuelto; supuso que había ido a tomar agua, y no pensó más sobre el caso.

“La máquina se ha escapado; no hay duda sobre esto”, dijo el encargado; “buscar al superintendente para informarlo”.

Localizado éste, decidió inmediatamente telegrafiar al empalme para inquirir si alguien sabía algo de la máquina faltante. Pronto vino la respuesta.

“Locomotora sin carros pasó vía principal enorme velocidad”.
“Entonces se ha escapado ella sola”, dijo el superintendente; y todos se miraron unos a otros, presas del temor de un accidente terrible.

Comprenderá usted, señor; yo no llegué a saber nada de esto hasta después; la mañana era tan hermosa que yo estaba fuera de casa desde muy temprano para gozar de su encanto y me ocupaba de arreglar un poco el jardincito, cuando creí notar el ruido de algo que venía sobre la vía. Yo sabía que ningún tren debía llegar en una hora o algo más, de manera que debe imaginarse la sorpresa; primero creía que no se trataba de un tren, máxime cuando advertí que lo que se acercaba no parecía lo suficientemente ruidoso para serlo.

Subí a la plataforma y pronto salí de dudas, pues en unos cuantos minutos una máquina sola apareció en la vía, al dar la vuelta en una curva. Venía con mucha velocidad, pero como usted ve, hay aquí una subida muy marcada (un banco como dicen los ferrocarrileros) hasta

llegar a la estación y fue por esto que la velocidad disminuyó mucho, en forma que al llegar no era sino la ordinaria. En cuanto se acercó reconocí que era la “Reina de Fuego”, y que en ella venía una sola persona y tan cierto como que hay cielo, *ese hombre era Tom Price*.

Lo vi, señor, se lo aseguro con toda solemnidad; lo vi tan claramente como lo veo a usted ahora, y estoy tan seguro de ello como de que usted es quien está ahora en frente de mí. Al pasar se volvió hacia mí y la cara que entonces le vi, nunca la había visto antes y ruego a Dios no volverla a ver. El duro ceño revelaba odio y celos con más fuerza aún que antes; pero, había en él algo más terrible; la mirada diabólica del que saborea un pleno triunfo; una mirada que no puedo describir con palabras. Y toda esta maligna y satánica expresión brillaba tan solo en la mitad de su cara, ipues al pasar pude verle la otra mitad chorreando aún sangre y destrozada hasta perder su forma!

Lo que sentí al ver esta espantosa aparición -a la clara luz de aquel soleado día de verano- no lo puedo decir ni a usted, ni a nadie. Cuánto tiempo quedé paralizado, perplejo, no lo sé; al fin volví sobre mí al oír la campanilla del telégrafo. Automáticamente fui hasta el aparato y contesté la llamada de la terminal. En el mensaje se me indicaba que una máquina había sido vista corriendo por la vía sin que nadie la condujera y se me ordenaba que la desviara de la misma para impedir cualquier accidente. Fue entonces cuando por primera vez me di cuenta de todo y me pareció que una intensa luz relampagueó sobre mí, dejándome ciego. Comprendí al momento toda la gravedad que encerraba aquella mirada diabólica de alegría, y con temblor de pánico en las manos, casi me fue imposible indicarles con un triste mensaje que su comunicación había llegado demasiado tarde. Les rogué que telegrafiaran a Keysborough, pero comprendiendo que esto era ya inútil. Sabía bien que en esos precisos momentos iba a partir de Keysborough el tren que sale temprano para el mercado; recordaba que el Rector de Keysboroug tenía arreglado todo para llevar a los asistentes a su clase de Biblia a una gira en las ruinas próximas a Carston y que, para hacer la fiesta tan larga como fuera posible, debían tomar ese tren; sabía, pues que la guapa Hetty Hawkins y el atolondrado Joe Brown inconscientes del peligro, se hallaban ya en la

misma vía en que aquél despiadado espectro hacía correr cincuenta toneladas de hierro a una velocidad de setenta millas por hora.

Si leyó usted los periódicos de entonces, seguramente que está informado de lo que ocurrió, tan bien como yo. ¿Se acuerda usted? Bueno: poco se necesita para referirlo, aun cuando es un percance horrible. El tren allí, repleto de labriegos que iban al mercado con sus mujeres; allí los dos carros extras puestos con el propósito de dar cabida a los que iban al día de campo con el Rector. Todo el mundo saturado de alegría ante la perspectiva de un día espléndido de paseo y el guardia listo ya para dar la salida al tren, cuando de improviso, sin una sola advertencia, toda aquella escena de jolgorio y alegría, quedó convertida en trágico escenario de sufrimiento y de muerte.

La pesada máquina, corriendo a tremenda velocidad, hizo astillas al tren; casi todos los carros quedaron fuera de los rieles y los tres últimos, juntamente con el furgón de cola quedaron materialmente hechos pedazos; láminas destrozadas, trozos de madera, ruedas, ejes, marcos de puertas, asientos, techos, todo voló como la paja de la era de la trilla y se dice que el montón de madera destrozada y de hierros retorcidos mezclado todo ello con miembros humanos despedazados, alcanzaba una altura de veinte pies.

Muchos murieron instantáneamente y muchos otros más -algunos con heridas terribles y otros casi ilesos- quedaron aprisionados en aquel hacinamiento horrible.

Sólo faltaba una cosa para que el horror fuera completo y unos minutos después, el fuego llegó a consumir el siniestro. Las cenizas que salían ardiendo de la chimenea de la máquina causante de la tremenda colisión,

incendieron el trágico montón de ruinas!

Horrendo espectáculo debe de haber sido aquél; gracias doy al cielo de que no me tocó verlo, aun cuando sí lo he soñado varias veces. El jefe de estación, los conductores y el personal del tren; los vecinos todos, trabajaron heroicamente para sacar a las víctimas; pero la madera estaba bien seca y el fuego se esparció con rapidez y yo me temo que más de algún desgraciado haya sufrido la peor de las

muertes. Los gritos y los quejidos inspiraban compasión, hasta que el piadoso Rector, que yacía oprimido por un montón de madera, con un hombro y brazo malamente rotos, gritó con voz alegre e imperativa:

“Niños, niñas: soportemos nuestro dolor con nobleza; todos los que puedan, uníos a mí”.

Y comenzó a cantar un muy conocido himno infantil. Seguramente su noble actitud y la instintiva costumbre de obedecer su voz levantó el ánimo de todos pues pronto secundaron al esforzado varón, hasta que de aquella ardiente pira se elevó con música solemne, el canto sagrado:

“Oh, qué felices seremos Cuando estemos libres del dolor Señor, en Ti habitaremos, Bendito, por siempre Señor.

El número de trabajadores aumentó por momentos hasta que al fin fue dominado el fuego y descombrado todo el lugar del siniestro, habiendo sido salvados todos aquellos que aún conservaban vida. Muchos murieron, como he dicho ya; muchos más quedaron baldados y muy considerable fue la indemnización que tuvo que afrontar la Compañía; pero creo yo que no haya suma capaz de resarcir a los que empiezan la vida con la pérdida de la salud o del vigor corporal. El esforzado viejo Rector resultó con graves quemaduras, además de haber sufrido la pérdida de un brazo; pero pronto logró restablecerse y algunas semanas después pudo reanudar sus actividades. Hetty Hawkins no sufrió casi ninguna herida, seguramente por algún milagro, pues sólo resintió quemaduras en una mano y algunas ligeras cortadas; en cuanto a Joe Brown, seguramente murió en forma instantánea, pues su cuerpo apareció aplastado, oprimido bajo el peso de toda aquella masa de restos en confusión; y fue así como Tom Price consumó su venganza.

Los directores de la empresa practicaron una grave investigación sobre las causas del accidente, sin llegar nunca a dar crédito a que Tom haya sido visto. Nada pudieron sacar en claro, excepto que la locomotora había ciertamente pasado corriendo sin que la tripulara ninguno de los que estaban a cargo de las casetas y de la vía; así, pues, llegaron a la conclusión de que alguno de los muchachos que hacían la

limpieza del patio debió de haber estado jugando con ella (como suelen hacerlo cuando se les presenta la oportunidad), antes de que tuviera el suficiente vapor y que dejó el regulador abierto. Dos muchachos fueron cesados por sospecha; pero sostuvieron siempre que eran inocentes, cosa que yo creo plenamente; pues yo vi con mis propios ojos que Tom Price iba en la máquina; vi la expresión de su cara y la decisión de cien asambleas de directores nunca podrá persuadirme de lo contrario.

Además: también lo vieron el encargado del patio y el barrendero: ¿será posible que también se hayan equivocado? Se ha llegado a decir que quizá haya habido otro en la máquina y que nuestra imaginación nos lo hizo aparecer como Tom; pero niego tal cosa. Yo lo conocí tan bien como lo conozco a usted; ¿cómo me van a decir que confundí a otro con él? En tal caso esa persona hubiera sido hallada entre las víctimas del accidente y esto no fue así, pues la búsqueda más minuciosa no encontró, ni sus huellas. No, señor; tan cierto como que estamos nosotros aquí, Tom Price regresó de su tumba en busca de venganza; y horrible fue la venganza que logró: por todo el oro del mundo no cargaría yo con tamaña responsabilidad.

Tal es mi historia, señor; espero que no le haya fastidiado; ya sabe usted ahora por qué creo en los aparecidos.

Esta narración, creo yo, será de mucho interés para los estudiantes de Psicología. Habla por sí sola y requiere pocos comentarios. Un hombre malvado muere en forma repentina, con un insatisfecho deseo de venganza: procede a tomarla en cuanto tiene oportunidad, usando un método que naturalmente debe de haberle sido sugerido por su vida anterior. Es muy probable que los miembros de la comisión hayan estado en lo cierto al opinar que el regulado fue dejado abierto por algún muchacho, ya que hubo de haber sido mucho más fácil para el muerto influenciar al muchacho para que lo hiciera, que aplicar fuerza por sí mismo al manubrio.

Triple Advertencia

Fue en la mesa de uno de los más altos dignatarios de la Iglesia - personaje cuyo nombre, si yo tuviera la libertad de mencionarlo, contribuiría a dar a mi narración respeto y autoridad en todos los países de habla inglesa- donde escuché las dos historias que voy enseguida a referir. Al tanto estoy de que dar publicidad el nombre del narrador aumentaría en mucho el valor de mi relato para muchos de los lectores y, ciertamente, no tengo razón ninguna para suponer que pueda haber la menor objeción en contra de proceder así; pero no habiendo pedido yo autorización para hacerlo (pues nunca tuve la menor idea de publicar estas narraciones), heme de abstener de ello.

Si estas historias han sido dadas a la publicidad anteriormente por algún otro autor, en dónde, y en qué forma, no puedo decirlo; en opinión del distinguido narrador de quien las oí, eran ya tema común de conversaciones, pues manifestó mucha sorpresa de que ninguno de los presentes las conocieran; pero, pues eran completamente desconocidas para las cuarenta o cincuenta personas reunidas a la mesa, y, pues ni yo mismo las había visto impresas, aun cuando he leído la mayoría de las colecciones semejantes, corro el riesgo de repetir lo que tal vez, sea para muchos cosa muy conocida ya. En aras de la claridad denominaré en ambos casos al protagonista de ellas “el obispo”, aun cuando, por supuesto, en el primero de ellos, los honores episcopales estaban todavía en distante futuro.

La primera de estas experiencias de aparecidos tuvo lugar cuando “el obispo” estaba aún en el colegio. Parece ser que una noche se había él retirado para irse a dormir algo más temprano que de ordinario, habiendo echado la llave a la puerta de su sala de recibir y dejado abierta la que comunicaba ese departamento con su alcoba. En el recibidor un gran fuego alumbraba con brillantez, llenando el lugar con una luz tan vívida que hacía que todos los objetos quedasen tan claramente visibles como si fuera medio día. Eran cosa de las diez y media y el obispo se había acostado esperando felizmente gozar de un sueño largo e ininterrumpido, cuando vio la figura de su padre, de pie,

en el pasadizo entre ambas piezas, al pleno fulgor de la luz. La sorpresa lo dejó inmóvil durante unos segundos; llegó a creer que había visto el efecto de la luz sobre la cara triste y austera durante todo un minuto, antes de que la figura, levantando la mano, le hiciera señal de aproximarse. Esto hizo que saliera del hechizo que parecía tenerlo asido y que saltara de la cama hacia la puerta; pero antes de poder llegar a ella la figura habíase ya desvanecido! Sobrecogido en forma inexpresable, buscó ahincadamente tanto en el recibidor como en la alcoba, y fácilmente llegó a convencerse de que estaba absolutamente solo; no había lugar donde un intruso pudiera haberse escondido y la puerta exterior tenía bien echada la llave, tal como la había dejado. Además, la figura era distinta e inequívocamente la misma de su padre -excepto que reflejaba en la faz un intenso sentimiento de compasión- exactamente tal como lo había visto hacía solamente unas cuantas semanas; y bien seguro se sentía que ningún compañero de colegio podría ser capaz de jugarle una broma semejante.

Se vio, pues, obligado a llegar a la conclusión de que había sido víctima de su fantasía, aun cuando difícil era para él, el aceptar tal cosa, al recordar la apariencia natural de la figura y el efecto de la luz del fuego sobre su cara; así pues, haciendo un esfuerzo, trató nuevamente de quedar dormido.

Sin embargo, la conmoción le había alejado el sueño por el momento y yació en la cama observando las oscilantes sombras que se proyectaban sobre la pared, más de una hora, antes de comenzar a sentir que se hundía de nuevo en la inconsciencia. Si realmente llegó a conciliar el sueño o si sólo estuvo a punto de conseguirlo, no lo podría él decir; pero repentinamente, se sintió de nuevo bien despierto al reaparecer ante él, la figura en el pasadizo, con la misma intensa expresión en la cara y llamándolo con la mano, con insistencia más marcada aún que antes.

Resuelto esta vez ya a no eludir la cita, saltó de la cama hacia la puerta, tratando de asir violentamente a la aparición; pero otra vez sufrió el mismo desconcierto; tenía ésta la apariencia exactamente igual, aun cuando sólo distaría una yarda y sin embargo, a pesar de sus esfuerzos para cogerla, sus manos se encontraron el aire en el vacío y

otra vez la más estricta búsqueda vino sólo a confirmarle lo único que podía ser cierto; que era del todo imposible, para ningún ser corporal ni haber escapado del cuarto ni estar escondido en él.

Como la casi totalidad de los jóvenes, él era más o menos escéptico en cuanto al asunto de los aparecidos y, aun cuando seriamente sorprendido por lo que le había tocado ver, se esforzó por hacerse creer que todo se debía a trastornos de su imaginación, resultantes tal vez de algún malestar corporal no sospechado. Luego de haberse frotado la cabeza con agua fría, se retiró, pues, una vez más, a descansar, con la firme resolución de no permitir a su mente ninguna cavilación sobre lo que él consideraba resultado de un entorpecimiento de su cerebro. Al echarse en la cama, las campanas del colegio daban las doce con rítmica armonía y con la imagen de la iglesia del poblado en la mente, hizo los mayores esfuerzos por conseguir el sueño que tanto necesitaba.

Logró al fin quedarse dormido; pero le pareció que habría estado fuera de la conciencia sólo cortos momentos cuando despertó de pronto, con ese sentimiento de infundado terror en el corazón, que tan frecuentemente se apodera de las personas de temperamento excesivamente nervioso cuando despiertan de improviso de un sueño profundo. El fuego del recibidor alumbraba ya sólo débilmente y en lugar de la alegre luz brillante que había visto cuando quedó dormido, se notaba tan sólo un pálido rojizo resplandor sobre el techo y la pared; ipero allí en el pasadizo, claramente visible a la luz del borroso resplandor, estaba de pie nuevamente, la figura de su padre! En esta ocasión, sin embargo, había una marcada diferencia tanto en su expresión como en su actuar; en vez de la intensa mirada de compasión, tan visible en las otras dos ocasiones, había en la faz de la figura una mirada de profunda, aun cuando resignada pesadumbre y la mano que ahora levantaba no le hacía señales para que se aproximara como antes, sino que lenta y tristemente se despedía de él, mientras fijaba este sobre la visión los ojos horrorizados. Además, en lugar de evaporarse inmediatamente, su contorno se fue borrando poco a poco y pareció disolverse gradualmente en el borroso resplandor rojizo de la pared.

Solamente al desaparecer el espectro, nuestro joven amigo recobró la noción y lo primero que hizo fue sacar su reloj para mirar la hora. Eran las dos menos diez -demasiado temprano, tanto para despertar a nadie como para obtener algún medio de transporte para ir a la casa paterna, cosa que inmediatamente decidió llevar a cabo. Su padre, el rector de una distante parroquia campesina, se hallaba perfectamente de salud cuando se despidió de él unas cuantas semanas antes; pero, impresionado profundamente por la recurrencia de esta visión y convencido por fin de que tenía que haber en el asunto algo de lo que se llama sobrenatural, se dio cuenta de que le sería imposible descansar, mientras no quedase plenamente satisfecho con una visión ocular, de que su padre vivía aún y se encontraba en buena salud. No trató ya más de dormir y tan temprano como le fue posible entrevistarse con el jefe de su colegio, le explicó sus temores y salió para su casa sin más dilación. La rápida y cansada travesía debilitó la impresión de los sucesos de la pasada noche y cuando, comenzando ya a obscurecer, llegó a la planicie que conduce a la rectoría, no sentía ya sino una cierta inquietud que apagaba en él la anticipada satisfacción del cordial recibimiento que habrían de hacerle sus sorprendidos familiares. Se estremeció de pronto al advertir, ya próximo a la casa, que todas las ventanas se hallaban cerradas; cierto era que ya comenzaba a obscurecer, pero se acordó que su padre gustaba de la hora del crepúsculo y que nunca permitía que se encendiesen las velas hasta que fuera absolutamente necesario y una aprehensión nerviosa, un no sé qué, se apoderó de él en forma tan completa, que durante algunos momentos le impidió llamar a la puerta.

Cuando por fin reunió ánimo para llamar, el criado salió a abrir -un criado que había estado sirviendo a la familia durante muchos años- y a quien él conocía desde la niñez; la primera mirada a la cara del viejo sirviente hizo revivir en él sus peores aprehensiones.

“Ah, señor”, dijo el hombre, “illega usted demasiado tarde! ¡Si hubiera podido venir anoche! ¡Sí! (en respuesta a sus ansiosas preguntas). “Sí, el amo ha muerto y casi todo lo que pudo decir después de caer enfermo fue que anhelaba ver a usted. Eran las diez de la noche cuando le dio el ataque y una media hora después, tan pronto

pudo hablar, lo primero que dijo fue:

“¡Enviad por mi hijo; tengo que verlo una vez más!”.

“Le dijimos que íbamos a enviar un mensajero tan pronto como amaneciera, pero casi pareció que no nos había oído, pues cayó en una especie de sopor. Luego, al cuarto para las doce, se incorporó por un momento, pero sólo para decir:

“¡Cómo desearía que mi hijo estuviera aquí!”.

“Y precisamente un momento antes de morir -faltaban diez para las dos- abrió los ojos y pareció que nos conocía a todos, aunque estaba demasiado débil para poder hablar, pero sí murmuró:

“Me muero; hubiera querido hablar a mi amado hijo una vez más; pero ya no podré hablarle antes de morir”.

“Y luego expiró serenamente; parecía que se había quedado dormido”.

Tal fue la primera experiencia del obispo en el plano supra-físico: caso no muy raro tal vez, aun cuando quizá un clásico ejemplo entre los de su clase. De cualquier manera, no es difícil dar crédito a la aserción del narrador de que le produjo una impresión que el tiempo no ha podido borrar; una impresión que dejó su huella en todo el resto de su vida.

¡Cuántos habrá entre nosotros que también habrán sido afectados profundamente -cuyos caracteres pueden haber sido modificados en su totalidad- por un corto vislumbre de ese mundo que siempre nos circunda muy de cerca, aunque por lo común no nos sea dado percibirlo! Pocos son los que se atreven a hablar de estas cosas en esta época ciega y escéptica; pero todo aquél que se tome la molestia de inquirir con tesón entre sus amistades, recibirá la sorpresa de descubrir cuánto más comunes que lo que se supone son tales experiencias.

La Confesión Escondida

La segunda historia que nos relató el obispo fue de un carácter diferente y los sucesos que la forman tuvieron lugar en un período mucho más avanzado de su vida, cuando ya estaba él a cargo de una diócesis. Parece ser que en el día en que tales eventos ocurrieron, había él aceptado una invitación para comer en una cierta casa de campo en uno de los condados del centro del país. Habiendo sucedido que llegó un poco más temprano que de costumbre, se encontró, al ser introducido a la sala de la casa, que la dueña no estaba ahí y que la única persona que había en la pieza era un sacerdote católico romano, completamente desconocido de él, que se hallaba sentado en un sofá, muy concentrado en la lectura de un libro. Al entrar el obispo, el sacerdote levantó la vista, le hizo una reverencia muy cortés pero callada y continuó leyendo. Era hombre de complexión robusta, de recia musculatura y que aparentaba vigorosa actividad; pero había en su rostro una expresión de cansancio y de ansiedad que llamó mucho la atención del obispo, quien quedó intrigado sobre quién podría ser y que forma habría sido invitado a la casa. Pronto llegaron otros invitados y la dueña de la casa bajó pidiendo excusas por no haber estado lista oportunamente para recibir a su llegada al huésped principal, lo que fue causa de que olvidara preguntarle sobre el extraño personaje. Al sentarse ya a la mesa, inmediatamente al lado de la dama, volvieron a su mente de nuevo las preguntas y, encarándose con ella le dijo: “A propósito, señora: no me ha presentado usted a ese sacerdote de aspecto tan interesante que encontré en la sala; ¿quién es?”.

Luego echando una mirada a todos los comensales, añadió con alguna sorpresa: “Parece ser que no ha venido él a comer”.

El rostro de la señora dejó notar una extraña expresión, al ir diciendo precipitadamente como si balbuceara:

“¿Qué, es que usted lo ha visto?”.

“Ciertamente, señora”, replicó el obispo; “pero dispéñeme; temo

haber tocado sin quererlo un asunto que parece desagradable; tal vez se trate de algún secreto de familia. Pensaba yo que ese sacerdote, no era sino uno de tantos invitados, como yo, y habiéndome interesado mucho su apariencia, quise suplicarle que me lo presentara; pero si por cualquier circunstancia desea usted que no se trate aquí de su estancia, no necesito decirle que puede tener confianza en mi silencio”.

“No, no, monseñor”, respondió la señora en voz baja, “no me comprende usted; nada hay que desee yo ocultar, aun cuando sí es ese un asunto que mi esposo no gusta que se trate. Me ha sorprendido muchísimo que el sacerdote se haya dejado ver de usted, porque hasta ahora nunca ha sucedido tal cosa, pues sólo lo ha hecho con personas de mi familia. Lo que usted vio no fue un invitado; fue una aparición”.

“¿Una aparición?”, balbuceó el obispo.

“Sí”, continuó la señora, “una aparición cuyo carácter sobrenatural es imposible poner en duda ya que durante los dos años que hemos vivido en esta casa se ha aparecido quizá una docena de veces a mi marido y a mí en circunstancias tales que el engaño o la imposición quedan fuera de toda duda. Y como nosotros no nos podemos explicar lo que pasa y estamos bien seguros de que son efectos de causas no naturales, hemos decidido no hablar de esto a nadie. Pero, pues usted lo ha visto, monseñor, ¿quiere hacer un favor?”.

“Seguramente, siempre que esté dentro de mis posibilidades”, replicó él. “He pensado con frecuencia”, siguió diciendo, “que si pudiésemos encontrar alguien que tuviera el suficiente valor para hablarle, quizá nos podríamos liberrar de su presencia. Siempre he tenido el temor de que algún día puedan verlo los niños o de que la servidumbre horrorizada insista en retirarse de esta casa. ¿Puede usted -querría usted- dando una disculpa cualquiera ir a la sala unos minutos, ver si aún está allí el sacerdote y si es así, hablarle, decirle que no visite más la casa: practicar, en otras palabras, un exorcismo?”

Luego de cavilar un poco, el obispo convino en llevar a la práctica el experimento propuesto. La conversación que había sostenido con la dueña de casa había pasado inadvertida para los demás comensales y, aprovechando tal circunstancia, se excusó ante ella en voz algo más

alta manifestando que le era necesario retirarse por unos momentos y salió del comedor llamando con la mano al criado que habría de ayudarle. Al penetrar en la sala, percibió, no sin un estremecimiento de terror, la figura del sacerdote, sentado aún en el mismo lugar y todavía dando atenta lectura a su gran breviario, si tal era el libro que tenía ante sí; pero con inflexible determinación caminó hasta quedar ante el aparecido frente a frente. Como antes, el sacerdote inclinó ante él cortésmente la cabeza; pero esta vez en lugar de volver inmediatamente a dedicarse a la lectura del libro, fijó los ojos, con mirada de infinita fatiga, al mismo tiempo que con expresión de oprimida ansiedad, en la cara del obispo. Después de un momento de pausa, dijo éste, lenta y solemnemente:

“En nombre de Dios, ¿quién es usted y qué es lo que desea?”.

“El aparecido cerró su libro, se levantó del asiento, y de pie frente a él, después de ligera vacilación habló en voz baja, pero mesurada y clara:

“Nunca he sido yo invocado en esa forma, hasta ahora: voy a decir a usted quién soy y qué es lo que quiero. Como ve, soy un sacerdote de la Iglesia Católica. Ochenta años atrás, la casa en que hoy estamos era mía. Era yo un buen jinete y sumamente aficionado a la caza cuando la ocasión lo permitía; uno de tantos días estaba para salir a visitar a uno de los vecinos, cuando una dama joven de familia muy distinguida ciertamente, me mandó llamar para hacerme una confesión. Lo que me dijo, claro está, no lo puedo repetir, pero fue algo que afectaba muy íntimamente el honor de una de las casas más nobles de Inglaterra y tal fue la suprema importancia que juzgué que tenía (había algunas complicaciones en el caso) que cometí la grave indiscreción, el pecado diría mejor -pues es cosa estrictamente prohibido por nuestra Iglesia- de tomar unas anotaciones de lo que escuché en la confesión.

“Tras de darle la absolución y luego de haberse ella retirado, me di cuenta de que tenía que apresurarme mucho para llegar con tiempo a la cita pendiente, pero mi precipitación no me hizo olvidar que debía guardar cuidadosamente las anotaciones del terrible secreto que me había sido confiado. Por razones que no es del caso detallar había yo mandado aflojar unos cuantos ladrillos de la pared de uno de los más

bajos pasadizos de esta casa y así mismo, construir allí un nicho pequeño. Precisamente, pensé entonces, es ese el lugar en que mis anotaciones quedan perfectamente seguras contra cualquier posible accidente, hasta que yo regrese; cuando suceda esto y haya yo desentrañado a toda mi satisfacción todo lo intrincado del asunto, destruiré los peligrosos papeles enseguida. Así pues, los metí entre las hojas del libro que había estado leyendo, bajé las escaleras, arrojé el libro dentro del nicho, volví a colocar en su lugar los ladrillos y salté sobre mi caballo que arrancó a toda velocidad.

“En ese mismo día de caza, sufrí una caída de caballo que me dejó muerto en el acto; y desde entonces ha sido mi terrible destino el merodear por esta casa terrestre que fue de mi propiedad y tratar de impedir las consecuencias de mi pecado; tratar de evitar toda posibilidad de que sean descubiertas las fatales anotaciones que hice en momentos de precipitación.

Nunca hasta hoy ningún ser humano se ha atrevido a hablarme en forma tan audaz como la que usted acaba de emplear; nunca hasta ahora he podido hallar la más ligera ayuda o sombra de esperanza de liberación de esta fastidiosa tarea; ahora, ¿querría usted salvarme? Si yo le muestro en qué lugar está escondido mi libro, ¿juraré usted por todo lo que estime como más sagrado destruir el papel que contiene sin leerlo, sin permitir que ningún ojo humano pueda ver una sola palabra de su contenido? ¿Empeña usted su palabra de que así lo hará?”.

“Empeño mi palabra de obedecer sus deseos al pie de la letra”, dijo el obispo con solemnidad.

“La mirada intensa de los ojos del sacerdote pareció penetrarle hasta el fondo del alma: pareció también ser que ese escrutinio le dejó satisfecho, pues el fantasma, con un profundo suspiro de alivio, dio la vuelta, diciendo:

“Entonces sígame”.

Con un sentido extraño de irrealidad el obispo se encontró siguiendo, a la aparición por una ancha escalera que conducía hasta el sótano de la casa y luego bajando aún más, por una de piedra, más

estrecha aún, que parecía llevar hasta alguna bodega o bóveda. De repente el sacerdote se detuvo y giró sobre sí.

“Este es el lugar”, dijo, poniendo su mano en la pared; “arranque usted la mezcla, afloje los ladrillos y tras ellos encontrará el nicho de que le he hablado. Marque usted bien el lugar, y recuerde usted su promesa”.

Siguiendo las indicaciones y el deseo del espectro, el obispo examinó minuciosamente en la pared el lugar indicado, y luego dio la vuelta hacia el sacerdote para hacerle otra pregunta; pero con intenso asombro notó que nadie estaba ya allí; ¡que se encontraba absolutamente solo en el semi oscuro pasadizo! Tal vez esta repentina desaparición no debió ser la causa de tan gran sobresalto, pero le sorprendió más quizá de lo que él estaba dispuesto a admitir ante sí mismo. Retuvo sin embargo la suficiente presencia de ánimo para sacar de su bolsillo una navaja con la cual hizo una marca sobre la pared y para dejar esa misma navaja al pie de ella para poder guiarse hasta el lugar; luego subió precipitadamente las escaleras y se presentó, todavía sin aliento a consecuencia de su sorpresa, en el comedor.

Lo prolongado de su ausencia había sido ya causa de algunos comentarios y ahora su actitud agitada excitó general atención. Incapaz por el momento de hablar en forma coherente, la única contestación que dio a las ansiosas preguntas que le hacía el amo de la casa, fue una señal de que su esposa podía darle explicaciones. Con algunas vacilaciones declaró ella, la súplica que se había permitido hacer a su señoría y, como fácilmente puede imaginarse, enormes fueron el interés y la excitación de los reunidos. Tan pronto como el obispo pudo recobrar la voz, se vio obligado a relatar la historia ante todo el concurso, pues cualquier ocultación que pudiera pretender, quedaba fuera de lugar. Es muy probable que, a pesar de su celebrada elocuencia, nunca ninguna de sus alocuciones haya sido escuchada con tan profunda atención como en este caso; al concluir de hablar nadie podía oponerse a la unánime demanda de que había que traer inmediatamente a un albañil para derribar la pared y obtener la confirmación de esta historia tan extraña cuanto dramática en sus

circunstancias. Pero después llegó el albañil y todos los reunidos se apiñaron ansiosamente para bajar la escalera con la guía del obispo y observar el resultado de los trabajos. Trabajo le costó reprimir un estremecimiento al encontrarse de nuevo en el pasadizo en que su espectral acompañante se había desvanecido en forma tan poco cortés; pero sí indicó el lugar exacto designado por el muerto y el albañil comenzó inmediatamente a trabajar.

“La mezcla parece muy dura y firme”, alguien hizo notar.

“Sí”, replicó el dueño de la casa, “es de calidad excelente y relativamente nueva; estas bóvedas estuvieron fuera de uso durante largo tiempo, -según entiendo- hasta que mi antecesor mandó reparar todo el trabajo de ladrillo y enyesar de nuevo, hace sólo unos cuantos años”.

El albañil había ya logrado arrancar la mezcla y aflojar uno de los ladrillos en el preciso lugar indicado y aun cuando quizá nadie dejaba exteriorizar su sorpresa, hubo una agitación bien perceptible entre los reunidos, cuando anunció haber hallado una especie de cavidad como de dos pies por lado y de unas dieciocho pulgadas de profundidad, en lo ancho de la pared. El dueño de la casa se adelantó para mirar; pero conteniéndose inmediatamente, se echó atrás dejando el lugar al obispo, mientras decía:

“Se me olvidaba la promesa de usted; a usted solamente le corresponde el derecho de hacer aquí la primera investigación”.

Pálido, pero dueño de sí, el obispo caminó hacia la cavidad, y luego de examinarla con la mirada cogió con la mano y sacó afuera un voluminoso libro antiguo, de gruesa encuadernación, muy cubierto de polvo y tierra enmohecida. Un estremecimiento de nerviosidad sacudió a todos los presentes; pero ni una sola palabra rompió el silencio de expectación reverente mientras el obispo abrió el libro y pasando unas cuantas hojas, sacó de entre ellas un pedazo de papel de escribir, amarillento por la edad, en el cual había unas líneas de escritura hecha con precipitación y de forma irregular. Tan pronto como estuvo cierto de haber encontrado lo que buscaba, retiró los ojos del escrito y, retrocediendo todos los reunidos para dejarle campo para

caminar, lo condujo cuidadosamente por las escaleras hasta el cuarto más cercano y allí lo arrojó con reverencia en el flamante fuego del fogón, casi como si estuviera depositando una ofrenda sagrada en algún antiguo altar zoroastrino.

Hasta que la última partícula del documento hallado en forma tan misteriosa no quedó reducido a cenizas nadie habló; y aún después de esto, la mayoría estaba demasiado profundamente impresionada para hablar, pues sólo se escucharon exclamaciones aisladas: “¡Maravilloso! ¡maravilloso!

¡ciertamente! ¡quién lo hubiera creído!” El obispo tuvo la seguridad de que ninguno de los presentes podría olvidar la lección y él menos que nadie y ciertamente, nunca pudo él referir la historia, sin sentir la más profunda emoción, aún después de transcurridos muchos años. La figura del sacerdote, añadió, nunca volvió ya a verse en la casa donde por tanto tiempo estuvo guardando su culpable secreto.

Fácilmente podemos comprender cuáles serían los sentimientos del sacerdote, al ser arrojado precipitadamente fuera del cuerpo a consecuencias del accidente, sabiendo que no podía impedir fatales consecuencias de su indiscreción. La circunstancia de que por la misma naturaleza del secreto era sumamente difícil dar con una persona a quien se le pudiera confiar, esa cosa que venía a aumentar las dificultades del caso; así pues, debe de haber sufrido una perpetua ansiedad: la esperanza de poder hallar la persona necesaria para encargarla de la destrucción del escrito y el temor de que descubriera el secreto alguna persona no indicada para ello.

También ésta, como la historia anterior, es otro ejemplo de una clase de fenómenos bien evidenciados y no infrecuentes; es notable, especialmente, por la alta posición del protagonista y, tal vez, por cierta perfección en sus detalles...

-por su acabado artístico, dijéramos- que, si se tratara de un caso de ficción, sería suficiente para dar crédito a la capacidad conceptiva del autor. La persona que me la refirió y las circunstancias en que lo hizo, no dejan, sin embargo, la menor posibilidad de que le haya sido añadido algún tinte novelesco, como pudiera haber sido, si hubiera

pasado por muchas manos en lugar de haber llegado a mí de su fuente original; y, por mi parte, sólo puedo decir que he sido en este caso, como siempre, escrupulosamente exacto en su reproducción, usando en muchos casos, creo yo, aún las mismas exactas palabras de la narración original.

Jagannath

Cuento de La India Escondida

“Vosotros, europeos, nada sabéis de Jagannath, dijo mi amigo el Sr. T. Subba Rao, en una tertulia en la terraza de Adrar, en la que gozábamos, cómodamente arrellanados en sendos amplios sillones, de la espléndida luz de la luna tropical.

“Tanto vuestros viajeros, como vuestros misioneros, se han dejado engañar por las aserciones de los sacerdotes y de los devotos de esa forma horrenda de adoración; aserciones que son sin duda alguna deliberadamente falsas. Sí; yo mismo he visto en alguno de vuestros libros la afirmación de que ese culto no es sino una variedad del tributado a Vishnú! Tal vez esto haya sido así en tiempos muy remotos; pero desde hace ya siglos no es otra cosa que la adoración de un espíritu de la tierra de la índole más sangrienta.

“Voy a deciros lo que hay de cierto. Ningún mal hay en ello, ya que, si alguna vez lo repetís, nadie os lo creerá, a menos que se trate de alguien que esté bien enterado de este asunto y en ese caso tal, esa persona negará inmediatamente la verdad de lo que le digáis para evitar que todo ese horror llegue a conocimiento del Gobierno, cosa que siempre ha sido (y siempre será) evitada con cautelosa reserva. Por increíble que pueda parecer al escéptico occidental, no deja de ser terriblemente cierto, como tengo muy sólidas razones para sostener.

“Para que mi narración sea inteligible, es necesario comenzar por el principio. Mucho tiempo ha -mucho antes de lo que vosotros consideráis como el principio de la historia- una fuerte conmoción en un continente lejano arrojó de su país a algunos sacerdotes de la vieja religión de la naturaleza, quienes, después de mucho errar sin rumbo definido, se establecieron, por fin, en el lugar que hoy se conoce con el nombre de Jagannath. El poder que ejercían sobre los elementos y que por muchos años habían usado exclusivamente con buenos fines, les conquistó respeto y temor por parte de los habitantes; pero, al ir corriendo las edades, sus sucesores fueron degenerando hasta caer en el más completo de los egoísmos, llegando así su institución a

convertirse en una escuela plenamente dedicada a la magia negra.

“Por fin, uno de los jefes, más faltos de escrúpulos o más osado que sus predecesores, logró éxito en sus invocaciones y pudo subyugar parcialmente a un maligno espíritu de la tierra de poder terrible, con la ayuda del cual cometió tales abominaciones, que se declararon en rebeldía hasta sus mismos secuaces y lo asesinaron. Pero si les fue posible matarlo a él, no lograron desterrar al demonio que le había servido de colaborador en sus fechorías, y el que siguió ocasionando la destrucción en todos los confines del distrito, hasta un punto en que los sacerdotes no sabían ya qué cosa les quedaba por hacer.

“Recurrieron, pues, a solicitar la ayuda de un reputado mago del norte, cuyo poder había sido empleado siempre con propósitos más puros y nobles que los suyos. Tras de mucha insistencia, accedió el mago, no para beneficiar a los sacerdotes, sino para servir a la población inocente y desprovista de medios de defensa, a poner en juego los medios a la sazón posibles, para restringir la maléfica influencia del implacable y pérfido elemento. Poco era, sin embargo, lo que se podía conseguir, ya que por muy extraño que os pueda parecer, las leyes de la magia exigen una estricta justicia, aun cuando se trate de entidades semejantes a la que nos ocupa. Todo lo asequible no consistía sino en limitar el mal y para ello era indispensable el arreglar las cosas de tal manera que la monstruosa entidad, en lugar de saciarse con la destrucción en masa, quedase satisfecha con destruir las vidas de aquellos que voluntariamente se ofrendaran a su sangrienta voracidad; y desde entonces, quedó concertado un convenio, raro y salvaje, ciertamente que ha venido siendo cumplido con toda escrupulosidad.

“Las condiciones estipuladas irán apareciendo conforme vaya yo relatando lo que realmente tiene lugar en cada una de las festividades, que se celebran cada siete años en honor de este maléfico ser a quien dan el calificativo de deidad. Viene primeramente la que recibe el nombre de “El Día de la Madera”. En una mañana previamente determinada, se congrega a la orilla del mar, antes de romper el día, una vasta multitud, silenciosa y callada. Los sacerdotes del templo se agrupan en la playa alrededor del jefe; un poco delante de ellos, más

próximos al agua, se colocan de pie dos hombres condenados al sacrificio: un sacerdote y un carpintero; condenados ambos por las terribles estipulaciones del pacto.

“Cuando el tal convenio tuvo celebración, siete de las familias del sacerdocio hereditario y siete familias de carpinteros (sabréis ya que aún los oficios son hereditarios entre nosotros), juraron ofrendar, a cambio de una promesa de prosperidad temporal -que ha sido satisfecha con toda precisión- un representante de cada uno de los grupos, en aras de la deidad en los festivales que habrían de celebrarse una vez cada siete años. Así pues, los dos elegidos para recibir este honor fatídico en la presente ocasión, guardan un lugar separado de la multitud que los observa con pavor, como a seres medio pertenecientes ya al mundo supernatural.

“Al ir surgiendo el sol de entre las aguas del mar, todos los ojos se fijan ansiosamente en el horizonte y un hombre de orgullosa actitud es el primero que divisa una pequeña manchita negra que, moviéndose entre las aguas, se va acercando más y más a la multitud despavorida. Cuando el objeto se ha aproximado ya lo suficiente, se advierte que consiste en tres trozos de madera que flotan a poca distancia uno de los otros, aun cuando sin que nada los mantenga unidos, y que siguen una línea definida de camino, sin ningún poder motriz aparente. ¿Una treta de los sacerdotes?, pensaréis sin duda. No lo creerías así, amigos míos, si hubieseis presenciado el evento. Posible es que la ciencia occidental, de la que tan orgullosos os mostráis, logre imitar ese fenómeno valiéndose de maquinaria complicada y costosa, pero ¿cómo podrían hacerlo esos sacerdotes que ignoran por completo tales cosas y que se hallan, además, en el centro de una multitud que atisba el menor de sus movimientos?

“Como quiera que esto sea, los trozos de madera llegan por fin a la playa y son conducidos reverentemente por los sacerdotes hasta una cabaña que se erige en el atrio del templo, dentro de la cual el carpintero elegido debe practicar su trabajo. Inicia esta labor con actividad febril. Su misión consiste en labrar, en esos tres trozos de madera, tres figuras que sean exacta reproducción de otras tres que se guardan en el relicario más escondido del templo; día tras día trabaja

con ardiente afán para conseguir su propósito, cosa que apenas le deja tiempo para comer y para dormir. Talla primero las dos figuras accesorias que sirven de sostén a la imagen central, hasta dejarlas totalmente concluidas y continúa luego con la última, que es la representación de la deidad de que se trata. Y cuentan los vecinos con entrecortado aliento, cómo, durante ese período de su ardua faena, está siempre recibiendo ánimos de la aparición de ese “dios”; aparición que es visible sólo para él y que, de entonces en adelante nunca estará ausente de su conciencia, ni en la vigilia, ni en el sueño y que siempre se irá acercando más y más a él, en la medida en que su trabajo se aproxima a su fin.

La imagen queda por fin terminada y el carpintero que ha puesto tantos afanes y que ha usado de tantas energías para construirla, cae postrado ante ella y se entrega de todo a todo al poder de la terrífica aparición. Más y más se le aproxima ésta y más y más rápida se vuelve la intensa atracción magnética que va absorbiendo la vida del desventurado. Diréis que se trata de un efecto de imaginación. Podría ser: pero el resultado es siempre el mismo; nunca se ha dado el caso de que el carpintero sobreviva doce horas a la terminación de su obra.

“Casi inmediatamente después, viene el “Día de la Procesión”, punto culminante del festival y es en tal ocasión cuando el sacerdote condenado desempeña su participación en el terrible contrato. En las primeras horas del día siguiente, ante la presencia de una multitud inmensa, los sacerdotes conducen reverentemente las nuevas imágenes hasta el santuario más interior del templo y las colocan en el suelo ante la plataforma sobre la que reposaron durante siete años las tres figuras precedentes. Todos salen del santuario, quedando en su interior únicamente el sacerdote elegido; se cierran luego las tres grandes puertas que lo separan del cuerpo principal de la iglesia y, solo ya en el santuario el ministro especial del “dios” practica allí ciertos místicos ritos que no puede ver ningún ojo humano, de no ser los suyos.

“Lo que tiene lugar dentro de las cerradas puertas, nadie lo ha sabido; nadie lo sabrá tampoco, ya que ninguno de los que podrían darlo a conocer, ha vivido el tiempo suficiente para descorrer el velo

del pavoroso misterio. Los sacerdotes yacen postrados en adoración fuera de las puertas en guardia de honor para impedir cualquier posibilidad de disturbio; pero tal función no es más que sinecura, ya que ningún nativo de la India se dejaría sobornar para entrar en el santuario durante la Hora del Silencio, ni por todas las joyas de Golconda. La ingente multitud permanece congregada en el cuerpo del templo, envuelta en la más profunda quietud, hasta que ha llegado el momento en que el gran sacerdote se levanta del suelo y con reverente actitud abre nuevamente las puertas.

“Ni el ruido más ligero ha llegado a los atentos oídos de la gente de fuera; pero las pesadas figuras han cambiado ya de lugar; las nuevas están sobre la plataforma, y cerca de ellas yace el sacerdote mudo ya y expirante. Se conserva la reseña de que éste muere siempre unos cuantos minutos después de haber abierto las puertas y nunca hasta ahora ha sido posible para ninguna de las víctimas el hacer ninguna indicación ni verbal, ni por ningún otro medio, con relación a la naturaleza de la prueba a que ha sido sometida.

Todo lo que se ha podido saber es que el carpintero recibe instrucciones, durante el tiempo en que está tallando las tres figuras, de hacer una horadación cilíndrica de cierto diámetro determinado, en cada una de ellas, en una situación más o menos semejante a la que ocupa la columna espinal del cuerpo humano, y la tradición susurra que la misión del sacerdote condenado consiste en cambiar *algo* -algo que nadie puede ver sin morir- de ese extraño receptáculo de las viejas figuras, al correspondiente de las nuevas. También se dice que es la voluntad de esa deidad el imprimir sobre la mente de su ferviente devoto el ceremonial que ha tenido lugar.

“Mientras tanto, fuera del templo, todo ha sido ya preparado para la gran procesión y un inmenso carro ha sido arrastrado hasta la puerta. El tal vehículo es una cosa rara y de difícil descripción sin la ayuda de un grabado o modelo. Su parte inferior semeja una inmensa caja de madera de forma oblonga con ricos tallados laterales que representan las figuras de los Dioses, cada una de ellas es una urna separada, bien cubiertas y protegidas por columnas hermosamente moldeadas; sobre esa caja, que sirve como plataforma o pedestal, descansa una estatua

colosal de un león rampante, que lleva sobre su lomo una especie de púlpito rematado por un dosel.

“Cuando llega la hora, el sacerdote principal se postra de hinojos ante la nueva imagen, alrededor del cuello de la cual cuelga guirnalda de flores, en la forma que acostumbran los hindúes; cíñele además en la cintura un cinturón magníficamente adornado con joyas. Y es entonces cuando la demoníaca entidad exhibe ante sus fieles adoradores la fuerza que ha absorbido de sus víctimas. Atan los sacerdotes al cinturón que ha sido puesto en la cintura de la imagen, un delgado cordón de seda de cosa de veinte pies de longitud; y dos de ellos, colocados unos diez pies más adelante, aun cuando no precisamente enfrente, asen dos extremos. La multitud despeja el camino central del templo y los dos sacerdotes tiran suavemente del cordón. Al suceder esto, el pesado ídolo de madera *avanza dando una serie de saltos* por el camino que ha quedado libre, echándose hacia atrás los sacerdotes y, aparentemente, iniciándose cada salto al mismo tiempo en que se da cada suave tirón. Cosa imposible, diréis vosotros, o cuando menos atribuiréis todo esto a trucos de los sacerdotes. Pensadlo así, si queréis; pero ¿cómo pueden hacerlo?

El tirón consiste simplemente en un movimiento de los dedos índice y pulgar, apenas suficiente para poner en tensión la cuerda y es cosa cierta que no se hace uso de ninguna otra fuerza motriz.

“Pero aún queda por presenciarse algo todavía más maravilloso. Cuando el ídolo ha llegado, en la forma descrita, hasta el lugar donde lo espera el carro, los sacerdotes se suben en la plataforma, asiendo todavía los dos extremos de la cuerda. Al tirón que sigue inmediatamente salta la imagen sobre la plataforma cercana a ellos y luego, sin esperar ya nueva señal, da un nuevo salto hasta colocarse en el púlpito y una media vuelta que lo hace quedar dando la cara al carro! Increíble, ¿no es así? Pues bien; millares pueden testificarlo. Y, después de todo ¿*por qué* ha de ser increíble? Si una pesada tabla puede brincar en Occidente, cosa presenciada por muchos de vuestros investigadores, ¿por qué negar la posibilidad de que una pesada imagen pueda hacer lo mismo en Oriente? “Hay muchas cosas en el cielo y en la tierra que vuestra filosofía no puede explicar” y más fuerza

tiene un hecho que infinidad de teorías.

“Después de esta asombrosa exhibición de poder, da comienzo la gran procesión y la imagen es paseada en triunfo por toda la ciudad; recibe el carro, mientras va caminando, ofrendas de todas clases que arroja la multitud, mientras que gran cantidad de campanitas de él pendientes tintinean jubilosas y la espesa multitud da gritos en prueba de adoración. Era durante tales procesiones cuando los fanáticos solían arrojarse bajo las ruedas del carro, considerando un honor el ofrecer sus vidas, trituradas en forma tal, como un sacrificio voluntario en aras de la sangrienta deidad. Vuestro Gobierno está en la inteligencia de que ha logrado poner fin a todo esto; pero la superstición no es cosa que pueda abolirse con decretos y, tal vez, en una forma o en otra forma, Jagannath devore hoy tantas vidas como antes. El pacto que le impide hacer matanzas colectivas, en ninguna forma le quita el derecho de aceptar las vidas que le son ofrecidas en forma voluntaria, ni tampoco el de esforzarse por influenciar a los seres de débil mentalidad, para que se inmolen en su santuario y, sin duda alguna, así lo hace en todas las ocasiones que le es posible.

“Ominosa y terrible narración. ¿No es así? Muchas son las cosas extrañas que tienen lugar en los remotos rincones de la India de las que ni siquiera sospecha la raza que la gobierna; cosas tan inconcebibles para ellos sin duda como esta minuciosamente exacta narración del festival de Jagannath.

El Aposento del Barón

Madame Helena Petrovna Blavatsky fue un genio multiforme: la personalidad más vigorosa y poliédrica que he conocido. Sus prosélitos la consideran como la gran instructora de lo oculto, a quien tanto debemos, pero para nosotros, que tuvimos el privilegio de conocerla de carne y hueso, es mucho más aún, pues conservamos en la mente los recuerdos de sus múltiples y diversas actividades. Tocando el piano, por ejemplo, hacía gala de mágica destreza, en las contadas ocasiones en que le daba la humorada de hacer exhibición de su talento. Odiaba los convencionalismos, hasta el grado de caer en extremos innecesarios para fustigarlos (así pensábamos nosotros, por lo menos, en aquellos días), y, no obstante, no he conocido a nadie que mejor desempeñara el papel de la gran aristócrata, cuando en gana le venía. En todos y en cada uno de los asuntos era conversadora de brillantez extraordinaria, pero ningún tema para ella como el reino de lo oculto. Todas sus narraciones estaban llenas de donaire y fuerza dramática; pero cuando verdaderamente descollaba era cuando refería alguna historia de espectros.

Nunca podré olvidar los ratos que dedicábamos a escucharla a bordo del vapor “Navarino” cuando hice un viaje con ella de Egipto a la India en el año de 1884. Entre el abigarrado grupo que constituía el pasaje abundaban los misioneros; algunos de ellos de crasa ignorancia y gárrula agresividad, tipo tal vez más común en aquellos tiempos que en los actuales. Eran frecuentes las conversaciones y disputas que resultaban sumamente divertidas para nosotros, pues Madame Blavatsky conocía las escrituras y las doctrinas cristianas mucho mejor que sus tales auto-graduados expositores. Hasta el mejor tozudo de todos ellos se veía obligado a sucumbir ante su gracia, cuando comenzaba a narrar, sobre cubierta, por las tardes después de la comida, historias de aparecidos. Fascinaba a su auditorio, lo hacía vibrar como a un instrumento musical, le ponía los pelos de punto y con mucha frecuencia, pude advertir en qué forma se iban retirando los oyentes por parejas, después de una de tales narraciones, icuidado

de no quedar solos, ni siquiera por un momento!

En circunstancias semejantes le escuchamos “La Caverna de los Ecos”, “La Vida Embrujada” y otras leyendas, que todos los que lo deseen pueden leer en sus Cuentos de Pesadillas. Recuerdo un cuento impresionante que no aparece en esta colección. Si pudiera yo esperar el referirlo tal como ella, el lector participaría quizá de la intensa emoción que le impartía; pero bien sé que esto no me es posible, a una amiga mía, novelista bien conocida; hizo ella con el tema lo mejor que le fue posible, alterándolo en algunos de sus detalles para darle mayor efectividad y hacerlo más dramático y añadiéndole algunas pinceladas pintorescas; pero ni con todo ello pudo lograr reproducir el mágico encanto que le impartía la narración original. No aspiro yo ni siquiera a igualar a la novelista; no obstante, haré un esfuerzo, procurando ceñirme hasta donde me sea posible a mis recuerdos de la forma original que le daba Madame Blavatsky.

Dos jóvenes (permítaseme, el llamarlos Carlos y Enrique) excursionaban en una de las más pintorescas regiones de la dulce tierra de Francia. Un día, al ir ya cayendo la tarde, se encontraron próximos a una graciosa villa pequeña, situada en lo escondido del valle; sus posadas, sus tiendas y sus pequeñas moradas se apiñan alrededor del arroyuelo, mientras que las casas de sus pobladores de mayor importancia quedan situados en los suaves desfiladeros de las colinas circundantes. Los dos amigos planearon pernoctar en la posada principal del pueblecillo; uno de ellos, Carlos, contaba con un conocido de los suburbios del poblado a quien deseaba visitar.

En el lugar en que la carretera comienza a descender hacia la villa, dormita una vieja casona muy pintoresca, casi cubierta de hiedras y enredaderas. Se halla un poco alejada del camino y tanto la construcción como la amplia explanada en que se erige, tienen un aire de abandono que a las claras deja ver que no está habitada y, ciertamente, que debe de haber estado así durante muchos años. Los dos amigos quedaron muy sorprendidos de su apariencia y de su bella situación y Enrique, coleccionista entusiasta de muebles antiguos, comenzó enseguida a especular sobre los tesoros que podía haber allí escondidos. Y pues el lugar estaba ostensiblemente deshabitado, les

vino pronto la idea de persuadir al guardián a que les permitiera examinar su interior; dirigiendo sus pasos hacia una pequeña vivienda que, aun cuando participaba del aire general de abandono y estaba oculta así por una exuberante vegetación, dejaba ver, no obstante, que alguien debía ocuparla.

Llamaron a la puerta y un hombre muy anciano salió a abrir. Pidieron permiso para visitar la casa; pero el viejo contestó, con corteses lamentaciones, que no le estaba permitido. Entraron en conversación con el viejo guardián, que en verdad tenía el aire del que lleva una vida de soledad y se complace de hallar la oportunidad de charlas con sus semejantes. Inquirió pronto Enrique sobre el mobiliario y cuando oyó que éste era viejo -muy viejo- y que todo dentro de la casa estaba intacto, precisamente como había quedado muchos años hacía, desde que la casa estaba deshabitada, sintió el irresistible deseo de escudriñarlo todo y, en la forma más delicada que le fue posible, intimó al viejo guarda que estaba preparado para ofrecerle un regalo substancioso a cambio del privilegio de su anuencia. Pero el viejo replicó:

“No monsieur, no; lo lamento; pero es imposible; mucho me complacería poder aprovechar su generosidad, pues soy hombre pobre, como ve usted y los tiempos son difíciles para mí. Pero es imposible”.

“Pero, después de todo”, dijo Enrique, “¿por qué es imposible? El lugar está deshabitado evidentemente desde hace muchos años; el camino es solitario; nadie pasa por él; nadie sabrá nada; ¿por qué no condesciende usted en que veamos los cuartos y obtiene al mismo tiempo alguna ventaja?”.

“Oh, monsieur, no me atrevo”, dijo el anciano, “No es que se trate del dueño o de su representante; como dice usted, ellos nunca sabrán nada. Es algo más que todo eso; mucho peor que eso! Francamente, no me atrevo”.

Husmeando un misterio, los amigos presionaron al anciano para que les revelara sus razones hasta que por fin tras de muchas dificultades y persuasión, obtuvieron que les declarara que la casa

tenía mala reputación, que en ella habían tenido lugar cosas terribles y que, durante veinte años por lo menos, nadie había entrado en ella, excepción hecha del agente que muy tarde en tarde venía a inspeccionarla. Era Enrique amante entusiasta del mobiliario antiguo, pero más aún que eso, estaba profundamente interesado en cuestiones psíquicas. Inmediatamente intuyó que aquí debía de haber algo interesante:

“Dice usted que la casa tiene mala reputación. ¿Quiere decir con ello que hay en ella apariciones?”.

“Eso, sí, Monsieur”, replicó el guarda: “pero no se trata de un simple rumor; es cosa terriblemente cierta”.

Claro es que después de esto, nuestros dos amigos no podían ya quedar satisfechos hasta conocer la historia completa; les costó mucho trabajo el que el anciano la refiriera, pues demostraba repugnancia en hablar de todo esto y se enredaba con mucha frecuencia al hacer su narración. La cosa era muy sencilla; el último dueño de la casa había llevado una vida de perversidad: fue un hombre de pésima reputación: orgía de salvaje desenfreno; un monstruo de crueldad, egoísmo y lujuria. El anciano no podía dar detalles; pero de una o de otra manera, los descarríos del Barón lo llevaron a la ruina y sus negocios pronto sufrieron una crisis terrible, de la cual escapó (o pensó escapar) por medio del suicidio. Regresó de París una noche inesperadamente y por la mañana lo encontraron muerto, sentado en un gran sillón, degollado.

Después de esto, se presentó una situación terrible, dijo el viejo, que dio motivo a horribles rumores. Poco sabía él de todo esto, que había tenido lugar muchos años antes y que él nunca pudo entender en realidad. Hubo algunos litigios, indicó, y todas las riquezas de la familia se disiparon, habiendo pasado la casa a mano de parientes lejanos. Transcurrieron muchos años después de la muerte del Barón, dijo el guarda, para que llegara a un arreglo la parte legal y para que el nuevo propietario entrara en posesión de sus derechos. Aún después de todo esto, la casa permaneció intacta por completo; se conservó así esperando la inspección de su nuevo dueño; pero enviaron un ejército de jardineros y pusieron en orden todo el exterior. Vino éste por fin

con su esposa y algunos criados; pero, habiendo pasado una noche en la casa, se regresaron a París, declarando que nada los induciría a entrar en la casa nuevamente.

“¿Qué fue lo que les sucedió -preguntó Enrique ansiosamente- qué fue lo que vieron?”.

“Es cosa que yo no sé, monsieur”, replicó el guarda; “muchas historias hubo, pero en realidad no sé yo cual de todas fue la cierta. Trató luego el propietario de rentar la finca. Vinieron dos inquilinos, pero ninguno de ellos permaneció en la casa más que una noche. En la segunda ocasión hubo un escándalo; una de las señoras de la familia quedó horrorizada de tal manera que padeció una serie de ataques. Se dijo después que se había vuelto loca y que murió; después de esto, no se hizo ya ningún esfuerzo por alquilar la casa. En cuatro ocasiones han llegado aquí personas de fuera con permiso escrito por el dueño para dejarlos dormir en la casa y en todos estos casos han sobrevenido cosas horribles. Uno de ellos se cortó el cuello como el Barón; otro murió en un ataque; los otros dos enloquecieron de terror. Y es así como la reputación de la casa ha ido de mal en peor”.

“Bien, amigo mío”, dijo Enrique, “preste usted toda su atención a lo que le voy a decir. Le dije que estaba interesado en muebles antiguos y era mi deseo el gratificarlo con un napoleón si me permitía visitar el castillo. Pero estoy cien veces más interesado en casos donde hay apariciones, y, después de lo que ha dicho, necesito pasar, y pasaré una noche en esta casa, para lo cual le daré cien francos, si me permite hacerlo”.

“Créame usted, señor”, replicó el anciano; “le aseguro que es completamente imposible; usted moriría, sin duda alguna, y yo vendría siendo su asesino. En verdad, desearía que me fuera posible acceder; pero es inútil toda insistencia”.

Todas estas protestas solamente lograron hacer más firme la determinación de Enrique, quien aumentó considerablemente su ofrecimiento, asegurando al viejo guarda que cualquier cosa que sucediera no tendría para él ninguna responsabilidad y que si así lo prefería, podía quedarse dentro de su vivienda, sin tener otra cosa que

hacer, en todo esto, más que dejar abierta la puerta del castillo. El guarda sufrió una agonía de indecisión. La jugosa oferta era sin duda para él de mucho atractivo y más aún, su amable cortesía francesa no podía soportar el dejar insatisfecho al persuasivo extranjero, que en forma ostensible tenía tan vehementes deseos de lanzarse a la aventura. No obstante todavía el temor supersticioso era más fuerte que su avaricia y fue necesario una hora más de insistencia para obtener de él, por fin, su anuencia, un tanto a regañadientes.

Convino, pues, en llevarlos a la casa antes de obscurecer y en indicarles cuál era el cuarto del Barón, donde tenían lugar las apariciones; y en qué, cuando ellos volvieran de nuevo, ya que habrían de volver (retorciéndose las manos al decirle), les entregaría la llave, sí, siempre que se la pidieran en la pequeña puerta de su vivienda, pero sin que, por ningún motivo, esperaran que diera un paso más allá del dintel o se acercara a la casa encantada. Y que, aclarado esto una y otra vez, se lavaba las manos de toda responsabilidad; que era cierto su funesto destino y que sólo le quedaba el encomendar sus almas a Dios. Trataron de animarlo con alegre charla, le dieron palmadas en los hombros, asegurándole que a la mañana siguiente tomarían juntos una botella de buen vino y echaron a broma sus presentimientos; nada de ello logró sacarlo de la melancólica certidumbre de que habrían de perecer. Les mostró la casa, en la cual Enrique quedó extasiado ante los espléndidos ejemplares de mobiliario antiguo; llamó la atención de los viajeros hacia un retrato del Barón, que adornaba la sala; les indicó cuál había sido el cuarto del aristócrata, ubicado en la planta baja y le hizo ver el mismo sillón en que se había cometido el suicidio. Antes de retirarse, le entregaron, no sin insistente negativa por su parte, la suma de dinero prometida: evidente como era la necesidad de numerario en que se hallaba, aceptó al fin el dinero con manifiesta repugnancia, diciendo:

“Messieurs: esto para mí es una fortuna, pero siento que no debía aceptarlo, pues no es otra cosa que el precio de sus vidas; y ¿Quién sabe si no será también el precio de sus almas inmortales? El Señor Barón era un perverso y ¿quién sabe lo que sucederá a sus víctimas?”.

Se retiraron, pues, impresionados a pesar de todo por la invencible y

lúgubre actitud del sirviente, aún cuando se cruzaron sonrisas al comentar la aventura que tenían en perspectiva. Siguieron el camino que conduce al gracioso pueblecillo y llegados a la simpática posada, se sentaron a tomar lo que en ella pudieron ofrecerles. Habían convenido en regresar a la casa encantada a las diez y media y aún no daban las seis.

Carlos, como queda dicho ya, tenía unos amigos en el vecindario a quienes deseaba visitar y al ir descendiendo la colina en cuya falda descansa la ciudad, indicó a Enrique el lugar de la casa de sus amistades. No conocía Enrique a esas personas y, teniendo que escribir algunas cartas urgentes, se excusó de no acompañar a Carlos a la visita. Poco después regresó este último con una invitación muy cordial de parte de sus amigos que esperaban a ambos viajeros a cenar; pero, no habiendo aún terminado Enrique de escribir sus cartas, suplicó a Carlos que fuese sólo y lo excusara, prometiéndole pasar por él a la casa de sus amigos a las diez y media, ya que ésta quedaba en el camino del castillo encantado y no tendría que desviarse gran cosa al dirigirse a éste desde el hotel. Entendido esto así, Carlos partió de nuevo hacia la casa de sus amigos, mientras pedía Enrique algo de comer en el hotel, y se sentó para proseguir de nuevo con sus cartas.

A su debido tiempo terminó de cenar y dio fin a su correspondencia. Habiéndola depositado en el correo, salió unos minutos antes de las diez y media para la casa que Carlos le había indicado. Sus pensamientos, mientras estuvo escribiendo, habían estado concentrados en su trabajo; pero ahora, libre ya su imaginación, la aventura que iba a emprender destacase ampliamente en su cerebro y no pudo menos de reconocer para sí mismo, que ahora, entrada ya la noche, presentaba un aspecto mucho menos atractivo y novelesco del que tanto deseo había suscitado sobre él durante el tibio crepúsculo de aquella tarde de verano.

Llegó a sentir la conciencia de un incipiente deseo de abandonar la empresa por completo y meterse cómodamente en la limpia cama del hotelito; desechó, sin embargo, estos medrosos pensamientos, haciéndose ver que no le era posible desperdiciar tan espléndida

oportunidad y más todavía, considerando que sería actitud muy egoísta el contrariar a Carlos que, aunque en forma menos ardiente, sentía tantos deseos de embarcarse en la aventura como los que él había tenido con anterioridad. Reconoció para sí mismo, con toda franqueza, que se sentía muy nervioso y que, de estar solo, dejaría por la paz la aventura; pero pensó que con el ánimo y el apoyo de la presencia del flemático Carlos, encontraría la manera de salir avante en forma decorosa. Acosaban su mente, molestándolo, los pensamientos en la tétrica suerte de sus cuatro predecesores y se preguntó si alguno de ellos habrían estado tan nerviosos como él.

Llegó, por fin, a la casa designada y ahí, bajo la sombra de un pórtico pequeño, en el extremo superior de unos escalones, halló a Carlos que ya lo esperaba: puntual hasta el minuto y deseoso de no perder el tiempo, ya que, en lugar de quedarse esperándolo, había ya terminado de despedirse y cerrado la puerta tras de sí. Le dio Enrique un cordial saludo; pero le pareció que casi no le había contestado, al ir bajando los escalones. No era muy obscura la noche; pero, a pesar de todo, no pudo ver con claridad la cara de su amigo cuando trató de atisbarla. Hasta le pareció que casi no era el mismo; lo encontraba *distract*; (distruido) preocupado excesivamente; lacónico en sus contestaciones. Tras algunos fracasados intentos por entablar conversación, Enrique no le hizo ya sino algunas ligeras observaciones sobre asuntos indiferentes, que no exigían respuesta, creyendo que tal vez su amigo había tenido algún contratiempo o recibido malas noticias y no le preguntó ya nada más, con la idea de que, más tarde, se presentaría mejor oportunidad para charlar. Sus sensaciones, mientras tanto no eran de lo más agradable. Su nerviosidad iba en aumento; sentía como si algo, lenta pero implacablemente estuviera absorbiendo su fuerza, su ánimo, su vida misma. Nunca hasta entonces se había sentido afectado en forma tan extraña, tan desagradable.

Y fue así como su camino a la casa encantada fue un tanto silencioso. Cuando llamaron a la puerta de la vivienda del viejo guardián, los recibió éste con un torrente de protestas y lamentaciones, diciéndoles que mientras más había pensado en su proyecto, más seguridad había tenido que en ninguna forma podría acompañarlos. Él llegó hasta el

extremo de ofrecerles devolver el dinero, declarando que su conciencia no le permitía aceptarlo. Enrique, sin embargo, insistió sobre su resolución de consumarlo y con palabras amables y estimulantes, aseguró que todo acabaría perfectamente y que, cuando se encontraran todos sanos y salvos por la mañana habría de darle aún una gratificación extra a más del magnífico presente que ya le había donado.

El viejo guarda se rehusó con dignidad, asegurándoles que ya estaba pagado con exceso y que, si en verdad eran ellos tan afortunados como para salir con vida y sana razón de la aventura, sería gozo más que suficiente para él, el encontrarlos sanos y salvos al despuntar el día. Enrique quedó realmente conmovido con la solícita actitud del anciano y le apretó la mano cordialmente al darle la despedida. Durante todo este tiempo Carlos había permanecido un tanto alejado de la escena, sin hablar casi prácticamente nada; nada, por lo menos, que no fuera absolutamente indispensable. Era evidente que lo malhumorado de su actitud no había desaparecido por completo y Enrique se hizo preguntas sobre qué causas podrían haber determinado en tan poco tiempo un cambio tan radical en la actitud de su amigo.

Abrieron la cerradura de la puerta, entraron en la casona deshabitada y, habiéndose provisto con una linterna sorda, llegaron sin ninguna dificultad hasta el estudio del finado Barón. Era un aposento extraño; construido en el jardín en uno de los lados de la finca en la forma en que suelen estar las salas de billares, cosa que parecía sugerir que había sido añadido con posterioridad a la construcción general. Un cuarto largo y angosto, con múltiples ventanas francesas que se abrían en toda su altitud a ambos lados de todo lo largo; ambos extremos de la pieza estaban adornados por enormes emplomados de cristal. Esto producía un efecto feérico, pues al mirar a lo largo del cuarto, se tenía la ilusión de que este se extendía hasta el infinito en ambas direcciones y que todo lo que había en él se repetía una y otra vez en perspectiva al parecer interminable. Había diversidad de muebles y variados estilos y cada uno de ellos contenía una figura en su interior. En el centro del cuarto se hallaba una mesa

de escribir, grande y bien acondicionada, en frente de la cual estaba la silla del Barón -el sillón en que éste había cometido el suicidio.

Hubieran apostado nuestros amigos a que el finado les había dejado una lámpara con la intención de que pudieran usarla inmediatamente y pronto la encendieron. Sin embargo, un cuarto tan extenso hubiera necesitado de veinte lámparas para quedar bien alumbrado, pues los rincones quedaban, aún, envueltos en sugestiva penumbra. Efecto curioso y que inspiraba pavor produjo la reproducción infinita de la luz en los grandes espejos suspendidos en los extremos de la pieza. El lugar transpiraba ese olor a humedad que satura los cuartos que han permanecido cerrados por mucho tiempo.

Enrique sintió al momento la conciencia definida de una sensación desagradable y el deseo preciso y vehemente de hallarse reposando en la cama confortable, prosaica y contemporánea, del cuartito del hotel.

Además, se debilitaba rápidamente; tenía la sensación que debe de experimentar una mosca cuando una araña le chupa las savias vitales hasta dejarla convertida en un cascarón vacío. Claro está que no podía convenir en ello; trató pues de reprimir su pusilanimidad y recurrió a entablar una conversación ligera para reanimar a Carlos en su taciturna actitud falta de ánimos. Sólo consiguió cortas respuestas: era notorio que Carlos estaba aún en su extraña actitud precedente; parecería, en verdad, que se había sumido en ella más profundamente aún. Ahora que Enrique lo podía ver claramente a la luz brillante de la lámpara, se sintió más impresionado aún de la extraña apariencia de su amigo y de su rara conducta. Le pareció que Carlos era consciente de todo esto hasta cierto punto, pues advirtió como si quisiera esconderse de la luz. Habíase echado encima de un sofá, donde, por largo tiempo, permaneció inmóvil, dando contestación sólo en rígidos monosílabos a las oportunas observaciones de su amigo.

Momentos después, esta extraña inercia se convirtió en una movilidad igualmente rara: saltó de su asiento y comenzó a caminar apresuradamente a todo lo largo del cuarto, como una fiera salvaje acosada dentro de una jaula. Y pensó Enrique que, a menos de que fuera víctima de trucos de su imaginación, este símil de la fiera salvaje era más que simple analogía: no solamente la incansable marcha

arriba y abajo; también un raro aire de ferocidad reprimida, daban expresión de fiera actitud a su amigo, usualmente apacible y bondadoso. No podía Enrique comprender los sentimientos que lo embargaban y trató de desecharlos como ridículos; pero el incesante ambular de su amigo para arriba y para abajo descontroló a tal grado sus debilitados nervios que se vio obligado a suplicarle que parase. Este último pareció no comprenderlo -por lo menos hasta que no le fueron repetidas sus palabras más de una vez; entonces, con una extraña impaciente exclamación se echó de nuevo sobre el sofá; no para quedar letárgico sobre él por mucho tiempo; notorio era que su inquietud lo dominaba aún, pues no podía conservar la misma postura sino pocos segundos.

Todo esto acabó por hacer que Enrique se sintiera completamente molesto; se dio cuenta de que una preocupación común y corriente no podía ser la causa de semejante cambio y comenzó a temer que su amigo fuera víctima de extraña enfermedad. A la vez comenzó a arrepentirse de haberse metido en semejante aventura, pues, como queda ya dicho, había él contado con la presencia de ánimo de su compañero para salir adelante hasta el final y ahora, en una forma difícil de explicar, esa presencia de ánimo estaba fallando. Sin embargo, la hora de la media noche, en la que se debía de presentar el Barón, se acercaba rápidamente y pensó que no quedaba otra solución decorosa que esperar a que pasara esa hora maléfica, para conducir sano y salvo a su amigo hasta la cama del hotel y que, si para la mañana siguiente no había éste mejorado, sería indispensable consultar al médico de la localidad.

Mientras tanto la nerviosidad de Carlos había llegado ya a un grado de exasperación; saltó de nuevo de su asiento y reinició la extraña ambulación furtivo y amenazador. Ya no hacía caso de las palabras de su amigo, la que parecía ni oír siquiera, arrojando toda su energía en aquel incesante y febril caminar. Le pareció a Enrique, al estarlo observando, que cambiaba toda la expresión de su rostro y surgieron en su mente recuerdos impertinentes de la forma en que se ve cambiar la cara de un médium en las sesiones espiritistas, cuando toma posesión de él algún control extraño. La nerviosa ansiedad de que era

víctima se hacía ya intolerable y pues la extraña conducta de su amigo no permitía pasarle con indiferencia, sintió que le era ya indispensable aliviar su tensión con cualquier nueva súplica. Pero, en el preciso momento en que resolvió hablar, Carlos se sentó de repente, no en el sofá que antes había ocupado, sino en la silla del Barón enfrente de la mesa, quedando allí arrellanado, perezosamente, irresponsable como siempre, encubriéndose los ojos contra la luz.

“Levántate, hombre, levántate”, gritó Enrique, “¿No ves que es esa la silla en que se dice que el Barón se sienta?” Y, mirando su reloj, “falta sólo segundos para que venta”.

Pero Carlos no dio señales de oír y permaneció inmóvil. Excitado hasta el paroxismo, Enrique se lanzó hacia él, lo tomó por los hombros y dijo a gritos:

“Despierta, despierta, ¿qué te sucede?”.

En el momento en que pronunciaba tales palabras, el gran reloj del torreón del castillo comenzó a dar las doce horas de la medianoche. Un lúgubre sonido -una especie de macabro estallar que no pudo explicarse- llamó su atención hacia uno de los extremos del cuarto y, al fijar los ojos en el gran espejo, vio reflejándose en él el pequeño grupo que formaban él mismo y Carlos, fuertemente iluminado por la luz de la lámpara que estaba próxima a ellos sobre la mesa. Vio su cara trastornada de terror y a Carlos abriéndose los ojos con la mano; pero en el mismo momento en que observó el espejo, la otra figura levantó los ojos y con un estremecimiento de pavor advirtió que el semblante que allí se reflejaba no era en modo alguno el de su amigo! Era la cara del Barón, tal como aparecía en el retrato: se hallaba éste en el acto mismo de degollarse de nuevo con la navaja de afeitar.

Con un alarido de terror, quitó los ojos del espejo para observar la figura que tenía próxima a sus manos y vio sin sombra de equivocación que no era ésta la cara de su amigo, sino la del Barón que lo miraba con diabólica expresión triunfadora, al mismo tiempo que sintió que por su mano fluía un torrente de sangre. Le pareció que algo escapaba del interior de su cerebro y cayó al suelo sin conciencia.

Transcurrido algún tiempo después despertó bajo la presión de una

mano que le oprimía la espalda -una mano trémula- y oyó que una voz ansiosa le preguntaba:

“¿Dónde está su amigo?”.

Por algunos momentos se sintió en tal confusión que le era imposible contestar; poco después, reagrupó sus dispersos ánimos y logró tener conciencia de su situación. Se encontró a sí mismo yaciendo en el piso del cuarto del Barón, próximo a la mesa central y vio al viejo guarda, inclinado sobre él con una cara llena de agitación y angustia.

“¿Dónde está su amigo, monsieur”, preguntó el guarda de nuevo, “¿dónde está el otro caballero?”.

Los horribles acontecimientos de la noche anterior vinieron en tropel a su mente; se sentó y miró a su alrededor. Ciertamente Carlos no aparecía por ninguna parte, ni había tampoco rastro alguno de la espectral figura que había repetido el suicidio del Barón. No pudo dar respuesta a la pregunta del anciano; pero poco después logró el control suficiente para referir la historia. El viejo guarda se deshacía en lamentos y retorció sus manos inconsciente, recalcando una vez y otra que ya sabía desde el principio el mal que habría de traer tal aventura y condenándose él mismo con severidad por haber accedido a convertirse en cómplice de todo esto, aun cuando en la forma más indirecta.

“Es cosa extraña y terrible que su amigo haya desaparecido en esta forma”, gritó.

“Sí”, dijo Enrique; “debemos buscar en toda la casa. Puede ser que haya muerto de terror; puede ser que se haya escondido; puede haberse desmayado como yo, en algún otro cuarto. Vamos a buscar”.

“¿Pero usted, monsieur, usted está herido o no?, preguntó el anciano. “No”, replicó Enrique, “creo que no; no siento más que una gran debilidad y estoy temblando”.

“Pero”, dijo el viejo, “mírese usted la mano; está cubierta de sangre”.

Con espantoso horror Enrique vio que era cierto. La sangre del Barón o de Carlos (porque no sabía él que había de cierto en todo

esto), había fluido de su mano al momento de repetirse el suicidio; - macabro- testigo de la realidad de la pavorosa escena!

“Tráigame agua”, gritó, “tráigame agua inmediatamente o me arrancaré la mano”.

El viejo guarda trajo enseguida un balde de agua de un pozo cercano y pronto logró hacer desaparecer las fatídicas manchas; sin embargo, aún cuando estas cedieron a la acción del agua, en la forma ordinaria, aun cuando desaparecieron de la vista, sentía Enrique que aún estaban allí, que su mano no podría ya nunca quedar limpia. Lentamente, porque adolecía de extrema debilidad, recorrieron todas las piezas de la enorme casa buscando alguna huella de Carlos; pero todo fue en vano. Vieron las huellas que habían dejado en el polvo, cuando recorrieron la casa el día anterior; pero no vieron más y no pudieron encontrar ningún vestigio del hombre extraviado.

“¡Se lo ha de haber llevado el diablo!”, gritó el viejo guarda.

Continuaron la búsqueda en la parte más cercana del jardín; pero habiéndole faltado las fuerzas a Enrique, dejaron este trabajo sin terminar y Enrique resolvió volver primero a la ciudad para hacer algunas investigaciones. Pero antes de retirarse, se volvió al anciano guardián y le dijo en forma impresionante:

“No se angustie. Usted no ha hecho nada indebido. Trató usted de disuadirme, con todas sus fuerzas, de llevar a cabo esta torpe aventura; pero nosotros nos negamos a ello. De ningún modo es usted responsable de lo que haya podido suceder a mi amigo. No sé yo ahora dónde pueda estar, no comprendo para nada los sucesos de la noche; pero me niego a aceptar que mi amigo haya sido llevado por el diablo como usted dice. Si vio él lo que yo ví...

-pero ¿cómo pudo haberlo visto cuando lo que tenía que ver era él mismo?

-es cosa que no entiendo. Es posible que, aterrorizado, haya escapado hacia fuera. Puedo encontrarlo; tengo que encontrarlo; pero, como quiera que sea, tenga usted esta seguridad. Usted por lo menos nada tiene que reprocharse y yo nunca le reprocharé nada; tampoco diré nada a nadie de los sucesos de la pasada noche, a menos que me

vea compelido a ello en beneficio de mi amigo. Voy a ir inmediatamente al pueblo; antes de salir de él, volveré a hablar con usted, por si hay algunas noticias que darle”.

Y así, estrechando las manos del anciano, lo dejó ya un tanto reanimado.

Al ir caminando hacia la ciudad, su mente estaba plena de agitadas reflexiones. Se sentía aún casi incapaz de pensar coordinadamente, de razonar y ciertamente todo parecía una pesadilla que desafiaba la razón. No podía pensar siquiera en qué era lo que debería hacer y en si debía o no dar aviso a las autoridades de la desaparición de su amigo.

Antes de haber tomado ninguna resolución, se encontró próximo ya al hotel y tomó el camino de su cuarto sin llamar la atención de nadie. Se dirigió al cuarto de Carlos: no había en él ninguna huella de su amigo; nadie había dormido en su cama la noche anterior. Volvió pues a su cuarto y se echó en la cama, pues le parecía que lo más necesario para él era el descanso; sentía que debía dormir antes de afrontar esta extraña y terrible emergencia. Sentía que algo había de hacer; que tenía que hacerlo sin dilación y, sin embargo, no podía hacer, ni sabía tampoco qué cosa era esa. Sabía que necesitaba sueño; pero su ansiedad le impedía dormir. Y así permaneció echado por algún tiempo, cavilando vagamente en cuál podría ser el final de todo.

Su cuerpo exhausto estaba casi cayendo en el sueño cuando de repente se abrió la puerta y apareció Carlos ante sus ojos, vestido como de ordinario, icon la precisa apariencia de que nada le había sucedido!

Saltó Enrique, dando gritos desarticulados e incoherentes, se abalanzó sobre el sorprendido Carlos y tomó uno de sus brazos para ver si era él mismo en verdad o si se trataba simplemente de una alucinación de su cerebro enloquecido.

“Amigo mío, ¿qué te sucede?, dijo Carlos, “¿qué pasa?”.

“Gracias a Dios eres tú” -dijo Enrique- “y gracias también porque te encuentras bien; pero yo soy quien debo preguntarte qué es lo que sucede y a dónde fuiste anoche, cuando desapareciste tan misteriosamente”.

“¡Desaparecí! ¿Qué quieres decir? Te dejé aquí a eso de las seis y quedaste en pasar por la casa de mi amigo a las diez y media; pero nunca fuiste y realmente he estado sintiendo ansiedad por lo que te podría haber sucedido”.

“¡Nunca fui!”, dijo Enrique. ¿Qué estás diciendo?, si fui y allí te encontré”.

“¡Qué!”, interrumpió Carlos, “¿me encontraste?”, si es que yo no te he vuelto a ver desde que salí de aquí a las seis. Hay aquí algún misterio, según te encuentras que debe haber sido terrible. Siéntate y dime todo lo que haya sobre esto”.

“Voy a hacerlo”, dijo Enrique; “pero dime primero dónde pasaste la noche”.

“En la casa de mi amigo”, dijo Carlos. “Cené en su casa, como lo había proyectado; pero, al terminar la cena empecé a sentirme indispuerto. Nada serio, no; pero, como me durara algún tiempo, quedé extenuado y vacilante, habiendo insistido mis amigos en que no debía yo en tales circunstancias emprender la aventura en proyecto y ni aún siquiera regresar al hotel después de haber descansado toda la noche. Me insistieron a que pernoctara allí con excesos de amabilidad; me acostaron en la cama en una habitación que tienen desocupada y me dieron alguna bebida reconfortante, asegurándome que, cuando tú llegaras, te lo explicarían todo y que, en caso de estar yo despierto aún, te llevarían hasta mi cama. Pero antes de la hora en que te esperábamos, quedé dormido bajo la influencia de la medicina. Dormí a pierna suelta hasta la mañana y desperté perfectamente fresco y fuerte, ya bien del todo. Habiéndome informado que tú no habías acudido a la cita, tuve ansias de saber qué pudo haber pasado y me vine a este hotel tan luego como pude ¡y aquí estoy! Tengo impaciencia por saber lo que vas a decirme”.

Enrique refirió lo sucedido lo mejor que pudo, entre muchas exclamaciones por parte de Carlos y empezaron ambos gradualmente a construir una teoría que diera explicación a los sucesos. Una cosa estaba clara, por lo menos: el terrible Barón había previsto la intención de los amigos en una o en otra forma; quizá los había acompañado en

forma invisible al examen que hicieron a la casa durante la tarde y resolvió inducir a Enrique, lo que pudo muy bien haber sido su destrucción, poniéndose en el lugar de su amigo, en cuya compañía y ayuda confiaba para llevar a término la aventura proyectada. Posiblemente el Barón, de una o de otra manera, fue el causante de la indisposición de Carlos, y casi de seguro, decidió aprovecharse de esta ventaja haciéndose encontrar por él en la escalera de la casa; parece igualmente cierto que conservó su materialización durante tanto tiempo, absorbiendo la fuerza de Enrique.

En tal cosa es donde reside el peculiar horror de la situación: en que Enrique se había sentido extremadamente nervioso, y no hubiera acometido la aventura si no hubiese contado con la ayuda que espera de la presencia de Carlos; y, sin embargo, en el momento crítico cuando más que ninguna otra cosa era ayuda lo que necesitaba, ese amigo que debía impartirle ánimos,

resultó ser precisamente la aparición! Hablaron sobre lo acontecido durante varias horas, pero nada más lograron poner en claro. Por lo menos en un solo punto sí estuvieron en completo acuerdo: que no les quedaban ganas ya de seguir investigando en el cuarto del Barón.

Sin embargo, comprendieron que debían visitar una vez más la vivienda del buen anciano, el guardián, para libertar su mente de la inquietud que pudiera aún tener sobre las consecuencias de la extraña aventura. Pero resolvieron hacer esta última visita en pleno día, y nada les podría inducir ya a entrar nuevamente en la casa fatal. El viejo guardián había quedado sumido en profunda desesperación; pero cuando los volvió a ver sanos y salvos, bendijo a Dios fervorosamente declarando que le habían quitado un peso enorme del corazón, pues había estado pensando toda la mañana que él nunca se perdonaría el haber participado en los sucesos de la noche anterior.

Refiriéndole toda la historia, creyendo que era cosa que debían hacer, le preguntaron con insistencia si había visto a monsieur Carlos la noche pasada y si había advertido en él alguna diferencia, a lo que el buen viejo contestó:

No me fijé bien en la persona que venía con usted, Monsieur

Enrique; pero ahora que me hablan de esto, recuerdo que Monsieur Carlos estaba en un lugar en que no le daba bien la luz que salía por la puerta, pero de esto no me di una cuenta muy exacta hasta ahora, puesta estaba en estado de gran agitación. Siguió luego dando muestras de su alegría, pues por fin había logrado volver a verlos a salvo.

Insistieron con él ambos amigos para que recibiera un regalo adicional, asegurándole que la experiencia que habían tenido bien merecía la pena; pero, aun cuando quedaba ya muy beneficiado con el metálico recibido como consecuencia de la extraña aventura, aseguró en la forma más insistente que nunca que por ninguna circunstancia, ni siquiera por todo el oro de los Rothchilds, permitiría a nadie más pasar una noche en el cuarto del Barón.

Salvado por un Espíritu

Yo, Víctor King-Norman, soy ya un anciano y los sucesos de mi niñez que voy a relatar, quedan medio siglo atrás. No obstante, penoso me es recordarlos y no los exhumaría de la tumba del tiempo para darles nueva sensación, si no fuera por la petición que de ellos me hace un honorable amigo, cuyos deseos son órdenes para mí. En obediencia, pues, a tal mandato, voy a referir esta historia, suprimiendo sólo los nombres verdaderos de los actores del drama.

Mi padre, Norman King-Norman, había sido en su juventud persona de mucha reputación en Londres en los tiempos del Rey Guillermo IV, de memoria poco gloriosa. Luego de haber casado con mi madre, desapareció por completo del firmamento londinense, en el que había brillado con luminosidad, para seguir viviendo durante todo el año en Norman Hall, su casa solariega ubicada en el norte del país.

Cuando se empezó a hablar del ferrocarril, sintió gran interés por tal medio de locomoción; previó para ellos un futuro magnífico e invirtió en ellos gran parte de su fortuna. Cuando yo tenía trece años, había ya llegado a ser el principal director de una vía férrea en construcción en Sud América y debido a ello le fue necesario visitar dicho continente: viaje mucho más serio en aquellos días de vapores con ruedas de paletas, que en la actualidad.

Llevó consigo a toda su familia, consistente, en mi madre, yo y mi hermano menor Geraldo, niño a la sazón, de siete años de edad. Tomamos una casa en la ciudad porteña que era la Terminal de la vía ferroviaria, en la que residimos durante la mayor parte de nuestra estancia en el país; pero las actividades de mi padre lo llevaban con frecuencia al interior, hasta el extremo no concluido de la línea. Entiendo yo que los constructores se encontraban incapacitados por una o por otra razón, para llevar a cabo los trabajos y fue por ello que mi padre, en beneficio de la Compañía, se echó encima el compromiso de dar término a las obras de construcción, destituyéndolos; como quiera que sea, y haciendo a un lado la inexactitud que pueda yo tener respeto a detalles, es lo cierto que, después de los primeros meses, sus

ausencias de la ciudad eran mucho más frecuentes y prolongadas.

En varias de estas expediciones, se me permitió -cosa muy satisfactoria para mí- el ser su acompañante; una vez, en la ocasión memorable cuya historia estoy a punto de referir, mi pequeño hermano Geraldo obtuvo también permiso para acompañarnos. El diligente ojo materno había advertido -o quizá sólo lo había imaginado- algún ligero signo de debilidad en la salud del muchacho y se estimó que un cambio total de vida como el que implica una permanencia en el campo, le sería benéfico. Antes de que pueda yo hacer inteligible esta historia a aquellos que no han vivido en Sud América me es necesario dar una breve explicación de las condiciones sociales que prevalecen en ese continente maravilloso. Viven allí -o por lo menos vivían en el tiempo de que hablo- cuatro razas principales entre los habitantes de la parte del país en que se desarrollan los sucesos de mi narración.

Primeramente, encontramos a los descendientes de los conquistadores españoles y portugueses: raza vanidosa e indolente: una raza cortés y hospitalaria, en modo alguno desprovista de ciertas cualidades, pero cuya característica más destacada consiste en un desprecio inconmensurable (o en su simulación, por lo menos) hacia todas las demás razas cualesquiera que sean.

Viene luego los Indios Rojos -los primitivos dueños de la tierra- la mayoría de las tribus que integran esta raza han entrado ya en una especie de civilización escuálida; pero muchos otros se hallan aún en estado de salvajes indomados e indomables: son hombres que consideran el trabajo de cualquier clase como la más profunda degradación, que aborrecen a los blancos con odio tradicional y despiadado y (por muy extraño que pueda parecer) corresponden con creces al desprecio que por ellos sienten los aristócratas descendientes de los hidalgos de España. Es cosa del todo incomprensible para cualquiera de nosotros que un salvaje medio desnudo pueda sentir otra cosa que envidia hacia los miembros de nuestra civilización, por mucha que sea la antipatía que les inspiremos; pero es la verdad que el sentimiento genuino y no disimulado del Indio Rojo con respecto al hombre blanco, no es sino puro y absoluto desprecio. No es esto nada

halagador para nuestra vanidad; pero es absolutamente cierto; casos hay también, en que surge la sospecha de que tal actitud no deja de estar apoyada en cierto modo en la razón.

Viene en tercer lugar la raza Negra: parte de la población muy considerable se hallaba a la sazón en el estado de esclavitud por muchos que eran los esfuerzos que hacía el Gobierno para abolir de sus territorios tan funesta maldición; y por último, lo peor de todo: los mestizos o razas mezcladas, que parecía que, como todas las fusiones raciales, combinan las peores cualidades de las dos razas de las que proceden. Los Indios, los españoles y los negros los despreciaban en la misma forma, correspondiendo ellos a su vez, con odio virulento. Tan fuertes eran estos sentimientos que, cuando se trataba de reclutar hombres para el ejército, las demás razas se negaban a alistarse en los regimientos integrados por mestizos, de donde venía la necesidad de formar cuerpos con mestizos exclusivamente, lo que venía a significar que en el ejército había regimientos de dos clases y a dar motivo a manifiesta enemistad entre unos y otros. En el tiempo en que comienza mi historia, tales sentimientos de hostilidad no encubierta, habían llegado ya a provocar choques armados. No recuerdo bien, cuál fue el pretexto que se usó para que diera principio la reyerta: algunas órdenes, tal vez, giradas a los regimientos mestizos lesionaron su dignidad y comenzó el motín. Cuatro de tales regimientos estaban a las órdenes de un tal Martínez, oficial, hombre no desprovisto de cierta habilidad, pero que llevaba a costas pésima reputación por sus atrocidades. Pesaba sobre él, el cargo popular de que violaba incesantemente todos y cada uno de los diez mandatos del decálogo; sea esto cierto o leyenda nada más, era la verdad por lo menos que era un hombre de vicioso temperamento y de crueldad abominable. No obstante, gozaba de prestigio de ser buen caudillo y cierta aureola, que hacía que los de su raza lo siguieran entusiastas.

No hubiera pasado todo esto de un ligero motín fácilmente reprimido por el Gobierno y tal era en verdad el deseo por parte de las autoridades de que así lo creyéramos. Los Gobiernos de los Estados de Sud América se hallaban por lo general en situación precaria y la mayoría de los habitantes, estaban casi siempre muy dispuestos al

mediar la más ligera provocación, para intentar derrocarlos: así fue, pues, que el disgusto se extendió rápidamente llegando a ser una seria rebelión. En la parte del país donde nosotros vivíamos, poco era lo que se sabía de los movimientos insurgentes; pues, como queda ya dicho, estaba dentro de la política del Gobierno el sostener que la rebelión en curso carecía de importancia y el hacer creer que pronto quedaría sofocada.

Más tarde, cuando el complot habíase ya manifestado, se llegó a saber que Martínez había planeado un levantamiento muy habilidoso, habiéndose valido de tentadores promesas para lograr que varias tribus salvajes se le unieran. Ambas facciones de la conspiración jugaban cartas falsas con respecto a cada una de ellas: la idea de los mestizos era valerse de los indios para que los ayudaran a asesinar a los blancos y volverse luego contra sus socios para asesinarlos a su vez, consolidando así su poder. La idea de los Indios Rojos, por su parte, consistía en utilizar a los regimientos sublevados para que los ayudaran a arrojar hasta el mar a los blancos, después de lo cual les sería muy sencillo hacer una cacería de mestizos, y ganar así el país para ellos.

Jamás se nos ocurrió que el peligro de la rebelión pudiera amenazar a nuestra pequeña expedición por el interior del país.

Toda la lucha armada tenía lugar a cientos de millas hacia el sur y toda la zona del norte del país, estaba en nuestro seno el ser testigos de muchos más combates de los que hubiéramos deseado, como esta historia pronto lo hará ver.

Atraviesa la línea férrea grandes zonas de selvas vírgenes y hay que aclarar que las selvas de Sud-América son diferentes a todas las del mundo. Árboles de doscientos pies de altura y que proyectan una sombra proporcionada, forman, literalmente hablando, una masa enorme de brillante colorido; cúpulas azules, escarlatas o anaranjadas, grandes enredaderas, tan gruesas como la pierna de un hombre, que cuelgan de un árbol a otro en longitudes hasta de cientos de pies, cubiertas con flores más espléndidas, aún que las que dan los árboles. Constituye un deporte favorito de los chiquillos el escoger cada uno de ellos una de estas enormes enredaderas y tratar de seguir, a pesar de lo

embrollado de su formación, hasta el punto de arrancar de las mismas, siendo el triunfador el que haya elegido la más larga. Son estas selvas, en verdad, un verdadero país de hadas en su maravillosa belleza; pero, a la vez, se encuentran demasiado densamente pobladas, para permitir la vía cómoda que el hombre necesita.

Precisamente a causa de que los hombres son tan escasos, los habitantes no humanos florecen en un grado desconocido en otras partes y la mayoría de estos últimos son peligrosos para la vida humana. Criaturas espléndidas, la mayoría de ellas, pero que verdaderamente constituyen molesta vecindad. El jaguar, más hermoso y de presencia más majestuosa aún que la del tigre real de la India, pero igualmente peligroso; la boa constrictora, la mayor de las serpientes del mundo, que alcanza con frecuencia, la longitud de treinta pies y el espesor del muslo humano; el cocodrilo, tan feroz como el tiburón de los mares, que hormiguea en todos los ríos y en todos los charcos; todos ellos y muchos otros más hacen un tanto difíciles las condiciones de la vida humana en las maravillosas selvas de Sud-América.

También abundan en ellas los pájaros de plumajes tan vistosos como las flores mismas; loros de todas clases; cacatúas de estridentes gritos y de abigarrado plumaje: rojas, azules, amarillas; diminutos colibríes no mayores de tamaño que una abeja, pero que semejan rubíes y esmeraldas con resplandor de verdaderas joyas vivientes; centenas de variedades, todas resplandecientes de color, pero desprovistas de canto, excepción hecha del campanero, que hace vibrar el oído con sus metálicos tañidos de campana; toda clase de criaturas extrañas, de maravilloso colorido; seres sugestivos, abigarrados, diferentes de todo lo que se puede hallar en otras partes.

Pero más que nada, atrae la atención del visitante, en forma por lo general desagradable, el mundo de los insectos. La tarántula y el escorpión, que mal pueden clasificarse como tales, descuellan entre su aristocracia; millones incontables de hormigas gigantes que inician su misteriosa emigración y vuelven a su punto de partida sin ostensible propósito; niguas, molestísimos seres pequeños que se introducen en los dedos de los pies del viajero y producen allí bolsitas llenas de

huevecillos que tienen que ser abiertas por el criado todas las noches, antes de la hora de acostarse. Ciertamente, el mundo de los insectos está siempre con nosotros, a pesar de nuestro insistente deseo de lo contrario.

Sin embargo: poco peligro había en nuestra invasión de esas selvas primitivas, pues la habíamos emprendido en condiciones favorables. El pequeño grupo de trabajadores que hacía sus faenas al final de la línea nos proporcionaba la ventaja de su compañía. Ninguna de las grandes fieras hubiese penetrado hasta ponerse en contacto con un número de hombres tan crecido y sabíamos ya, por amarga experiencia, cómo manejarnos por lo que a las pequeñas concernía. Nos acompañaba, como una especie de ayuda de cámara y guardián general, nuestro fiel criado negro Tito. Nos había sido donado en calidad de esclavo, pero habiéndole nosotros dado la libertad, se sentía desbordante de gratitud.

La línea no era aún más que una simple brecha que atravesaba la selva casi en línea recta, pues a la sazón todavía no se había erigido estación ninguna y, aun cuando pasaba cerca de varios poblados, ninguno de ellos podía verse desde ella, así es que no había nada que pudiera impedir una carrera sin interrupción. Recuerdo que en cierta ocasión, unas cuantas semanas del tiempo a que me estoy refiriendo, tuve yo mismo una experiencia sumamente interesante precisamente en la línea.

Un día, en que nos hallábamos en el extremo de la línea, precisamente a unas setenta y cinco millas de distancia de la terminal, un hermano de uno de los trabajadores nos trajo la noticia de que en la Oficina de la misma había habido un serio desfalco por parte del cajero que estaba a punto de escapar con el producto de su robo en cierto vapor que iba a salir para Europa precisamente en el día en que nos llegó el informe. Nos llegó éste precisamente una hora antes de la salida del vapor-correo y mi padre, desesperado, no sabía qué resolver. No había telégrafos en aquel tiempo y uno propio hubiera necesitado treinta horas para hacer el recorrido, aun cuando se valiese de la recientemente construida línea férrea.

Contábamos con una locomotora; pero de las que se designan como

locomotoras de construcción; que no están hechas para grandes velocidades; más aún, el hombre que la tripulaba estaba en cama víctima de la fiebre y el mucho joven que se había quedado a su cuidado, aun cuando se ingeniaba bien para moverla de un lado a otro, era del todo incapaz de hacer un recorrido formal en ella. Mi padre no sabía manejar la locomotora y, además, hubiera sido un problema para él, el abandonar el lugar de improviso; pero, afortunadamente, yo, dotado de cierta habilidad mecánica, había logrado entender lo suficiente el manejo de la locomotora y la había tripulado ya varias veces, aun cuando siempre en recorridos cortos.

Me ofrecí enseguida para hacer el recorrido en forma de llegar a tiempo para detener el vapor y teniendo la seguridad de que podría lograr mi propósito, cosa que a mi padre le parecía imposible. Apremiaba el tiempo, no obstante, sin dejar campo para discusiones, así es que él consintió en que probara yo a llevar a cabo mi intento, aun cuando considerándolo destinado al fracaso. La locomotora fue puesta a hacer vapor y quedó en poco tiempo provista de carbón y, habiéndonos asegurado de que sus tanques estaban llenos, la hice salir acompañado del muchacho que había servido antes en ella como fogonero. La carrera fue de mucha sensación; imprimí yo a la máquina su velocidad máxima, y conté con la ventajosa situación de que la línea, casi en toda su longitud, era completamente recta, pues no estaba yo muy capacitado para manejarla bien en las curvas. Baste, pues, decir que hice el recorrido en el tiempo necesario, aun cuando llegué con la locomotora caliente al rojo vivo.

Tan pronto como llegué a la terminal, salté al suelo y me dirigí precipitadamente a la torre de señales construida en la colina, cuyo oficial a cargo de ella, era muy conocido mío; y satisfecho quedé al advertir que el vapor-correo estaba aún anclado en la bahía, aun cuando ya a punto de soltar sus anclas. Siguiendo mis instrucciones, mi amigo el oficial, hizo al vapor una imperativa señal para que detuviera su partida. Mientras tanto, descendí hasta el lugar de las autoridades portuarias y muy pronto quedó listo un bote dentro del cual ingresó un regular e imponente grupo de policía y de otros oficiales que fueron conducidos rápidamente hasta el vapor.

Estos oficiales del puerto conocían bien a mi padre, como consignatario de diversas remesas de rieles y de otros diversos materiales y fue así que, una vez llegado yo al puerto, mi tarea resultó fácil en verdad. Hasta el mismo capitán de vapor era mi conocido y cuando le expliqué la gravedad de la emergencia, hizo a un lado el que fuera yo causa de su dilación. El cajero que había cometido el fraude fue arrestado inmediatamente, a pesar de sus enérgicas protestas y conducido a la prisión, se le despojó de todo el dinero. Recuerdo yo que causé un daño considerable a la locomotora debido a la excesiva velocidad que le impuse; pero la suma que se había logrado recobrar compensaba con creces esa insignificante irregularidad.

Era costumbre de mi señor padre el mandar construir una pequeña caseta de madera en el extremo de la línea y vivir en ella unos cuantos días hasta que la construcción quedaba ya a una distancia que él juzgaba demasiado larga. Entonces mandaba levantar una nueva caseta de madera un poco más adelante. La madera era abundante en grado tal, que no era costeable el acarrear los leños del lugar donde estaba construida la caseta que se abandonaba, al punto en que se levantaba la nueva, aun cuando este último punto distaba poco del primero. Había siempre abundancia de trozos de árboles tirados por el suelo, de manera que podían utilizarse para la nueva construcción con un costo muy reducido de mano de obra.

Lo frecuente era escoger leños de un pie de diámetro, cortarlos longitudinalmente por su mitad y levantar en esta forma una especie de cabaña lo suficientemente resistente para impedir el asedio de todas las fieras de la región, quedando entre los leños espacios lo suficientemente grandes para permitir la entrada abundante de luz y aire. Por lo general la caseta se construía sin ventanas, pero sí con una tosca puerta: una puerta sin bisagras, que se sostenía en su lugar durante la noche por medio de un tramo grueso de madera que impedía que cayera para adentro. Durante el día, la puerta se ponía a un lado, y el espacio vacío servía de ventana. Mi padre tenía una tosca mesa de madera para hacer sus trabajos de oficina y nosotros nos sentábamos a su alrededor en trozos de madera o en el suelo según nos pareciera conveniente.

Los Indios nos Atacan

En el día en que comienza mi historia, la caseta de madera se encontraba construida en uno de los extremos de una especie de explanada o lugar abierto de la selva. Detrás, y a ambos flancos de la cabaña, la selva se inclinaba a no más de unas veinte yardas de distancia; pero, al frente de la puerta la explanada comenzaba a descender en ligero declive hasta llegar a un arroyuelo distante cosa de ciento cincuenta yardas. Más allá de esa corriente, pero oculto a la vista desde la cabaña por cerrados grupos de árboles y por una elevación de terreno, se encontraba el final (por el momento) de la línea férrea en construcción: crecido número de braceros trabajaban en ella activamente.

Solían los hombres tomarse una siesta al medio día, siguiendo la costumbre del país y en algunas ocasiones también nosotros tratábamos de proceder así; pero, por lo que a mi toca, por lo menos, no estando yo acostumbrado a esto, nunca pude conciliar el sueño. Los hombres, pues, dormían o dormitaban, aun cuando no puedo yo recordar con precisión si el tiempo de la siesta estaba o no por concluir. Mi padre estaba escribiendo en su mesa de trabajo; yo estaba echado en el suelo leyendo un cuento y el pequeño Geraldo hacía sus travesuras en una esquina de la cabaña. El sirviente Tito había salido a desempeñar no sé qué trabajo; pero de cualquier manera estaba ausente de la cabaña y no se le podía ver desde ésta.

Repentinamente la quietud del mediodía tropical se interrumpió con una descarga de fusilería; cosa que verdaderamente constituía un fenómeno sorprendente, pues, hasta donde nosotros sabíamos, no había, en cincuenta yardas a la redonda, más rifle que el de nuestra propiedad. Nos pusimos en pie precipitadamente y mi padre salió de la cabaña para mirar lo que había en la explanada. Como he dicho ya, el lugar donde los hombres trabajan no era visible desde nuestra puerta; así pues, como nada pudo ver fuera de lo usual, tomó su rifle que estaba recargado en un rincón y salió a ver qué era lo que sucedía. Eché yo mano también del mío: en esta salvaje región, aún el pequeño

Geraldo no salía nunca sin fajarse a la cintura un pequeño revólver y yo acostumbraba llevar siempre conmigo una canana de parque y mi rifle siempre que salía aún a dar un paseo. Todas estas precauciones no eran nunca innecesarias, ya que, haciendo a un lado a los habitantes humanos, las peligrosas fieras se aproximaban muy de cerca de las casas, llegando a veces hasta los suburbios de los poblados. Si, una mañana vi yo... pero esto es otra historia, como dice tan frecuentemente Rudyard Kipling.

Estábamos aún a muy poca distancia de la puerta, cuando pudimos ver a uno de los braceros que salía de entre un grupo de árboles cercano al riachuelo, corriendo apresuradamente. Cuando nos vio lanzó un grito, pero no pudimos entender lo que dijo y, antes de que pudiera hablar otra vez, se oyó una nueva detonación; el desdichado levantó los brazos y cayó muerto. Inmediatamente apareció en los límites de la explanada una enorme multitud de salvajes pintados, que ondeando sus armas, lanzaban maldiciones de guerra. Nos hicieron varios disparos, pero afortunadamente salimos ilesos de todo e inmediatamente nos retiramos nosotros hasta entrar en la cabaña, pusimos en su sitio la puerta de madera y nos colocamos en forma de darnos protección, detrás del grueso leño que la sostenía. Con gran serenidad, mi padre me dio instrucciones, mientras yo permanecía con el rifle aún en las manos.

“Colócate en forma de aprovechar la abertura que está a la izquierda de la puerta; a mí me toca la de la derecha. Primero los rifles; luego las pistolas. Hay que matar a los más que sea posible antes de que lleguen a la caseta. Con calma: no podemos desperdiciar el parque”.

No existían en aquellos días los fusiles de repetición modernos; pero no obstante, diez de los Indios Rojos cayeron antes de que hubieran logrado avanzar la mitad del trayecto. Se oyeron algunos alaridos de mando y los indios recularon inmediatamente por ambos lados de la explanada, desapareciendo por de pronto de nuestra vista. Observando aun atentamente a través de la abertura, mi padre dijo: “tenemos un momento de respiro. Carga inmediatamente; ten listo todo; todo el parque donde lo podamos alcanzar en un momento. Volverán sobre nosotros enseguida”.

“Pero, padre”, dije yo, “¿quiénes son y qué es lo que sucede y por qué nos atacan esos salvajes? No les hemos hecho daño”.

“No sé, hijo mío, quienes son”, contestó, “hasta donde puedo ver, creo que nunca lo sabremos, pues sea lo que fuere lo que buscan y lo que aquí los trae, nunca podremos seguir viviendo en estos lugares en lucha con esos bárbaros; lo que nos resta por hacer es venderles nuestras vidas lo más caro posible. Estamos a cien millas del punto de auxilio más cercano y mucho antes de que lo podamos recibir, habrán dado cuenta de nosotros. No lo lamento; pero sí me arrepiento ahora de haber traído con nosotros al pequeño Geraldo.

¿Por qué, Dios mío, lo habré traído precisamente en esta ocasión y no en alguna de las anteriores? *Esto* tenía que suceder fatalmente”.

“¿Qué habrá sucedido con los braceros, con los trabajadores?”, pregunté.

“Es posible que hayan muerto cuando la descarga de fusilería. No tiene duda; de lo contrario, ya hubieran corrido a refugiarse en esta cabaña”.

“Pero no veo yo qué motivo puedan haber tenido los indios para matar, ni tampoco para atacarnos a nosotros”, objeté.

“No”, dijo mi padre: “yo tampoco me explico ninguna de estas cosas; lo cierto es que se han pintado como acostumbran cuando emprenden la guerra y esto significa que tienen intenciones de matar y que lucharán hasta la muerte. Nadie puede comprender los móviles de acción de estos bárbaros”.

En ese momento oímos otra vez un estridente alarido y toda la banda de salvajes, que se había acercado a nosotros encubierta por la selva, se abalanzó sobre la cabaña por ambos lados simultáneamente. Caían al suelo heridos unos tras otros; pero, arrojándose con bravura para alcanzar la caseta, lograron al fin llegar hasta su puerta y trataron de hacerla caer. Afortunadamente la barra de madera que la sostenía no cedió a la presión y tan luego como vieron que no podían hacer nada contra nosotros y que, por el contrario, quedaban sin ninguna protección contra el fuego de nuestras armas, retrocedieron con muchos alaridos, hasta ocultarse entre los árboles.

Hasta este momento, pues, habíamos logrado escapar con vida; yacía a nuestro alrededor un regular número de cadáveres, pues hasta el pequeño Geraldo había desempeñado su papel con bravura, habiendo muerto a dos por lo menos y herido a otro más. Por el lado en que yo estaba, un individuo de horrible aspecto metió por una de las hendiduras de la cabaña el cañón de su fusil. Me hice a un lado y, asiéndole precisamente en el momento en que su dueño lo disparaba, coloqué mi revólver sobre el cañón y disparé logrando hacer blanco precisamente en la cara del salvaje, que cayó al suelo dando un suspiro y abandonando el fusil.

El disparo llenó de humo la cabaña, pero sin habernos causado ningún daño. Cuando los asaltantes se hubieron replegado hacia la selva, quise yo abrir la puerta para poder coger el fusil; pero mi padre se opuso a ello, diciendo que con toda seguridad los indios estaban espiando desde la selva y que todo sería exponerse innecesariamente. Dijo a la vez que esa arma no nos sería de utilidad, aun cuando pudiésemos hacernos de ella, toda vez que era de un calibre diferente al de nuestro parque.

Era un rifle antiguo de los que se cargaban por la boca y que se disparaban por medio de una cápsula de percusión y con toda seguridad, como decía mi padre, no nos habría sido de gran utilidad; no obstante, tristeza me costó el renunciar a mi trofeo, aun cuando bien sabía que todas las probabilidades eran en el sentido de que nosotros no podríamos vivir para mostrarlo a nadie. Así pues, empujamos el rifle y lo dejamos que cayera entre los cuerpos que yacían en el exterior.

Habíamos, pues, rechazado el ataque, ciertamente y, hasta entonces, estábamos ilesos, habiendo causado pérdidas considerables al enemigo. Estéril, sin embargo, era nuestra victoria y no podíamos hacernos ilusiones en cuanto a la gravedad de nuestra situación. Contábamos con una suficiente cantidad de parque, y, atrincherados detrás, no de robles, sino de gruesos leños de madera que resultaban a prueba de balas, posible nos hubiera sido el resistir un ataque más, o varios quizá, aun cuando existía la posibilidad de que una bala cualquiera pudiera en cualquier momento penetrar por alguna

hendidura y eliminar a alguno de nosotros. Pero la gravedad residía en el hecho de que no contábamos con alimentos (excepción hecha de una media caja de galletas) y en algo peor aún; en que no teníamos, sino una media botella de agua medio vacía. Las comidas nos la preparaba, de ordinario, el extraviado Tito; pero sus primitivas funciones culinarias las desempeñaba por lo general al aire libre, bajo la sombra de algún árbol, y las provisiones de boca con que contábamos las teníamos guardadas con otras de los braceros que se conservaban en las casetas inmediatas a la vía en construcción; así pues, bastaba con que los salvajes se limitaran a permanecer rondando la caseta en forma de tenerla sitiada y no podía ser sino el final que nos estaba destinado.

Nuestra conversación, como puede imaginarse, no aludía a ningún pensamiento de esperanza. Una sola cosa llenaba la mente de mi padre: se lamentaba sin cesar, de haber puesto al pequeño Geraldito en tan terrible situación y se entristecía por el golpe moral tan terrible que habría de ser para su amorosa madre la triste noticia de la muerte del chiquillo. Especulábamos sin interrupción sobre las razones que podrían tener los indios para atacarnos (o algo más práctico) sobre lo que podrían seguir haciéndonos, aun cuando las respuestas a tales preguntas difícilmente podían ser muy importantes para nosotros. Cualesquiera podían ser sus motivos: lo cierto era que nos habrían de matar. No podíamos entrever, ni la menor posibilidad de escape y, ciertamente, lo único que por nuestra parte quedaba por hacer, era el conseguir que el inevitable resultado les fuera lo más difícil posible y el exigir el precio más elevado que estuviera en nuestras manos.

Siguió luego un largo período de espera, mucho más enervante para nuestros nervios (por lo que a mí se refiere por lo menos) que la excitación del ataque. Todo quedó en silencio en la selva que nos circundaba, pero, desgraciadamente, sabía bien que ese silencio no indicaba que los indios hubiesen cejado en sus propósitos. Después de un lapso prolongado, comenzamos a oír un ruido semejante al que produce el derribar leña, y mucho nos intrigó lo que nuestros enemigos pudieran estar haciendo. Por fin caímos en la cuenta del significado de tales ruidos, pues, muy repentinamente -como si de un

relámpago se tratara- el silencio dejó su turno a un pandemonium de ruido, al lanzarse los salvajes sobre la cabaña una vez más, disparando sus armas de fuego y dando gritos como poseídos. Como en los casos anteriores, disparamos nuestras armas con la mayor celeridad posible y, habiendo hecho blanco sobre algunos de los atacantes, mi padre gritó:

“Aquí, aquí. Tira nada más sobre los que conducen el leño”.

Vi enseguida a seis u ocho hombres que cargaban un enorme leño con la evidente intención de lanzarlo sobre nuestra puerta para derribarla, cosa que parecía indudable que podrían conseguir, en vista del enorme peso del madero. Pero aun cuando solamente unas veinte yardas les faltaban para conseguir su propósito, no lograron hacerlo: la rápida visión de mi padre desbarató sus planes por esta vez, cuando menos, pues concentramos el fuego de nuestras armas sobre los que cargaban el tronco de árbol y cuando sólo habrían caminado cosa de la mitad de la distancia, gran parte de los cargadores estaban ya por tierra y los restantes sucumbieron al peso de la carga.

Saltaron otros valerosamente para substituir a los caídos, pero llegaron demasiado tarde para sostener el leño y cuando éste había ya caído al suelo, todos los que se aproximaban caían víctimas de nuestros disparos. Una vez más nuestros asaltantes cedieron en sus propósitos huyendo en la mayor confusión. Una vez más pudimos permitirnos el júbilo de una victoria muy temporal, contemplando una gran pila de cadáveres que rodeaban el tronco de madera.

En esta ocasión, no obstante, nos habíamos escapado de milagro, pues, mientras yo y mi padre concretábamos nuestra atención sobre los que conducían el leño de madera, un guerrero emplumado que había trepado por la parte trasera de la cabaña, había logrado introducir el cañón de su rifle por una de las hendiduras y nos había disparado por atrás. Había fallado el blanco sólo por el grueso de un cabello, pues poco después encontramos que la bala disparada se hallaba enterrada en uno de los troncos de madera de la puerta. El pequeño Geraldo había visto a tiempo al atacante y le había disparado: en verdad bien pudo haber sucedido que fuera su estridente chillido de alarma lo que ocasionó el fracaso del asalto. Dijo Geraldo que no había

podido matar al hombre, sino herirlo simplemente, pues aunque éste se echó atrás, lo que pareció dejar ver que estaba muy mal herido, logró, sin embargo, arrastrarse hasta llegar al límite de la selva. El enemigo había tenido fuertes bajas en sus tres intentos de captura; pero bien comprendíamos nosotros que esto sólo serviría para hacerlos más resueltos en su propósito de no dejarnos escape posible.

Se inició enseguida un período de la más inquietante expectación. Transcurría hora tras hora sin que nada ocurriese. No podíamos alentar la esperanza de que hubiesen abandonado su presa; sabíamos bien que los jefes resentían mucho la matanza de hombres que les habíamos causado y pensamos que habrían resuelto esperar hasta que la obscuridad les proporcionase mejor oportunidad. Por mi parte, definido era mi deseo de que continuaran atacando una y otra vez, pues cualquier cosa me parecía preferible a esa horrible espera de una muerte inevitable. Especulábamos también, claro está, sobre dónde podría hallarse nuestro fiel Tito y sobre cómo podría él haber muerto ya; sobre el final que pudo haber tenido el ataque contra los braceros; sobre lo que podría haber acontecido a nuestro capataz, un escocés robusto y de elevada estatura que habría sido atacado por sorpresa y sobre el que bien podría ser que este hombre hubiera ya dado cuenta de algún número de salvajes. Pensamos en la madre que, ajena a todo esto, se encontraba en el hogar distante, entreviendo la posibilidad de que nuestra suerte no llegara nunca a ser conocida por ella, ya que parecía que no quedaría nadie para narrar lo sucedido.

Éramos, según creo yo, lo que se llama personas de religión; pero no recuerdo que en esos momentos críticos de nuestro destino habláramos mucho de asuntos religiosos. Una vez solamente, hasta donde yo lo recuerdo, mi padre aludió a tales cuestiones:

“Bien, muchachos”, dijo, “muy jóvenes sois para morir en esta forma, antes de haber comenzado a conocer la vida y mucho lamento el haberos traído conmigo. Pero no tiene caso el lamentar lo inevitable: ¿quién pudo haber previsto todo esto? Pero recordad que estamos en las manos de Dios y que nada puede ocurrirnos sin Su conocimiento, que cualquier cosa que sea Su voluntad, es lo mejor para nosotros y que, si afrontamos la muerte con valor, como buenos ingleses, podéis

tener la seguridad de que en una o en otra forma estamos dándole nuestro servicio y que cuando nos encontremos con Él, después de todo esto, poca importancia tendrá la forma de nuestra muerte. ¿No es así?

Entiendo yo que, no obstante que éramos muy jóvenes, nos inspiró con un ejemplo y que quedamos reconfortados con el pensamiento de que por lo menos nos había tocado morir juntos.

Pronto corrió el tiempo y por fin se nos echó encima la noche tropical.

La tensión de la interminable espera nos lo había ya dicho todo.

Recuerdo que varias veces me di cuenta de estar cabeceando y, en cuanto a Geraldo, estaba ya, por entonces, bien dormido; pero mi padre no dejaba de vigilar ni por un momento. Cuando la noche hubo ya entrado y los sonidos nocturnos de la selva tropical repercutían en nuestro alrededor nos dijo unas palabras bondadosas de aliento y por la primera vez nos hizo alguna sugestión que parecía un ligero vislumbre de esperanza.

“Niños”, nos dijo, “no sé yo lo que estos salvajes estarán haciendo; pero si es que no aparecen pronto, abriré la puerta con el mayor silencio y trataremos de escapar para escondernos entre los árboles”.

A lo cual yo objeté: “Pero es que nos estarán vigilando por todas partes, padre”.

“Sí”, contestó: “es lo más probable; pero por lo menos nos queda esta última oportunidad de escapar. Lo peor que nos podrá suceder es que nos agarren y nos maten; pero es cosa cierta que no podrá ser nuestro fin si continuamos aquí”.

Al oír tales palabras sentí ansia de poner en práctica inmediatamente la tentativa; pero me sobrecogió el terrible pensamiento de que era posible que quizá no todos lográsemos escapar, sino que alguno de nosotros pudiera ser muerto; suponiendo que esa suerte tocara a mi padre, ¿qué podríamos hacer Geraldo y yo solos? O, suponiendo que tal cosa aconteciera a Geraldo, ¿qué objeto tendría ya la vida para mí? Nada dije de tales presentimientos, pero mi entusiasmo quedó sofocado.

Sin embargo, nuestros enemigos no nos dieron siquiera tiempo para poner en ejecución nuestros proyectos. De repente brotó de la obscuridad algo así como un río de fuego y luego otro más en rápida sucesión y tal parecía que habían ya llegado hasta el techo de la cabaña. Por algunos momentos no pudimos ni imaginar lo que sucedía; pero pronto echamos de ver el ingenio de los salvajes atacantes. Aun cuando las paredes por en medio y embutidos firmemente en el suelo, el techo estaba hecho solamente de hojas secas de palma. Habiendo advertido nuestros enemigos este punto vulnerable, dispararon sobre él, flechas flameantes revestidas de algodón empapado en aceite.

En esos momentos el techo de la cabaña quedó convertido en una flama; el interior estaba lleno de humo cegador y los fragmentos ardientes comenzaban a caer sobre nosotros. Nos vimos en la necesidad de pisotear esos fragmentos y arrojarlos hacia fuera para no perecer asados por el fuego; mientras tratábamos nosotros de salvar así nuestras vidas de las garras del fuego, los indios corrieron hacia el punto en que habían dejado el grueso tronco de árbol, lo levantaron del suelo y cargaron.

Dando un tremendo crujido, la puerta y su barrote principal quedaron desvinculados de sus soportes y en un momento quedamos circundados por nuestros enemigos, ya en el interior de la caseta. Difícilmente podíamos ver algo a causa del humo, pero si noté que ya se había venido a tierra la mayor parte del techado de palma y que los salvajes pisoteaban ya las llamaradas de fuego.

“Atrás”, rugió mi padre y en el mismo instante Geraldo, yo y mi padre nos colocamos en el centro de la cabaña, en medio de una chusma de indios rojos mal olientes que nos atacaban simultáneamente desde los cuatro lados. Todavía en esas condiciones disparábamos nuestras pistolas y me consta que por lo menos uno o dos de nuestros enemigos cayeron por tierra junto a mí; en esos momentos recibí un fuerte golpe por detrás y no tuve ya conciencia de lo que estaba sucediendo.

Después de algún tiempo (no tengo medios de saber cuál fue su duración) volví de nuevo en sí; pero tal como me parece recordarlo,

solamente de manera lenta y confusa. Primeramente tuve la conciencia de una vaga sensación dolorosa, de un malestar persistente y de un vivo deseo de que ese malestar cesara y me dejara en paz. Continuaba esa molesta sensación, sin embargo, hasta que llegué a sentir una vaga conciencia de que era yo movido en alguna forma, o, mejor dicho, de que se me conducía a alguna parte, en forma ruda y molesta. Creo yo que por algún tiempo no me volvió la memoria del combate sostenido con los indios, ni de ninguna otra cosa ciertamente; y es muy posible que haya yo permanecido en ese estado de semi-conciencia durante largo tiempo. Me pareció tal como si esa condición se prolongara por edades interminables, cuando en realidad, solo pudo haber durado unos cuantos minutos (no tengo yo la manera de determinarlos); pero al irse reafirmando gradualmente la función de mis sentidos, me pareció percibir que algo me empujaba desde arriba, me arañaba, y me golpeaba, mientras que algo, por abajo, me confinaba en una condición lacerante.

Estoy tratando de describir mis sensaciones en el momento que volvía yo a la vida consciente y, sin embargo, no puedo en realidad expresarlas, pues todo ello era indescriptiblemente vago y nebuloso y me encontraba yo en condiciones de ineptitud total para comprender lo que me estaba sucediendo. Pero paulatinamente, en una forma o en otra, vislumbré que caminaba yo en el lomo de una mula o caballo y que aquella horrible molestia no era sino el resultado del tropezar de la bestia sobre un terreno sumamente disparejo y que los golpes o arañazos me lo causaban las ramas de los árboles debajo de los cuales caminaba.

Llegaba yo a este preciso momento, así lo estimo ahora por lo menos cuando la conciencia me pareció retornar con una especie de sacudida, cuando despertó de nuevo en mí de improviso y cuando me di cuenta clara de que estaba yo atado a un animal, que no era sino uno de tantos entre varios otros similares, algunos de los cuales iban cargados con pacas al parecer de mercancías, mientras que otros iban cabalgados por los indios. También vi que muchos de ellos, nos circundaban caminando a pie. Y entonces, como si fuera un relámpago, volvió a mi plenamente la memoria y comprendí que

seguramente me había yo desmayado a consecuencia del golpe que recibí en la cabeza y que, en lugar de haberme matado en aquel preciso momento, los indios me estaban conduciendo a alguna otra parte en calidad de prisionero.

Cruzábamos la selva, cuyos árboles la sumían en la obscuridad impenetrable, a cierta velocidad. Pero casi en el preciso momento que recobraba yo plenamente la función de mis sentidos, llegamos a una especie de planicie abierta, donde pude ver con alguna confusión la muchedumbre de salvajes que nos rodeaba, montados unos en las bestias, y otros correteando a pie. Mi primer pensamiento fue: “¿Será también mi padre traído como prisionero?”, y grité: “Padre”. Por lo menos quise gritar, aun cuando en realidad sólo pude emitir un débil sonido. Un momento de terrible inquietud y luego una oleada de profunda alegría al escuchar su voz clara, procedente no sé de qué parte de la confusa masa que había delante de mí:

“¡Hola, hijo mío!, ¿vives, pues, aún? ¿Estás herido?”.

“No, creo que no”, contesté, “me duele la cabeza horriblemente. ¿Estás herido tú?”:

No tuve tiempo más que para oír su respuesta negativa, cuando un indio, enfrentando su cara con la mía me dijo en forma brutal que me callara y, al mismo tiempo, noté que frente a mí se desarrollaba una pelea, lo que me dejó adivinar que los indios se agrupaban alrededor de mi padre para hacerlo callar también. El hombre que me obligó a permanecer en silencio se había expresado en una jerga mezcla de español y de portugués, y con un acento gutural que hacía su dicción incomprensible; pero cuando los rufianes que se hallaban a mi alrededor se comunicaban entre sí, cosa que era muy poco frecuente, lo hacían en su propio lenguaje, del cual nada conocía en absoluto.

Podía yo entenderme bastante bien con los negros en su extraña lengua chapurrada y traté de valerme de ella para preguntar a los indios que se hallaban cerca de mí a dónde nos conducían y dónde estaba mi hermano; pero, o no querían ellos entenderme o no podían hacerlo en verdad. Como quiera que fuese sido, no dieron contestación ninguna, limitándose a repetirme la orden de que me callara cuando

yo trataba de gritar para que me oyera mi padre. Durante algún tiempo después de todo esto seguí preso de inquietud por la suerte del pequeño Geraldo; por fin, al ir pasando un corto espacio desprovisto de arboleda, tuve la inmensa alegría de volver a verlo con vida y aparentemente ileso. Un hombre de cierta categoría entre los indios lo llevaba montado en su caballo, sentado en el cuello del animal. Le grité enseguida preguntándole si estaba herido, a lo que me contestó:

“No, no mucho”, y, recuerdo yo, me preguntó él también si yo lo estaba. Pero el que lo conducía lo estrujó con violencia ordenándole callar. Calmada ya mi mente por lo que concernía a la suerte de mi padre y de mi hermano, tuve tiempo para examinar mi propia situación, lo que en verdad no pareció reanimar mi actitud. Pude notar que había sido desnudado por completo; que me habían atado las muñecas por la espalda y que una cuerda o cable que cinchaba mi cabalgadura, me tenía fuertemente sujeto por los tobillos.

Delante de mí, sobre la misma bestia, iba colocado un rollo de frazadas, al cual me hallaba atado por la misma cuerda que cinchaba al animal. Supongo yo que, durante mi desmayo, debí de haberme reclinado sobre ese montón de cobijas y atado a ellas tal como si no fuera yo otra cosa que un paquete más; y aún ahora, vuelto ya de nuevo en mí, me era imposible no solo sentarme para cabalgar adecuadamente, pero ni siquiera levantar las manos para evitar los arañazos que me daban, al caminar las ramas bajas de los árboles. Mi postura resultaba, pues, abominablemente molesta y si se añade a esto la circunstancia del terrible dolor de cabeza que me produjo el golpe que fue causa de mi desmayo, fácilmente se comprenderá que mi estado de ánimo era deplorable.

Hasta donde me fue posible pensar en forma congruente, dediqué casi todo el tiempo a cavilar sobre la situación en que nos hallábamos. ¿Quiénes serían esos indios? ¿Cuál podría ser su propósito al atacarnos en forma tan salvaje como lo habían hecho? Y después de todo: ¿qué razones podrían tener para llevarnos prisioneros en lugar de habernos matado inmediatamente al penetrar en la cabaña? Sabía yo bien, por multitud de historias que conocía, que no era costumbre de estos salvajes el hacer prisioneros; y, aun cuando mientras la vida

existe, dura la esperanza, no podía menos de sorprenderme el que estuviéramos aún con vida. Debo confesar que mientras más reflexionaba yo sobre nuestro probable futuro, más y más negra me parecía la perspectiva.

Parecía increíble que en una postura tan increíblemente molesta hubiera yo podido dormir: así hubo de haber sido, sin embargo. Por lo menos, debo de haber cabeceado algo, pues nada recuerdo del alborear del día. Plenamente brillaba el sol ya, cuando mi cabalgadura se paró de repente, lo que despertó en mí la conciencia de que por fin habíamos atravesado aquella selva al parecer interminable. Inmensa sorpresa me causó el ver ante mí, no los jacales de los indios, sino algo que semejava las tiendas de campaña de un ejército; con aquella visión surgió dentro de mí un repentino vislumbre de esperanza, que -cosa extraña- me hizo sentirme desesperadamente enfermo. Esas tiendas de campaña eran seguro indicio de que debía de haber allí hombres civilizados y si los indios nos llevaban allí en lugar de habernos asesinado, ¿no era de alentar alguna esperanza de escape? De lo que significaba todo aquello no tenía yo la menor idea, tal como antes me pasaba; pero, por lo menos, todo esto era ya algo diferente del truculento fin que había yo entrevisto temeroso para nuestra prolongada caminata cuando quedé dormido de cansancio.

En el Campo de Martínez

Comenzaron entonces los indios a descargar los caballos para dejarlos pastar y, otras cosas, desataron la cuerda que me tenía sujeto por los tobillos a los ijares del caballo. La cuerda que ataba mis muñecas no la soltaron, limitándose a echarme en el suelo entre las pacas de mercancías y sin prestarme la menor atención. Esto me pareció suficiente, pues creo yo que muy difícil me hubiera sido el permanecer de pie y bien contento quedé de poderme tirar en el suelo por un momento y de encontrar ocasión para calmar el trastorno de mi mente y para estirar mis músculos acalambrados.

Mi padre y Geraldo fueron también desmontados de sus caballos con idéntica falta de ceremonias; cuando el primero de ellos se sentó en el suelo, se colocó un hombre a cada uno de sus lados y, aun cuando nada hicieron por dejarnos atados, salvo el no haber soltado las cuerdas las muñecas, bien claro quedaba que nos estaban vigilando ahincadamente y que los indios no tenían la menor intención de dejarnos por la paz, ni de darnos la oportunidad de escapar de su compañía.

No trataron de impedir que mi padre se encaminara al lugar donde yo me hallaba tirado en el suelo, pero si lo siguieron muy de cerca sus dos guardas. Habló mi padre con tono autoritario a un hombre que parecía ser el jefe principal de la pandilla, exigiendo, en el mejor español que le fue dado (debo yo admitir que habría de ser muy poco comprensible) que se le explicase a qué se debía el que nos trajesen en esa forma, desnudos y dándonos un trato tan inhumano. Los indios no parecieron darse por aludidos; posiblemente por no comprender en realidad, aun cuando creo yo que alguna idea se dieron de lo que mi padre les quería decir, pues arrojaron sobre nosotros dos ponchos muy sucios: uno para cada uno. Explicaré aquí lo que se entiende por poncho en esa parte del Nuevo Mundo. El poncho de los indios no es otra cosa que una frazada con un agujero en el centro, donde el que la usa introduce la cabeza; pero, considerado, pues el poncho como prenda de vestir, resulta obviamente inadecuado; pero, como quiera

que sea, para nosotros, carentes de todo en tales momentos, resultaba el poncho enormemente útil, a pesar de la grima que su suciedad nos producía.

Mi padre manifestó su intención de ir a la más cercana de las tiendas de campaña para ponerse en contacto con algún ser civilizado, a lo que los indios se opusieron, pudiendo nosotros comprender que estaban preparados para recurrir a la fuerza en caso necesario para impedir la realización de nuestro proyecto. Pronto nos convencimos de que lo mejor era permanecer quietos y esperar a que las circunstancias fueran cambiando, ya que parecía razonable el creer que los indios no tenían la intención de matarnos y tal vez ni siquiera la de seguir causándonos daño y también que en el campamento no despertaban aún del todo, ya que nadie ambulaba por afuera de las tiendas, excepción hecha de unos cuantos centinelas.

La tienda más próxima a nosotros era de mayor tamaño que las demás, completamente separada de ellas, más alta y ubicada en el extremo de la selva. Recuerdo ahora que me vino la idea de que la escena que teníamos delante daba cierta semejanza con el lugar en donde habíamos nosotros mandado erigir nuestra cabaña, sólo que en escala mucho mayor. La selva quedaba hacia atrás de nosotros y la tienda mayor quedaba colocada de espaldas a ella, en forma muy semejante a la colocación de nuestra pequeña caseta de madera. Después de un ligero declive del terreno seguía una planicie sin arbolado en donde se hallaban las tiendas de los soldados y algo más allá, en el fondo del descenso, serpenteaban las claras aguas de un riachuelo. No era difícil inferir que la tienda mayor debía de ser el alojamiento del general o como quiera que haya sido designado el jefe de esas tropas, pues un centinela marchaba rítmicamente de un lado a otro, por la parte frontal.

Poco después apareció un indio de elevada estatura, adornado con plumas magníficas, al que inmediatamente reconocí como uno de nuestros asaltantes de la noche anterior.

Ciertamente, tan luego como se aproximó a nosotros y pude observarlo con más precisión, advertí que ya lo había visto antes del ataque, aunque, por haberlo conocido vestido como acostumbran los

indios de ordinario, no pude reconocerlo de repente ahora que usaba su traje de guerra y llevaba plumas en la cabeza. Alguien me había dicho, cuando lo vi en las calles de la ciudad, que se trataba de un hombre de gran ascendiente, pero de pésima reputación, que se hacía pasar por el jefe de todos los indios de aquella zona del país. Se daba a sí mismo el nombre de Antihuanel, que significa, según me han dicho, “el tigre del sol”, y se decía ser descendiente de los arcaicos incas del Perú. La información que yo tenía era en el sentido de que todo aquello carecía de fundamento y de que nada de eso era reconocido por los indios del Perú. Lo cierto es que, cuando estuve yo en ese país, pude ver al hombre a quien se atribuía ser el descendiente legítimo; no tengo yo medios para dilucidar cuál de los rivales era el legítimo sucesor, pero sí puedo asegurar que el que hallé en Perú estaba adornado de gentil presencia y ostentaba dignidad y realeza, mientras que el que tenía delante, aun cuando demostraba poder, dejaba ver en sus facciones horrorosa crueldad.

El haber reconocido a Antihuanel no levantó mis ánimos en forma alguna, ya que, si solo la mitad de lo que de él se contaba fuera cierto, solo me quedaría la sorpresa de que, habiendo nosotros caído en sus manos, estuviéramos aún entre los vivos. No obstante, con vida estábamos aún y las tiendas que teníamos a nuestro frente nos daban la evidencia de que con alguien podríamos entrar en arreglos, a más de aquél salvaje; así pues, seguimos esperando con la actitud más paciente que nos fue posible asumir. Por las frecuentes miradas que nuestros guardas y todos los demás hombres dirigían a la tienda mayor, juzgamos probable que nos tenían a la espera de alguien que debía salir; esperaban, quizá, a que despertara el general de la fuerza.

Poco a poco, comenzó el campamento a salir de su somnolencia y pudimos ver varios soldados de fruncido ceño que iban emergiendo de las diversas tiendas y que charlaban unos con otros. Advertimos una completa ausencia de lo que puede llamarse disciplina, cosa que era natural que esperáramos; notamos que los hombres no dejaban la cama a la vez, al toque militar de la mañana, sino que parecía que se levantaban según en gana les venía. Ninguno de ellos dio muestras de parar mientes en nosotros; ninguno subió tampoco a la colina para

inspeccionarnos, de lo cual pudimos inferir que estaban perfectamente acostumbrados a ver a los indios ataviados con sus pinturas de guerra, cosa que hubiera sido causa, si se hubiese tratado de mestizos o criollos, de ocasionar tremenda excitación de rivalidades.

Pudimos luego advertir que entre la multitud había algunos que vestían como oficiales y comenzó a dejarse ver una especie de orden; algunos hombres de tropa marcharon hacia el río provistos de vasijas para acarrear agua. Poco después, uno que parecía ser una especie de jefe de los indios bajó hasta el campamento y entró en conversación con uno de los oficiales de mayor rango. Luego de charlar unos minutos, subieron juntos a la colina y se acercaron a lo que nosotros suponíamos que sería la tienda del general. Cambiaron una palabra de entendimiento con el centinela, que les hizo el saludo; levanto el oficial la cortinilla de la tienda, y penetraron ambos en ella.

Después de un corto intervalo, regresó el oficial acompañado de un hombre pequeño, de actitud irascible, que dejaba ver claramente que había sido despertado en forma intempestiva y que se sentía colérico por ello. Usaba uniforme de coronel, pero lo vestía en forma desaliñada y vulgar. Al salir de la tienda, se ciñó la espada a la cintura. Tan pronto como estuvo cerca, Antinahuel, que había permanecido - entiendo yo- detrás de nosotros, salió a recibirlo y cambió con él un saludo de subordinación.

Los vimos hablar entre sí, y por sus miradas comprendimos que trataban de nosotros.

Un grupo de soldados que se había dado cuenta de que estaba teniendo lugar algo fuera de lo común, se agrupó en la parte del campamento cercana a nosotros, pero ninguno de los que lo componían se atrevió a acercarse a la tienda del comandante, ni el grupo que estaba hablando delante de la tienda. El que había subido del campamento en compañía del indio se volvió hacia ellos y les dio una orden: inmediatamente cuatro de los hombres vinieron corriendo hasta él, recibieron cortas instrucciones, se dirigieron corriendo hasta donde nosotros estábamos y nos hicieron mover y levantarnos para ir con ellos.

No nos causaron daño ninguno, pero sí dos de ellos se colocaron a ambos lados de mi padre; otro se hizo cargo de mí, y el cuarto del pequeño Gerald y así nos hicieron caminar detrás del hombrecillo irascible, que evidentemente no era otro sino el comandante de esta tropa indisciplinada.

No era en verdad muy decorosa nuestra apariencia, fuera de nuestros dos ponchos, nos hallábamos completamente desnudos; mucho menos que aceptablemente limpios, pues los golpes que habíamos recibido de las ramas de los árboles en nuestra precipitada travesía de la selva, nos tenían llenos de arañazos y contusiones; nuestro aspecto, pues no era muy edificante. No obstante, tan pronto como quedamos en presencia del comandante, mi padre, inmediatamente increpó con indignación, quejándose de la forma en que los indios nos habían tratado; los acusó de la matanza de sus braceros y amenazó con la rígida venganza del Gobierno Británico sobre las cabezas de todos los involucrados.

Su español, como queda dicho, era muy defectuoso, y el efecto de su catilinaria resintió mucho por la circunstancia de que en los períodos de gran explosión, se veía fuertemente obligado a recurrir a mí en busca de la palabra requerida; pues era el caso de que, en contacto perpetuo yo con los sirvientes negros e indios, conocía mejor que él la jerga del país. El pequeño comandante escuchó sus palabras hasta el final y comenzó a hablar (debo de admitirlo) con cortesía digna de elogios. Principió diciendo que lamentaba sinceramente el “accidente” de que habíamos sido víctimas, asegurando que todo se debía a un error.

“¡Un error!”, rugió mi padre. “Sí, un error por el cual alguien tendrá que pagar un alto precio”. “¡Tal vez no sepa usted que ese error ha sido la causa de la muerte de setenta, ochenta, cien hombres!”.

El pequeño comandante se encogió de hombros y extendiendo las manos aseguró que nadie deploraba más que él la impetuosidad de sus amigos los indios, pero que, después de todo, lo acontecido no era sino un incidente de la guerra, y, más todavía, lo hecho, hecho estaba y no podía ya deshacerse.

Sentía mi padre más y más indignación cada vez; pero se dio cuenta de que no era oportuno discutir nada sobre una indemnización, y, en tal virtud, exigió que inmediatamente nos pusieran en completa libertad y que se nos devolviera la ropa, insistiendo en que él era súbdito inglés y que no podía ser tratado en esa forma.

El diminuto capitán, con una paciencia sorprendente en realidad, si tomamos en consideración la categoría de su puesto, replicó que todo esto tendría un satisfactorio arreglo; pero que había una ceremonia sencilla, una simple formalidad, que nosotros debíamos celebrar. Dijo que había oído hablar mucho de los ingleses; que conocía muchas historias de su prodigioso valor y que, aun cuando lamentaba profundamente, muy profundamente, el que sus aliados los indios hubiesen cometido un error tan estúpido, al confundirnos con españoles, ocasionándonos así tan graves contratiempos, consideraba en verdad que todo eso no era más que una nueva prueba de la buena suerte que le proporcionaba la oportunidad de ponerse en contacto con nosotros, quienes le habríamos de ser de mucha ayuda para el desarrollo de sus planes.

Con suma gravedad procedió enseguida a ofrecer a mi padre, la jefatura de uno de los cuatro regimientos que dijo tener a sus órdenes, a cambio de que uniéramos nuestra suerte con la suya e hiciéramos juramento de someternos a su autoridad. Nos indicó que él era el General Martínez y que la ominosa tiranía que los españoles habían ejercido sobre él y sobre los de su raza, los había inducido a libertarse de tan insufrible yugo; que, conseguido esto, él mismo se proclamaría Presidente o Dictador de la república militar que del movimiento libertario surgiría, asegurando a mi padre que, en compensación por la ayuda que habríamos de proporcionarle, se le otorgaría un cargo elevado en el futuro Gobierno.

No pudo menos de hacernos reír la actitud de grave seriedad por parte del comandante, a pesar de las graves y peculiares circunstancias; pero, a la vez, puso más colérico a mi padre, quien se esforzó por expresarse con toda la claridad que le permitía su raquítico conocimiento del español, para poder llegar a la esencia del asunto. Declaró que él, en su carácter de extranjero, nada tenía que ver con los

disturbios del país y que se rehusaba en absoluto a ingresar ni en uno, ni en otro de los bandos; que por ningún motivo accedería a prestar su juramento de sumisión a una persona que no era sino un rebelde contra el Gobierno legalmente establecido.

Creí advertir que el comandante daba muestras de comenzar a sentirse molesto, pues su mano comenzó a acariciar la espada; pero, no obstante, dominó sus nervios y aseguró a mi padre que no teníamos más remedio que acceder. Penoso le era insistir, dijo, pero las condiciones así lo exigían: había él iniciado ya su marcha sobre el enemigo; se había puesto ya en su persecución; estaba poniendo en práctica una estratagema que ellos no podían sospechar, para conducir sus regimientos hasta el norte de las probables posiciones enemigas e intentaba darles un golpe de sorpresa en la población que servía de terminal a nuestra línea férrea, bajando hasta ella desde el interior, por donde no había fortificaciones, para tomar a las autoridades completamente de improviso. Ahora bien: por una serie de circunstancias que nadie deploraba más que él, habíamos conocido ya nosotros el secreto de sus planes, lo que debería de haber quedado oculto para todos sin excepción; y, por tanto (volvió aquí de nuevo a encogerse de hombros y extender los brazos) por mucho que le repugnaba el tener que interferir contra nuestra libertad, se veía compelido inevitablemente a condenarnos a muerte en caso de que nos negásemos a unir con él nuestro destino.

Volvió mi padre a rehusarse con mayor indignación aún, insistiendo en que, con su carácter de súbdito inglés, se negaba rotundamente a inmiscuirse en tales asuntos. La paciencia del endeble comandante se extinguió por fin y de sus labios brotaron palabras definidas y categóricas.

“No puedo perder tiempo. Elegid enseguida; o juráis fidelidad, siguiendo la forma que nosotros acostumbramos, o seréis fusilados inmediatamente”.

Y, volviéndose a su oficial, le ordenó que trajera de la tienda lo que necesitaba para que prestáramos nuestro juramento. Rápidamente dos soldados trajeron al lugar donde estábamos una pequeña mesa, un libro, un tintero y una pluma, al mismo tiempo que otro oficial llevó

un gran crucifijo de madera labrada -robado seguramente de algún templo- y lo arrojó al suelo delante de nosotros.

Para poder explicar la presencia de este último objeto, tengo que aludir a ciertas peculiaridades del formidable hombrecillo. Sabía él perfectamente, por más que lo ocultara con discreta reserva para con sus hombres, que la empresa de arrojar a los blancos hasta el mar no era en modo alguno una tarea sencilla, y que la envergadura de sus proyectos requería mantener al máximum el anhelo de triunfo por parte de todos y cada uno de ellos. Más aún, conocía a fondo a su pandilla, sabía que juraban sumidos en la superstición hasta los tuétanos, y estaba bien al tanto de la poderosa influencia que el clero católico ejercía sobre los habitantes de aquel país semi-civilizado.

La forma de cristianismo prevaleciente a la sazón en Sud-América fuera, quizá, la más degradada posible; pero esto no se oponía en modo alguno al hecho de que fueran los sacerdotes los que en realidad manejaban el país ni que en una o en otra forma, se hiciera siempre lo que ellos querían. También estaba al tanto de que la influencia eclesiástica le era hostil, no tanto por ser él un notorio bribón, sino porque, estando el clero satisfecho con el estado de cosas prevaleciente, no deseaba que tomase forma ninguna rebelión contra el Gobierno que tenían controlado.

Para poder oponerse a tal influencia, hizo uso de un ardid, que, si bien desprovisto de otros méritos, no carecía de ingenio y osadía: copiando el procedimiento que se atribuye a Nabucodonosor, al que añadía sacrílegas pinceladas, obligaba a cada uno de sus hombres a prestarle el juramento de que, mientras no hubiese terminado la guerra, mientras el país no estuviera bajo su dominio, no cambiarían palabra alguna con ningún cura, no entrarían jamás en templo alguno y nunca harían ninguna petición ni a Dios, ni a ningún ente humano, salvo a él mismo. Cada quien tenía que jurar así en presencia del mismo Martínez y, en prueba de su temporal renunciación a la fe de sus ancestros, tenían que pisotear el crucifijo. Todos y cada uno de los que componían la abigarrada chusma habían practicado lo que él llamaba esa sencilla ceremonia y ahora pretendía Martínez que nosotros nos sometiésemos también a celebrarla.

No es necesario que declare yo aquí que no teníamos ni la más remota intención de hacer tal cosa. Perteneíamos a la Iglesia de Inglaterra, no a la Romana; pero, no obstante, mi madre era devota partidaria del Dr. Pusey, con quien tenía estrecha amistad y por lo a mí tocante, acostumbraba llevar colgado del cuello un crucifijo de ébano y plata por debajo de la ropa –única cosa, entre paréntesis, que los indios rojos me habían permitido conservar, según entiendo porque estimaron que se trataba de un símbolo cristiano de tremendo poder. Ya podéis pues, imaginar con qué horror recibimos la impía sugestión del general; aun cuando me parece a mí fuera de toda duda que aún en el caso de que no hubiera habido ningún crucifijo, nos hubiéramos rehusado igualmente a ser sometidos por la fuerza a una alianza con una causa que no nos inspiraba la menor simpatía.

No hizo ningún caso Martínez de las indignadas, aun cuando algo confusas protestas de mi padre, sino que en forma categórica le ordenó pisotear el crucifijo y prestar el juramento prescrito. Recuerdo ahora con toda claridad el pensamiento que cruzó mi mente: “¿Qué cosa va ahora a hacer mi padre?”, pues ni siquiera me pasó por la imaginación la idea de que se pudiera someter a tan bárbaro mandato. Lo que hizo fue tan inesperado para mí como para todos los presentes. Recordad que durante toda esta conversación habíamos permanecido con las muñecas atadas a la espalda por medio de una cuerda; imaginad, pues, cuál sería mi formidable asombro al ver a mi padre que daba un paso hacia delante, tal como si fuera a pisotear el crucifijo, soltarse las manos de la cuerda en una forma tan repentina que podría parecer de índole mágica, y descargar un tremendo puñetazo en la cara del pequeño comandante, que al momento cayó de espaldas, y brincar luego por encima del cuerpo derribado, desapareciendo en la selva inmediata.

Toda esta escena fue de tal modo repentina, de tal modo sorprendente, de una fuerza cómica tal que, a pesar de las tremendas circunstancias, lancé una estentórea carcajada, que fue coreada por el pequeño Geraldo. Los oficiales se abalanzaron para levantar al semi-desmayado comandante y le trajeron una silla de campaña para que en ella se sentara. Los hombres que estaban en el campamento cercano

lanzaron alaridos de sorpresa y (no estoy realmente seguro de ello) tengo la firme sospecha de que mi risotada fue repetida también por algunos de ellos. En el corto intervalo que necesitó Martínez para reponerse, nadie sabía lo que tenía que hacer. posiblemente el segundo jefe se hallaba ausente; pero como quiera que haya sido, nadie hizo nada y supongo yo que deben de haber transcurrido unos cinco minutos antes de que el comandante, antes de tragar mucha agua, después de mucho jadear y de multitud de juramentos, logró por fin recobrar el habla.

Cuando tal cosa sucedió, sus expresiones no fueron propiamente las de un parlamento. Estaba rojo y trémulo de ira. Logró ponerse de pie, aun cuando al principio solamente pudo hacerlo apoyando las manos sobre la mesa. Desenvainó la espada; la blandió por el aire y tal parecía, por las salvajes miradas de odio que lanzó sobre sus oficiales, que en realidad iba a hacer uso de ella.

“¿Dónde está ese bribón?”, rugió.

Estupefactos los oficiales se miraron unos a otros, pues hasta aquel momento, creo con seguridad, a nadie se le había ocurrido el ir en persecución del evadido. Martínez se volvió más loco de ira aún.

“¿Qué?”, rugió, “¡lo habéis dejado escapar! ¡Imbéciles! ¡Estúpidos!

¡Perseguidlo enseguida! ¡lo ordeno! ¡Ha insultado mi honor y beberé su sangre!”.

Apresuradamente se hicieron arreglos para la persecución y uno o dos destacamentos marcharon precipitadamente para buscar en la selva. Tan pronto como se fueron, Martínez se volvió sobre mí para descargar su ira. Echaba espuma por la boca y parecía que estaba poseído por un demonio; le silbaban las palabras entre los dientes como si estuviera en realidad en el punto físico de hacer explosión.

“¡Hijo de un bellaco!”, dijo, “dentro de una hora verás a tu villano padre colgado de ese árbol”.

“Primero lo tendrás que agarrar”, interrumpí con una risotada que, tengo que reconocerlo, no fue muy política ciertamente. Pero tanto fue mi alegría al ver escapar a mi padre, que en nada pensé en esos momentos, ni advertí tampoco la grave circunstancia de que si él había

escapado, yo estaba prisionero aún.

“Perrucho insolente”, dijo echando espumarajos de saliva (no puedo transcribir aquí la frase literal, pero comprenderéis que era mucho peor). “Por lo menos tú tendrás que jurar sumisión y bien harás en hacerlo ahora mismo, pues si no te desuello vivo”.

Recuerdo que volví a reír de nuevo, cosa algo impropia de mi parte, pero el hombre aparecía de tal manera ridículo en la impotencia de su ira y con el gran chichón que le había brotado entre los ojos, a causa del tremendo puñetazo de mi padre, que no me fue posible el evitarlo.

“Jamás haré tal cosa”, dije, “y si usted se atreve a tocarme, mi padre le hará pagar todo cuando vuelva”.

Levantó la espada y por un momento creí yo que mi existencia tocaba ya a su fin en aquel preciso momento y lugar. Pero no sé cómo, logró controlarse, dejando ver en su único ojo sano una mirada de perversidad (el otro ojo cubierto por la hinchazón del golpe). Dando la vuelta, llamó a Antinahuel.

“Tal vez”, dijo, “tus soldados podrán hacer que este mequetrefe cambie de idea. ¿No lo crees así?”.

Una risa sarcástica iluminó la cara de Antinahuel.

“Tal vez puedan”, e hizo señales a algunos de sus hombres que vinieron a mí y comenzaron a arrastrarme. Martínez no les dijo ya más palabras y volvió su atención hacia mi pequeño hermano Geraldo.

“Tú, por lo menos, hijo de los diablos, pon el pie encima de esa cruz y repite ante mí las palabras que has oído”.

“No hagas eso, Geraldo”, grité yo, volviendo mi mirada hacia él, mientras me seguían arrastrando, “recuerda a Santa Inés”.

Poco antes de haber salido de casa, nuestra madre nos había referido la leyenda de Santa Inés, doncella romana de trece años que se refiere- murió en aras de su fe antes de someterse a practicar un sacrificio que estaba en pugna con su conciencia. Tal vez fuera que haya preferido morir a casar con un varón a quien ella consideraba como pagano. No estoy bien seguro de esto, pues hace mucho tiempo ya que la historia me fue referida. Pero sí recuerdo bien que nos había

sido narrada poco hacía y que ambos, mi hermano y yo, teníamos gran admiración por el heroísmo de la santa.

Me retorcí como pude hasta lograr ver lo que estaba haciendo el niño. Miró éste con valentía la cara iracunda de Martínez y dijo claramente con su vocecita infantil:

“No; yo no hago eso: usted es un malvado”.

Lo que siguió inmediatamente me repugnaba referirlo, aun cuando realmente creo en las profundidades de mí ser, que no fue otra cosa que un acto de locura. Blandió Martínez su espada por encima de la cabeza del pequeño y dándole un sablazo horrible, lo asesinó mientras lo miraba el niño cara a cara. Cuando vio el cuerpecito de la criatura derribado ante sí -recuerdo que lo pude advertir- sintió hasta vergüenza de sí mismo, pues arrojó su espada al suelo y balbuceó algunas palabras que parecían significar que no había sido su intención el matarlo. Aún sus mismos oficiales, una chusma de rufianes encallecidos en el crimen, dejaron ver en sus caras algún cierto disgusto y retrocedieron horrorizados, mientras Martínez se encaminaba apresuradamente a su tienda.

Lo que esto significó para mí, que amaba a mi hermanito más que a mi vida misma, difícilmente podré decíroslo. Sólo puedo hacer constar que quedé medio loco de angustia y de ira. Pero en el preciso lugar del monstruoso crimen y en ese mismo momento, yo, cautivo en las despiadadas manos de salvajes criminales y con muy escasas probabilidades -hasta donde me era posible juzgar- de ver la luz del día siguiente, hice, con toda la fuerza de un odio ardiente, el voto solemne de que no cejaría jamás en mi empeño hasta haber dado muerte a Martínez en venganza de mi hermano. Indebida venganza, por supuesto, pero habrá que tenerse en cuenta que era yo entonces un niño solamente y que la provocación sufrida fue terrible.

Pronto tuve que ocupar mi pensamiento en lo que tenía por delante. Los indios me arrastraron hasta los linderos de la selva y, luego de buscar un poco, hallaron lo que querían: dos árboles jóvenes y flexibles de troncos distantes sólo unas cuantas yardas. Cuatro o cinco de los salvajes tiraron con fuerza de cada uno de los árboles hasta que

con el peso y la fuerza lograron que sus ramas se juntaran, procedieron luego a atarme a mí a ambas extremidades, la pierna y el brazo derechos a una de las ramas y el brazo izquierdo y la pierna izquierda a la otra; tan pronto como quedó esto consumado en la forma deseada, dejaron que los árboles volvieran a su natural posición, al suceder lo cual, quedó mi cuerpo colgado entre ambos. Ingenioso y diabólico sustituto de los tormentos de la Inquisición.

Quedar colgado en tal posición durante varias horas, en situación que destroza los nervios, es algo que prefiero no describir; no quiero tampoco relatar la forma en que se mofaron de mí mientras permanecía colgado sobre una invisible cruz de San Andrés. Tampoco haré mención de la forma en que laceraban mi cuerpo dolorido arrojándome fragmentos de botellas y golpeándome desde abajo con bejucos que arrancaban de los árboles inmediatos. No quiero hacer sufrir vuestros sentimientos con la técnica descripción de las torturas que me infringieron a lo largo de aquel espantoso día.

Sólo diré que, a pesar de tan terribles sufrimientos durante todo el día, lo único que en mí alentaba era el sentimiento firme, más y más ardiente y fuerte a cada momento que pasaba; un odio amargo y feroz hacia Martínez y la resolución de vengar a Geraldo. Tan por completo me embargaba este sentimiento, que recuerdo que casi no di ninguna contestación a las reiteradas preguntas de los hombres en el sentido de si me resolvía a prestar el juramento que requerían. Pero sí recuerdo con certeza que más de una vez les lancé maldiciones y les amenacé con cruel venganza. Echemos ya un velo sobre todo este horror. permítaseme decir, tan solo, que su ingeniosidad era diabólica y que sus recursos parecían no tener fin.

Supongo yo que por fin se cansaron al ver que no daba muestras de ceder y juzgaron oportuno hacer algo para llevar las cosas a un punto final. Me colgaron, pues, de la rama de un árbol por medio de una cuerda que pasaron por debajo de mis hombros, procediendo luego a encender fuego debajo de mis pies, los que en el acto recibieron terribles quemaduras. Al mismo tiempo, el aire caliente y el humo me sofocaron por completo y quedé desmayado.

Seguramente que esto les asustó, pues las órdenes que habían

recibido no eran las de matarme; y así fue que desistieron de su cruel trabajo ya bien entrada la noche. Todo esto no son sino conjeturas; en realidad, nada supe ya después.

La Fuga

Volvió a mí la conciencia de manera muy lenta y confusa: un extraño sentido de dolor que todo lo saturaba, que parecía que invadía el mundo todo. Gradualmente esta aguda sensación de angustia se fue haciendo más y más definida, hasta que, por fin, tuve la clara impresión de reconocermelo como un muchacho viviente aún en el plano de lo físico, en condiciones de sufrimiento horrible. Me hallé atado a un árbol, en los límites de la selva, no muy lejos de la tienda de Martínez: estaba atado con una cuerda que pasaba varias veces por mi cuerpo y por el árbol, formando así un soporte sin el cual claro está que hubiera caído al suelo, pues las plantas de los pies estaban horrorosamente desolladas por las quemaduras, lo que me hubiera impedido permanecer en pie un solo instante.

Era de noche: dormía el campamento en plena quietud, excepción hecha de los centinelas que marchaban sin interrupción haciendo un recorrido uniforme. Dos de ellos caminaban no muy distantes de mí; uno frente a la tienda del comandante y el otro haciendo un recorrido mucho más largo en el límite exterior de la línea de tiendas más cercana. Ninguno de ellos parecía preocuparse en forma especial por vigilarme a mí, lo cual parecía ciertamente innecesario, ya que no solamente me encontraba muy bien amarrado, sino que me hubiera sido imposible caminar ni siquiera una yarda en el caso de poder quedar libre.

Fácilmente puede comprenderse que mis pensamientos eran tristísimos. Mi hermano había sido asesinado ante mis ojos; mi padre se encontraba fugitivo en la selva intrincada, llena de fieras y, algo peor aún, perseguido en forma implacable por hombres que no conocían la piedad. Es por ello que quizá no debía yo de sentir vergüenza al reconocer que durante algún tiempo sufrí una desesperación completa, deseando solamente que me llegara la muerte a libertad de la prolongación de mi sufrimiento. Tan crueles eran todas las circunstancias, que me pareció que nada peor podría haber y llegué en realidad a orar pidiendo la muerte, seguro de que no me era ya

posible soportar más.

Precisamente en ese momento de debilidad y desaliento, vi algo que me hizo olvidar, por instantes, cuando menos, mis lacerantes dolores; allí, precisamente en frente de mí, se hallaba mi hermano Geraldo, ¡a quién había visto sólo unas cuantas horas antes, caer degollado por la espada de Martínez! Ciertamente: la herida de aquel bárbaro sablazo aparecía aún en su cabeza, abierta en dos de arriba abajo. Y sin embargo, a pesar de todo, la expresión de su cara no era terrible; se reflejaba en ella una plácida dulzura que hacía olvidar la repulsión que causaba la herida. Se hallaba ante mí, precisamente como si estuviera con vida, bañado por la parpadeante luz de las fogatas del distante campamento, y como si de su misma forma surgiera una luz propia que lo nimbaba.

Pero lo maravilloso era la expresión de aquel rostro. Era la misma cara infantil que yo conocía tan bien, sin ningún cambio que se pudiera advertir y que, no obstante, dejaba ver mucho más de lo que hasta entonces había sido posible observar en ella. Que el muchacho estaba feliz -radiante de felicidad y en una suprema paz- nadie lo hubiera podido dudar ni por un momento siquiera; no obstante, sus ojos estaban llenos de piedad (piedad hacia mí, evidentemente; no hacia él mismo en forma alguna) y reflejaban el deseo de darme ánimo y de fortalecerme. Traté de hablar, pero me fue imposible; tampoco él dijo una sola palabra; dio un paso hacia delante; se dibujó en su semblante una sonrisa radiante de amor y puso su mano suavemente sobre mi pecho. Y luego, en un momento más, desapareció, precisamente en el instante mismo en que el centinela, habiendo llegado ya al extremo de su recorrido, daba la vuelta para venir de nuevo a donde nos hallábamos.

Me es muy difícil transcribir el efecto que esta hermosa aparición produjo en mí. Todos mis dolores torturaban mi cuerpo con la misma insistencia aún; mi cuerpo todo no era sino una masa de agonía; y, no obstante, mi actitud mental quedaba cambiada hasta convertirse en la inversa de la anterior. Debo advertir aquí que nada sabía del mundo astral; nada de las posibilidades de la vida post-mortem; así, pues, fue esto para mí, como un signo especial del Mismo Dios, que permitió al

espíritu de mi hermano volver del mundo de lo invisible para ayudarme y confortarme en mi dolor.

Inevitablemente surgió en mí la certeza de que, por muy desesperada que pudiera aparecer la perspectiva, en una forma o en otra tendría que terminar bien. En alguna forma yo lograría escapar y curarme, por imposible que esto pudiera parecer, o bien, de no ser así, la muerte vendría pronto a librarme de mis dolores y a reunirme otra vez con mi hermano. Y pues las circunstancias externas no habían sufrido el menor cambio, quizá sea difícil de comprender que mi desaliento se había desvanecido como si nunca hubiera sucedido y que mi actual actitud no era sino de ansiosa esperanza de que algo tenía que ocurrir, ya fuese la muerte o alguna otra forma de liberación. En qué forma podría llegar esto último, no pude realmente imaginarlo y recuerdo que pasé revista a mi situación sin poder encontrar alguna forma razonable en que pudiera resolverse.

Si bien recuerdo, pensé que si iba a ocurrir alguna intervención, lo más probable podría consistir en que el Gobierno hubiese tenido informe de la situación de las chusmas de Martínez, cuyas maniobras creía éste guardadas en un secreto total y que hubiera enviado fuerzas armados para interceptarlas y batirlas. Comprendía yo que esto era imposible en el terreno de los hechos; pero toda otra suposición me parecía mucho más imposible aún, a menos de tener que confiar en una intervención angélica directa, cosa que por aquellos tiempos era muy rara. Pero que algo tenía que suceder; que pronto me tendrían que matar o liberarme, era cosa para mí completamente cierta. Y cuando sucedió esa *cosa* que yo esperaba, aun cuando vino en una forma que ni siquiera por un momento pude yo haber presumido, solamente me produjo sorpresa por breves momentos.

Sentí, pues, que una mano, que evidentemente parecía surgir por atrás del árbol, tocaba en el cuerpo e inmediatamente advertí que la cuerda que con tanta dolorosa rigidez me tenía sujeto al tronco del árbol comenzaba a aflojar. Recuerdo que cruzó mi mente en forma súbita la idea de que mi desconocido amigo podría no estar al tanto de que yo no podía permanecer en pie y, por tanto, que su cordial intención podría frustrarse, llamando la atención del centinela. Pero

pronto noté que todo esto había sido previsto. Mi libertador aguardó hasta el momento en que el centinela, habiendo llegado hasta el punto más próximo a nosotros, dio la vuelta y luego, en el preciso momento de soltarme la cuerda, un brazo rodeó mi cuerpo, me levantó en alto y me condujo, rápida y calladamente, hasta detrás del árbol. Tuve entonces tiempo para reconocer, al débil fulgor de la distante luz del campamento, que los que trataban de rescatarme eran mi padre y nuestro criado negro Tito, mientras que este último, levantándose en sus brazos, retrocedía rápida y cautelosamente, junto con mi padre, hasta penetrar en el bosque.

Cuando hubimos penetrado unas doscientas yardas o cosa así, Tito me colocó en el suelo, sacó una enorme navaja y cortó rápidamente las cuerdas que aún me ataban las muñecas; pero a pesar de que mis brazos quedaron en libertad, no pude yo moverlos, pues estaban totalmente acalambrados y tensos por las muchas horas que habían permanecido sujetos. Cambiamos precipitadamente unas cuantas palabras; mi padre habló para expresar su compasión por mis sufrimientos y yo para preguntarle si sabía la suerte de Geraldo que yo lo había visto ya, después de su muerte. Mi padre pareció no comprender; entiendo que interpretó que yo estaba delirando -cosa muy de suponer en vista de todo lo que me había ocurrido- como quiera que haya sido, dijo saber ya de la muerte de Geraldo y que no debíamos perder tiempo en hablar, sino hacer todos los esfuerzos por alejarnos lo más posible del campamento, antes de que se dieran cuenta los centinelas de mi evasión. No era yo sino una carga inerte para ellos, ya que no podía dar ni un paso siquiera; y el simple movimiento necesario para acarrear me, no obstante el cuidado y la delicadeza empleada por Tito, me ocasionaba verdadero tormento. Era intensa la obscuridad en el denso arbolado y nos era indispensable movernos tan calladamente como fuera posible y siempre con la mayor cautela; motivos por los cuales nuestro avance resultaba sumamente lento. A cada momento teníamos el temor de escuchar sonidos de alarma y de que diera principio la persecución. Confiaba yo, no obstante, en que el centinela pudiera bien no haber advertido mi ausencia, ya que el árbol al que había sido atada quedaba a alguna

distancia de él, un poco protegido por la obscuridad del bosque y porque las fogatas que una o dos horas habían alumbrado todo el lugar, comenzaban ya ahora a apagarse. Pasó el tiempo sin que nada sucediera y logramos hacer algún progreso; pero de cualquier manera con lamentable lentitud. Nada sabía yo de la dirección en que caminábamos, pues nuestra idea única por el momento era poner la mayor distancia posible entre nosotros y el campamento. Pronto pudimos advertir que el terreno comenzaba a elevarse; en algunos lugares en forma abrupta.

Más pronto de lo que hubiéramos deseado comenzó a alborear el día y la tierra saltó de la obscuridad de la noche a la plenitud del día con la rapidez peculiar de los trópicos. Apenas hubo luz, me colocó Tito suavemente sobre el suelo e indicó a mi padre que se sentara junto a mí, mientras él buscaba algún lugar para escondernos, pues era claro que nos hallábamos aún muy cerca del campamento para evitar el que nos descubrieran. Me pareció que a consecuencia de mi extremado cansancio comenzaba yo a caer en un síncope, y Tito, que sabía algo de medicina en la forma en que la practican los negros, juzgó que sería peligroso el seguirme cargando por más tiempo.

Luego de alguna búsqueda, encontró un lugar admirable para escondite y regresó para llevarme allá. Era un árbol enorme de edad incalculable, cuyo corazón había ido pudriéndose muy lentamente, en forma tal que quedaba ya un gran hueco en su centro, alfombrado con una gruesa capa de polvo de madera, una especie de aserrín natural. Toda la apariencia exterior del árbol era de una salud tan perfecta como la de cualquier otro de los circundantes; la única forma de penetrar en ese escondite silvestre consistía en trepar por el árbol hasta cosa de quince pies y dejarse luego caer por el agujero central, a cuyo través quizá haya estado cayendo ramas durante cien años. El problema ahora era el de cómo llevarme a mí hasta ese escondite; pero el caso era de imperiosa necesidad y todo se llevó a cabo.

Mi padre extendió en el suelo el poncho que había recibido el día anterior. Me colocaron sobre él y, amarrando sus cuatro esquinas, se dio forma a una especie de cuna. A través de las esquinas ya atadas, Tito hizo pasar la cuerda con que había estado yo amarrado al árbol,

pues tuvo la previsión de traerla consigo, pensando que, en la situación desesperada en que nos hallábamos, casi cualquier cosa nos podría ser de gran utilidad. Trepó luego al árbol hasta una cierta altura y mi padre le arrojó el extremo de la cuerda; lentamente y con gran cuidado me fue levantando del suelo; cuando me hubo elevado hasta la altura necesaria, me dejó encuñado entre el tronco del árbol y un enorme bejuco cercano muy inmediato. Descendió luego para ayudar a mi padre a subir, dejándolo que se sostuviera en forma transitoria para que sirviera de apoyo para mí, mientras él (Tito) trepó un poco más, consiguió un punto de apoyo cercano al agujero del árbol y luego, por medio de la cuerda me elevó más aún; sosteniéndome en esa altura por medio de la cuerda, brincó ágilmente por el hueco del árbol hasta llegar al fondo que estaba, debido al espesor de la capa de polvo, mucho más alto que el nivel del suelo en el exterior. Subió luego mi padre lo poco que le faltaba y cuidadosamente me hizo descender hasta los brazos de Tito. Me recostaron enseguida en el suelo, y fue cosa que me proporcionó un descanso muy satisfactorio el poder estar acostado después de tan largas horas de sufrimiento.

Quise dormir, pero la fiebre se apoderó de mí y entiendo yo que la mayor parte de ese día estuve casi en la inconsciencia y en algunos momentos hasta delirando. Nada supe de lo que estaba ocurriendo, pero mi padre me dijo después que casi, casi en los momentos en que acabamos de penetrar en el árbol, oyeron mucho ruido en dirección del campamento y luego grandes alaridos que dieron prueba de mucha agitación. El fiel Tito, trepándose hasta la cima del árbol, se dio cuenta de que, debido a la elevación del terreno, quedaba en condiciones de observar casi todo el campamento. Vio que había en él mucho ajetreo y mucho tumulto y nos indicó que estaban siendo enviados grandes destacamentos de soldados hasta la selva, en varias direcciones, evidentemente en busca de nosotros.

Como veis, nuestra captura era de enorme importancia para Martínez. Había ya logrado eludir el golpe de las fuerzas que había mandado el Gobierno en su persecución. Varios días de marcha a una rapidez casi inconcebible, le habían permitido situar sus fuerzas en una posición desde la cual podía atacar fácilmente a una ciudad de

gran importancia. Su maniobra no la sospechaba siquiera el Gobierno, a quién él había logrado engañar haciéndole creer que caminaba en la dirección contraria; de hecho, las fuerzas del Gobierno estaban ocupadas en perseguir a una pequeña partida que él había enviado con la idea de despistarlos, haciéndoles creer que era ese todo su ejército. Había preparado a sus hombres en el lugar en que nosotros lo conocimos, para darles un par de días de descanso tras de la prolongada marcha, antes de comenzar el ataque de la ciudad y era muy creíble que en esa desierta región nadie lo hubiera visto, ni nadie pudiera informar de su presencia.

Pero si mi padre y yo, o uno sólo cualquiera de nosotros pudiera escapar, pudiera por cualquier medio imaginable llegar hasta casa o poblado próximo y enviar desde allí la alarma hasta la ciudad marítima, toda la ventaja que Martínez había obtenido quedaría nulificada; y pues lo había él arriesgado todo en esta audaz maniobra, podemos interpretar que su causa hubiera quedado perdida totalmente y que su cabeza quedaba condenada. Así pues, era para él de capital importancia el dar con nosotros a cualquier costo y así, en lugar de permitir a sus hombres que descansaran, tal como lo había proyectado, les ordenó escudriñar la selva en nuestra búsqueda.

Bien calculaba él que nosotros no podíamos habernos retirado mucho, pues estaba al tanto de que, yo por lo menos, estaba seriamente herido; sabía también que mi padre carecía de armas; seguramente que juzgaba imposible que hubiésemos escapado nosotros a los miles de peligros que nos acechaban desde todas partes de la selva. Pero ignoraba que Tito, gran conocedor de todos estos inconvenientes, estaba ya a nuestro lado impartiéndonos su valiosísima ayuda; que estaba Tito en perfectas condiciones de burlar todos estos peligros y de procurarse alimentación silvestre.

Supe por él y por mi padre que algunos grupos de soldados pasaron una y otra vez junto al árbol mismo que nos servía de escondite. En ocasiones pudieron escuchar algunas palabras de su conversación y Tito, que conocía perfectamente su lenguaje, nos informó que aludían con frecuencia a actos de hechicería y a intervenciones sobrenaturales. Traslucían sus palabras que Martínez era también ya víctima de la

superstición y que estaba poseído de pánico. Pensaba él (parece ser que uno de sus oficiales así lo creía) que el matar a Geraldo habría acarreado sobre él la mala suerte; no podía comprender, ni ninguno de ellos, en qué forma pudo mi padre desasirse de las cuerdas que lo ataban, siendo así que estaba amarrado en forma muy segura y en la manera en que yo desaparecí del campamento, cuando estaba prácticamente agonizante, todo lo cual lo atribuía a la interferencia de fuerzas sobrenaturales.

Recuerdo haber oído decir a mi padre que en una de tales ocasiones un grupo de soldados se acostó para descansar a muy poca distancia de nuestro árbol. Tito prestó atento oído a su conversación con la mira de obtener cualquier informe que nos pudiera ser de utilidad; mi padre, mientras tanto, guardaba la mayor quietud, víctima del temor de que pudiera revelar yo el sitio de nuestro escondite, al pronunciar alguna palabra en mi delirio. Afortunadamente nada de esto sucedió, pues en el curso de aquella tarde logré un profundo sueño refrescante, del cual me despertaron solamente cuando, sumida ya la selva en profunda obscuridad, era tiempo de reanudar nuestro camino.

Mientras tanto Tito puso en grave riesgo su vida al salir de nuestro escondrijo para traer un poco de agua para mí y unas hojas de planta que él conocía, las cuales masticó hasta formar una especie de pasta que colocó sobre las quemaduras de mis pies y sobre algunas de mis heridas graves. No puedo decir qué clase de remedio era ese; pero sus efectos anestésicos fueron mágicos, pues cuando desperté por la noche, aun cuando sumamente débil todavía y con dolores agudos aún, me encontré sumamente mejorado, habiéndome desaparecido todo vestigio de fiebre. Los soldados habían regresado a su campamento antes de caer la noche; pero, por lo que pudimos oír, no nos quedó la menor duda de que reanudarían la búsqueda al día siguiente. Fue una contrariedad para mí el tener que abandonar el suave lecho que me proporcionaba el aserrín del árbol y, ciertamente, no me pareció muy prudente el abandonar el magnífico escondite que habíamos hallado; pero tanto Tito como mi padre juzgaron preferible el no darnos punto de reposo, hasta retirarnos mucho más del campamento.

Me sacaron de nuestro refugio en forma muy semejante a la que emplearon para meterme en él y, luego de ello, emprendimos nuestro camino por la colina arriba. El terreno comenzaba ya a descender y varias veces durante la noche cruzamos por algunos sitios desprovistos de arboleda, desde los cuales pudimos ver las fogatas de los campamentos de nuestros enemigos. En la medida en que íbamos subiendo, la arboleda se iba volviendo menos cerrada y nuestro progreso algo más rápido, algo menos lento, para hablar con mayor propiedad. Volvió a despertar la luz del día y Tito buscó de nuevo un lugar para escondernos; pero en esta ocasión no pudimos encontrar un árbol adecuado. Nos encontrábamos en una región poblada de soberbios magnates de la selva, colocados por lo general a cierta distancia unos de otros; pero eran de tales proporciones que aun cuando sus troncos podían distar cien o aún doscientos pies unos de otros, sus ramajes se entremezclaban unos con otros en lo alto. Gigantes tales no permitían a nadie trepar por ellos, pero sí se podía efectuar su ascensión utilizando el auxilio de los enormes bejucos (algunos con diámetros tan grandes como la mayoría de los árboles de nuestros países del norte) que a casi todos los rodeaban, sirviendo como de guirnaldas a los espléndidos troncos del arbolado y permitiendo así el ascenso a cualquier persona activa y ágil.

Mientras Tito ambulaba en busca de un escondite apropiado, se le ocurrió trepar a uno de estos árboles altísimos para ver qué estaban haciendo nuestros enemigos. Sin gran dificultad encontró un lugar desde el cual pudo ver el campamento con la suficiente claridad, aun cuando muy empequeñecido por la distancia, y advirtió el mismo ajetreo y agitación para el envío de tropas en busca nuestra que había visto antes; pero aunque no vio nada más, sí escuchó algo que lo hizo bajar del árbol tan rápidamente como pudo y abalanzarse hacia nosotros, despavorido, lívido el rostro, grisáceo el color, expresión de espanto que, en un negro, es lo más aproximado a lo que entre nosotros se conoce por ponerse blanco de miedo.

“¡Perros, amo!”, dijo, “van a echar sobre nosotros, perros de esclavos.

Escuchad”.

Escuchamos con atención y tuvimos la certeza de haber oído los sonoros ladridos de una jauría. Habíamos oído referir que algunos propietarios de esclavos mantenían grandes perros en el interior para seguir las huellas de los esclavos que se escapaban; pero en qué forma se había podido Martínez proveer de ellos, era cosa que no podíamos adivinar. Supuse, pues, que entre sus hombres pudo haber alguno que sabía de la existencia de esos animales en alguna hacienda del interior y que, habiendo hecho mención de ello a su oficial, llegó este informe a oídos de Martínez, quien al momento envió a algunos de sus hombres a pedir prestados los perros, aun cuando, al proceder así, descubriría el secreto del punto de su estancia entre algunos por lo menos de los habitantes de la plantación. Temo yo, ciertamente, por conocer ya algo de su carácter sanguinario, que haya adoptado terribles medios eficaces para contar con la seguridad de que su secreto no fuera descubierto por ningún ser humano de la hacienda; quizá haya recurrido a una matanza en masa.

Como quiera que fuese, allí estaban los perros y muy difícil nos era poner en duda su habilidad para seguir nuestra huella hasta nuestro escondite de la noche pasada y desde allí al lugar donde nos hallábamos; nuestra posibilidad de escapar a su agudeza olfativa parecía ser sumamente pequeña. Había oído yo, ya algunas narraciones sobre la ferocidad implacable de esos perros y sobre su resolución para seguir una huella hasta el final. No buscamos, ya, pues, ningún nuevo escondite; apresuramos por lo tanto nuestra marcha desesperadamente, dirigiéndonos en forma invariable hacia la cúspide de las montañas. Pero bien sabíamos que la rapidez de nuestros perseguidores tenía que ser fatalmente mayor que la nuestra y que, por tanto, no nos era posible el escapar.

Tenía Tito la teoría, fundada sin duda en alguna superstición negra, de que el olor de la sangre destruía en los perros la agudeza del olfato y así fue que, sacando su navaja, se dio una ligera cortada en el brazo, rociando la sangre que le salió en el lugar en que nos hallábamos. Parecía tener alguna confianza en su método, aun cuando admitió que había éste fallado con algunos perros; no era todo esto, pues, sino muy endeble cimiento para erigir sobre él nuestra esperanza.

Nos encontrábamos en esos momentos en el límite de una subida y poco más allá, el terreno descendía formando una especie de barranca, en cuyo fondo serpenteaba una somera corriente de agua. Al otro lado de este arroyuelo el terreno volvía de nuevo a elevarse formando la espalda de una dilatada colina. Al ver el arroyuelo tuve un relámpago de inspiración, mientras que mi padre me tenía cargado en sus brazos.

“Padre”, dije con excitación, “¿no te acuerdas de la historia de Escocia?”

“¿No te acuerdas de Roberto Bruñe que al ir siendo perseguido por una jauría de sabuesos logró despistarlos caminando sobre el agua para no dejar su huella?”.

En los ojos de mi padre brilló un rayo de esperanza. “Sí, sí” - respondió- “leí esa historia hace ya muchos años, cuando estaba en la escuela. Haremos la prueba por lo menos”.

Explicó el método a Tito quien al principio no pareció comprender, pero en cuanto logró penetrar en la idea, dijo:

“Cierto. Claro que el olor no se queda en el agua. Pero es que no podremos acostarnos en el agua; además, al salir de ella dejaremos otra vez el olor que será notado por los perros”.

“No, Tito”, le dije, “camina a lo largo del río hasta encontrar una rama fuerte que esté colgando y luego, apoyándote en ella, brinca hasta el árbol, sin tocar con los pies en el suelo”.

“Eso es, eso es”, dijo mi padre, “hagamos la prueba; puede dar resultado, y, sobre todo, no nos queda otra cosa que hacer”.

Tito, que sentía fundado terror hacia los temibles perros, estaba indeciso y lleno de dudas; pero nosotros nos apresuramos a penetrar en la barranca y comenzamos a caminar por la corriente siguiendo dentro del agua por algún tiempo. Caminaron así alguna distancia (no puedo decir caminamos porque a mí me llevaban en brazos, mientras lamentaba muy de veras el aumentar así lo peligroso de la situación); antes de poder hallar una rama colocada en una posición que a Tito le pareció conveniente. Aún después de haber encontrado una o dos, nos hizo seguir adelante, pues las que había visto pertenecían a árboles gigantescos que se hallaban aislados y él quería encontrar una serie de

árboles que le pudieran prestar una línea de retirada.

El ladrar de los perros se aproximaba más y más en forma alarmante; al fin encontramos una rama que pareció satisfacer la meticulosidad de Tito, por pertenecer a un árbol cuyas ramas se entremezclaban con otras, en forma tal que nos sería posible hacer nuestro camino (como lo hacen los monos) a lo largo de lo que podríamos llamar el piso superior de la selva. La rama era gruesa y fuerte, pero no la podíamos alcanzar por medio de un salto, y fue por ello que se nos presentó una nueva dificultad. La corriente no tendría una profundidad mayor que la necesaria para subirnos hasta la rodilla, pero si mi padre me hubiese acostado sobre la orilla del arroyo, hubiéramos dejado un vestigio para aquellos despiadados brutos que tan de cerca nos seguían.

No quisieron ponerme dentro del agua -lo que hubiera sido muy sencillo, ya que bien podía yo sentarme en el fondo quedando con la cabeza por encima de la superficie- porque la pasta de hojas que Tito había preparado cubría aún mis pies y porque consideró que si la pasta se remojaba y se me caía, podían inflamarse mis quemaduras; y así fue que mi pobre padre tuvo que permanecer de pie, cargándome en los hombros, mientras Tito trepara cuidadosamente sobre él, hasta colocarse sobre sus hombros. Entonces, dando un ligero salto, logró cogerse de la rama y subir colgándose de ella. Luego de esto, desenrollando la cuerda (que había venido cargando atada a la cintura), logró llegar con facilidad hasta una horqueta del árbol en la que pudo dejarme colocado con cierta seguridad, prosiguiendo luego a subir también a mi padre por medio de la misma cuerda.

Quedamos así subidos en una rama tan gruesa como el tronco de cualquier árbol y en esa forma pudieron Tito y mi padre caminar sobre ella con cierta facilidad hasta llegar al gruesísimo tronco, apoyándose para ello en las muchas ramas que de él brotaban y en los gruesos bejucos que colgaban por todas partes. Pronto alcanzaron el tronco y, girando alrededor, se abrieron camino hasta otra rama que estaba en el lado opuesto. Enseguida, saltando de esa rama hasta otra igualmente gruesa de otro árbol que se interpenetraba, pudieron pasar hasta el nuevo tronco y de éste hasta un tercero, de tal manera que nos

podimos encontrar poco después, a considerable distancia del riachuelo y en un punto bastante elevado de la colina.

Trepando algo más sobre este último árbol, Tito halló un lugar en que dos ramas brotaban a la misma altura y casi paralelas, formaban una especie de cómoda plataforma con espacio suficiente para nosotros tres; allí pude acostarme de nuevo, aun cuando no con tanto desahogo como en el tronco hueco que nos había servido de escondite el día anterior; pero, no obstante, con relativa comodidad. Llegamos allí precipitadamente con los minutos contados. Estábamos a una altura que nos permitía ver el lugar donde serpenteaba el riachuelo y pronto apareció ante nuestra vista un grupo de soldados precedidos por dos vigorosos perros atados con sendas correas y que husmeaban la huella acuciosamente. Llegaron al lugar en donde el pobre Tito había rociado innecesariamente la sangre de su brazo; pero no tuvo ésta, al parecer, ningún efecto en cuanto a despistar a los lebreles. Husmearon alrededor durante unos momentos, ladrando furiosamente, enardecidos, creo yo, por el olor de la sangre. Pero inmediatamente reiniciaron la búsqueda de la huella, bajando la ladera de la barranca hasta llegar a la corriente. Se detuvieron allí, pero los soldados vadearon el arroyo y los reanimaron a cruzarlo. Cuando llegaron a la otra orilla, sin embargo, se detuvieron de improviso y dieron muestras de haber quedado confusos. Los soldados dijeron entonces:

“Dieron la vuelta para arriba o hacia abajo”.

Inmediatamente se dividieron en dos grupos, dirigiéndose uno de ellos para arriba y para abajo el otro. Los que caminaron hacia arriba no tardaron en llegar al árbol cuya rama nos había servido para saltar fuera del agua; pero el perro no dio señales ningunas por la otra orilla del riachuelo, pareciéndonos a nosotros que juzgaron que no había razón ninguna para suponer que hubiéramos pasado al otro lado. Luego, reiniciando la búsqueda de la huella, comenzaron a llamar a gritos al grupo que había caminado hacia abajo y luego enviaron corriendo a un hombre para avisarles; pronto pudimos ver a este último grupo que regresaba por el otro lado del arroyuelo. Tuvieron luego un momento de consulta y fue evidente para nosotros que no

sabían qué cosa les quedaba por hacer.

Poco después, el que hacía de jefe dio una orden y todos los hombres se dispersaron -con la notoria intención de escudriñar por todas partes- pero creí yo advertir que acometieron esta empresa cansados ya y a regañadientes. Algunos de esos hombres pasaron muy cerca por debajo del árbol en que estábamos y pudimos oírlos nuevamente hablando de cosas de brujería y manifestando que era completamente inútil el seguir buscándonos, pues era cosa segura que nos había llevado el diablo por herejes -lo que me pareció sumamente divertido tratándose de quienes habían abjurado abiertamente de la religión cristiana- temporalmente por lo menos, y jurado no prestar adoración más que al monstruo infernal de Martínez. Hablaron también de la cólera de éste y de sus tremendas amenazas de lo que habría de hacer en caso de que no se lograra nuestra captura; aludieron a que estaba loco de pavor y ciertamente creo yo que sí debe de haberlo estado.

Parece imposible que no se les haya ocurrido que teníamos que estar escondidos en algún árbol; pero así fue, sin duda ninguna. Creo yo que, si hubieran tenido la precaución de haber venido acompañados por alguno de los indios, nuestro ingenuo ardid hubiera sido descubierto; pero afortunadamente para nosotros, existían entre los soldados muchas rivalidades y gran desconfianza, a lo cual se debió, quizá, la resolución de Martínez de hacer trabajar solamente con sus hombres. Durante todo el día los soldados continuaron patrullando a intervalos, obligados seguramente por su oficial a no permanecer quietos, pero ya plenamente convencidos de que la búsqueda era infructuosa, y continuaron la persecución de mala gana, solamente con la idea de poder decir que algo estaban haciendo. En varias ocasiones pudimos oír fragmentos de su conversación, pero siempre sobre el mismo tema: miedo de la ira de Martínez, especulaciones sobre lo que éste iría a hacer y cuentos de lo sobrenatural.

El día se nos iba haciendo sumamente largo, pero en esta ocasión Tito no se atrevió siquiera a bajar de nuestro puesto por temor a que el más ligero ruido de las hojas de los árboles pudiera atraer la atención de alguno de tantos como ambulaban a nuestro alrededor, todos ansiosos de obtener la recompensa que (les oímos decir) Martínez

había ofrecido para aquél que nos hallara. El día anterior había conseguido un poco de frutas silvestres; pero ahora nada teníamos para comer; tanto Tito como mi padre sufrían las angustias del hambre, pues hacía ya casi tres días que no habíamos probado nada que pudiera llamarse alimento. Posiblemente yo estaba mejor sin comer dada mi condición de extrema debilidad, aun cuando ahora que me encontraba ya algo mejorado, comenzaba a sentir hambre. Más padecía, sin embargo, a consecuencias de la sed, pues la fiebre me volvió a atacar ese día, aun cuando en forma ligera; pero lo único que nos quedaba, era permanecer completamente quietos para que no nos pudieran ver.

Cuando el sol comenzó a declinar en el horizonte, el oficial reunió a todos sus hombres y regresaron juntos colina abajo, llevándose a los perros; pero claramente pudimos advertir lo contrariados que iban ante la perspectiva de tener que hacer frente a las iras de Martínez al declarar a éste el fracaso sufrido. Conscientes de la posibilidad de ser víctimas de un engaño, los estuvimos observando bien antes de aventurarnos a salir de nuestro escondite, hasta que al fin, Tito bajó apresuradamente para inspeccionar el terreno y buscar algo de comer, antes de que obscureciera por completo. Tuvo la suerte de hallar algunas guayabas y algunos plátanos silvestres y, algo más tarde, nos trajo también un poco de fruta de pan; cavó luego el suelo y logró extraer unos tubérculos de pulpa dulce y aromática.

No pude yo comer mucho de todo esto; pero, por lo que a mi padre y a Tito respecta, hicieron con ello una comida que, aun cuando poco satisfactoria, significó, por lo menos, una gran mejora en relación con las escasas provisiones del día anterior.

Me bajaron cuidadosamente del árbol y reanudamos luego nuestra jornada. Cuando volvió de nuevo la mañana, nos encontramos ya en las faldas de la montaña y Tito trepó de nuevo al árbol más alto para ver si lograba alguna información relativa a los movimientos de los soldados. No le fue posible ver el campamento, pero, después de escuchar con la mayor atención, bajó convencido de que no estábamos ya sujetos a una amenaza directa: ciertamente los perros no nos perseguían ya, pues hubiésemos oído sus ladridos a larga distancia, en

la quietud del ambiente matinal. En tales circunstancias, Tito sugirió que debíamos proseguir nuestra marcha por algún tiempo durante el día y así lo hicimos. Siguieron caminando, todavía bajo la protección de la sombra de la arboleda, pero ahora ya cuesta abajo hasta cerca de las once, hora en que decidieron hacer un alto en las orillas de un hilillo de agua corriente. Mi padre y yo nos acostamos a dormir, mientras Tito quedaba vigilante. Como no viera nada en absoluto que pudiera ser motivo de una sospecha, al despertar mi padre después de una hora o cosa así, Tito se echó también a dormir.

Después Tito levantó amable y cuidadosamente la pasta de hojas que me protegía los pies, para poder examinar mis quemaduras, pues estaba ya en condiciones de proveerse de más hojas de la misma clase para reemplazar aquella especie de emplasto vegetal. Declaró que todo iba bien -tan bien como podía esperarse- aun cuando puede escuchar, cuando hablaba en la creencia de que yo no le oía, que expresaba sus dudas a mi padre, sobre si podría yo o no, caminar de nuevo. Ese día pudimos ya hablar con sosiego y fue entonces cuando tuve la oportunidad de saber qué había sucedido a mi padre.

La explicación del aparente milagro de su fuga, no era en realidad sino cosa muy sencilla. Sucedió que los indios cometieron el error de atarle las manos con una cuerda vegetal fresca aún; durante el largo recorrido a través de la selva se dedicó a hacer constante presión sobre la cuerda separando las manos en forma gradual, hasta que por fin logró resbalar una de ellas fuera de la cuerda. Tuvo la prudencia suficiente para no dejar que nuestros captores lo advirtieran y, simulando que estaba aun firmemente atado, logró dar esta impresión.

Todo el tiempo estuvo esperando su oportunidad y cuando vio la forma de la colocación del campamento de Martínez y que la selva comenzaba a cerrarse de arboleda a distancia muy próxima a nosotros, se le ocurrió que existía la posibilidad de escapar, para un hombre lo suficientemente resuelto que pudiera actuar con rapidez de rayo. Se dio cuenta de que al proceder así tendría que abandonar a sus hijos y por ello que no llevó a cabo su proyecto hasta no haber quedado convencido del todo de que era imposible disuadir a Martínez de sus propósitos. Me dijo que no podía menos de contar con la seguridad de

que no pasaría ni un minuto sin que comenzara su persecución y que consideraba su tentativa como un recurso desesperado; pero que, en vista de que no le quedaba otra cosa, no había más remedio que decidirse a actuar.

Como he dicho ya, su actitud fue de tal manera imprevista y la consiguiente confusión tan grande, que en realidad contó con unos cinco minutos para emprender su fuga, de los cuales hizo el mejor uso posible. Comprendió que corriendo simplemente no podría lograr que sus perseguidores se cansasen, máxime cuando contaban con caballos a su disposición, así es que lo primero que trató de hacer fue el buscar un lugar donde esconderse. Sus perseguidores estuvieron en varias ocasiones muy cerca de él y en una media docena de veces estuvo a punto de ser atrapado por el grueso de un cabello; pero en una o en otra forma logró siempre burlarlos; poco después se le ocurrió trepar a un árbol, cosa que le vino a la mente al notar que varios monos a quienes asustaba al ir caminando de un lugar a otro, invariablemente se subían a los árboles, desapareciendo también en forma invariable de su vista, por más que sólo mediara entre él y ellos una corta distancia.

“Si el mono puede hacer eso”, pensó, “seguramente también el hombre”.

Así, pues, antes de que volvieran de nuevo en su búsqueda, había ya logrado hallar un escondite en uno de los enormes árboles. Cuando los soldados hubieron pasado por segunda vez y mi padre pensó que estaba libre por el momento, se alarmó mucho al advertir que un negro caminaba furtivamente por la selva, como si estuviera buscando algo: ese algo era él mismo seguramente, pensó atemorizado.

Ciertamente, tal era el caso, pues el hombre negro no era sino Tito, que, habiendo sido testigo del ataque de los indios a la cabaña, no pudo regresar a ella por haber quedado cortado por el cordón de sitiadores. Había permanecido allí, con la esperanza de poder prestar alguna ayuda a su amo: había visto la captura de la cabaña y nos fue siguiendo de lejos en nuestro recorrido hasta el campamento. Escondido entre los árboles del límite de la selva, presencié la evasión de su amo, la muerte de Geraldo y parte de todo lo que me sucedió a

mí. Tuvo el temor de reunirse con su amo mientras los soldados permanecían aún en la selva, pues habían establecido una especie de punto de reunión, hacia el cual se dirigían todos para rendir informe de su tarea, y el cual estaba sumamente próximo al árbol que mi padre había escogido para su escondite.

Tan pronto como los soldados se retiraron, bajó de su árbol y comenzó a inspeccionar en las inmediaciones en búsqueda de mi padre y, aun cuando en realidad no le halló, sí logró ser visto por él: tan pronto como mi padre comprobó su identidad, llamó a Tito por su nombre. El júbilo de este encuentro quedó atenuado por las terribles noticias que Tito le dio con respecto a Geraldo. Deliberaron luego sobre lo que era posible hacer, habiendo resuelto que, por muy lamentable que fuera, nada podían hacer hasta que viniera el día y que si yo lograba permanecer con vida hasta la salida del sol, conservarían alguna esperanza de poder conseguir mi rescate, tal como hicieron.

Como es natural, les referí la aparición de mi hermano y Tito -tengo la seguridad- le dio pleno crédito, pues dijo:

“El amo Geraldo fue un ángel mientras vivió sobre la tierra y ahora sigue siendo también un ángel seguramente. El buen Dios envía a sus ángeles para auxiliar a los que sufren”.

Mi padre no tuvo tanta certeza sobre la aparición, limitándose a decir: “Bien, hijo mío; no sé qué decirte. Algunos creen que Dios permite en ocasiones que los muertos vuelvan a la tierra para hacer algo que Él se propone: tal es la historia de Samuel y de la bruja de Endor; también sabemos que algunos santos se han aparecido a los hombres. Como quiera que sea, ya Geraldo haya sido él o no, podemos decir con certeza que fue una visión enviada por Dios para confortarte, pues vino en los precisos momentos en que necesitabas ánimo para soportar hasta nuestra llegada para rescatarte.

No es ya necesario referir todos los detalles de nuestra evasión. De entonces en adelante caminábamos de día y descansábamos de noche, turnándose en la vigilancia mi padre y Tito. Poco a poco avanzamos en nuestra jornada cuesta abajo por el otro lado de la montaña, empleando la mayor cautela para evitar el caer de nuevo en manos de

Martínez y siempre nos ingeniamos para ir consiguiendo todos los días algún alimento, aunque éste no pasó nunca de frutas y raíces.

Yo me lamentaba constantemente de constituir una pesada carga sobre mi padre y sobre Tito, pues seguía imposibilitado de dar un solo paso, lo cual se traducía en que nuestro avance era extremadamente lento. Pudo bien ser que la dieta frugal y la vida al aire libre haya venido a ser la mejor de las curaciones para mis heridas. Para Tito la cosa iba bien; pero mi padre, que había sufrido una afección al pecho en Inglaterra, sufría mucho con las variaciones de la temperatura y por la falta de ropa a cuyo uso estaba acostumbrado, ya que con nada podía cubrirse como no fuera con el pringoso poncho que le habían dado, limpio ya ahora, pues Tito lo había lavado muy bien en las aguas de una corriente. Tito no estaba mucho mejor de ropas, pues contaba sólo con una delgada camisa de algodón y con los calzoncillos que llevaba puestos durante el asalto a la cabaña; yo esta peor aún, ipues no tenía absolutamente nada!

Entiendo yo que sería el día undécimo cuando, desde una ligera elevación del terreno, pudimos ver por fin el techo de una casa. Prontamente nos dirigimos hacia ella y luego mi padre y nos escondimos, mientras Tito procedía a hacer un reconocimiento. Encontró que se trataba de una *hacienda* o casa de campo; tan pronto como llegó ante la presencia del dueño y le refirió nuestra historia, el buen caballero manifestó el mayor interés por nosotros y regresó apresuradamente con Tito para ver qué cosa podía hacer en nuestro favor.

Desde ese momento se acabaron todas nuestras fatigas. Nuestro magnífico amigo y su esposa, mujer llena de bondad, nos trataron con la mayor de las hospitalidades. La buena señora estaba llena de piedad por la situación, aun cuando ya estaba yo en franca mejoría, e insistió en que fuera yo puesto en cama, en lavarme los pies y en vendármelos en una forma menos primitiva. Tuvieron enérgicos reproches contra la crueldad de Martínez cuando les referimos nuestra historia con todos sus detalles. Nuestro huésped que, como otros muchos *hacendados* vivía completamente recluido en sus propiedades la mayor parte del año, nada sabía en absoluto de la estancia de Martínez en la región

comarcana. Una o dos veces al mes solía enviar a uno de los sirvientes hasta la ciudad porteña, para que le trajera las cartas, si es que había algunas y para comprar algunas cosas que no podía adquirir en sus pertenencias. No teníamos nosotros la menor idea de lo que habría sucedido durante los días que transcurrieron desde que iniciamos la fuga y nos inclinábamos a creer que Martínez hubiera podido tener éxito en cuanto a atacar la ciudad desprevenida; así, pues, nuestro huésped congregó a sus sirvientes a quienes transmitió las noticias que por nuestro conducto habían recibido, solicitando voluntarios que fueran a la costa para darse cuenta de las condiciones prevalecientes. Varios de sus hombres se ofrecieron inmediatamente para tal servicio y entre ellos eligió dos muchachos a quienes indicó que no creía conveniente enviar más personal, pues no le era posible asegurar que la *hacienda* no estuviera en peligro de sufrir un ataque y que creía necesaria una guarnición tan numerosa como fuera posible. Los dos jóvenes emprendieron, pues, el viaje, tras de muchas advertencias de conducirse con la mayor precaución; se les instruyó en el sentido de que, aún después de haber llegado a la ciudad, por ningún motivo penetraran en ella sin haberse cerciorado de que no estaba en poder de los insurgentes.

Nos indicó nuestro huésped que, si no había ningún contratiempo, los dos enviados deberían estar de regreso en su finca en cosa de una semana y que lo único que podíamos hacer era pasar allí esos días con ellos, aun cuando si, como lo esperaba, las cosas resultaban satisfactorias, se sentiría muy satisfecho de que honráramos su pobre casa con una más larga permanencia. Les dimos las gracias con la mayor cordialidad y sinceridad posibles, indicándoles, sin embargo, que lo antes que nos fuera posible, teníamos que volver a nuestra casa para ver a mi madre, para que ella pudiera saber que, por lo menos, no había ella perdido a sus dos hijos y a su marido.

Mi padre ya había entregado a los dos mensajeros una carta para ella, describiendo a grandes rasgos lo que nos había acontecido e indicando que nosotros dos ya estábamos a salvo y en las mejores manos. Nuestro huésped, por su parte, les entregó una carta para un amigo, conspicuo oficial de la ciudad, en la que le informaba de la

presencia de Martínez y le sugería prestar rápida atención a la defensa de la ciudad, si es que no era ya demasiado tarde.

Durante la semana de descanso, recobramos nuestras fuerzas en forma considerable. La tos que venía aquejando a mi padre pareció mejorar, aun cuando ciertamente nunca quedó completamente curado de esta enfermedad que, al final, fue la causa de su muerte en Inglaterra, años más tarde. Siempre he creído que, de no haber sido por las villanas fechorías de Martínez y por los contratiempos que de ellas nos sobrevinieron, mi padre hubiera seguido viviendo muchos años. En cuanto a mí, me parecía que, por entonces, había ya perdido mi niñez.

Estaba incapacitado para caminar, cosa que, después de todo, no tenía deseos de hacer, pues lo único que deseaba era descansar. La mayor parte del tiempo lo pasaba en la cama, aun cuando a ratos era llevado todos los días en un sillón portátil hasta la gran pieza central, donde me solían acomodar en una especie de sofá. Algunas veces también, me conducían al jardín y me colocaban en una silla de mimbre debajo de los árboles. No supe yo si alegrarme o entristecerme cuando regresaron los mensajeros con la noticia fidedigna de que nada sabían en la ciudad ni de Martínez ni de sus movimientos. El amigo de nuestro huésped envió a la *hacienda* un destacamento de veinte soldados en prevención de un asalto, dándole sinceras gracias por su advertencia y manifestando que habían tomado ya en la ciudad urgentes medidas para su defensa, y que se habían enviado al interior algunos exploradores para ver si descubrían a Martínez y a sus tropas.

Nuestro huésped y su esposa nos insistieron ahincadamente para que permaneciéramos con ellos hasta pasado el asalto, cosa que no tenían duda que sería el final de todo aquello. Mi padre, no obstante, pensó que era su deber el ir al lado de su esposa y así, con muestras de cordial gratitud les dio las gracias, rehusando su ofrecimiento. Nuestro amigo mandó construir una especie de litera y nos ofreció enviar con nosotros a la costa a los dos muchachos que acaban de hacer el viaje de regreso. Nos insistieron luego para que llevásemos con nosotros a la mitad del destacamento en calidad de escolta. Mi padre se negó categóricamente a ello, juzgando que, a la vez que nosotros estábamos

incierto en cuanto a la posición de Martínez, la *hacienda* podría sufrir el asalto y que para contenerlo era necesario contar con el mayor número posible de hombres; pero sí aceptó complacido el ofrecimiento de los dos muchachos que debían conducir la litera, prometiéndoles a ellos una buena gratificación al llegar salvos a la costa.

Insistió nuestro huésped en el envío de los soldados, y nos vimos en el caso de hacer una transacción, quedando en que serían nada más tres los que nos acompañaran; vinieron a ser éstos, en verdad, muy útiles y agradables compañeros, que, constantemente, con mucha frecuencia reemplazaban a los muchachos en el acarreo de la litera, cuando éstos se cansaban y fue así como nos fue posible hacer nuestro trayecto con mayor rapidez, en lugar de habernos visto obligados a descansar la mitad del tiempo, como nos hubiera sido necesario de no haber tenido tales acompañantes. Uno de ellos, hombre de gran habilidad manual, se ingenió para construir un artefacto por cuyo medio se podía colocar la litera en forma que quedaba colgando entre dos caballos, de manera que, cuando llegábamos a una planicie de cierta longitud, podíamos aprovechar esta ventaja para caminar con mayor celeridad. En forma tal continuamos nuestra jornada sin encontrarnos aventura alguna, hasta que, por fin, llegamos a nuestra casa, a los seis días de haber salido de la *hacienda*.

Nos recibió mi madre con profundas muestras de dolor por la muerte de su hijo, pero a la vez con hondo agradecimiento a Dios por haberle permitido recibir con vida a su otro hijo y a su esposo: salvos, ciertamente, pero no sanos, si hablamos con exactitud. Solamente hasta pasadas seis semanas de la fecha de nuestro escape del campamento de Martínez, quedé yo en condiciones de poder hacer uso de mis pies; no obstante, hubo de transcurrir aún cierto tiempo para que me fuera dado caminar, y aún entonces sólo con grandes dificultades y por muy poco tiempo cada vez.

Lo que sucedió a Martínez y el desarrollo que tuvieron sus proyectos nunca lo pudimos saber con exactitud. Mi madre vivió siempre con la creencia de que a causa del cobarde asesinato de mi hermano, pesaba sobre él alguna forma de maldición divina que lo hacía incapaz de acción decisiva. Mi padre se inclinaba a creer que nuestra evasión fue

causa para él de gran desaliento, pues tenía que pensar que en una o en otra forma llevaríamos a la costa el informe del lugar de su estancia, cosa que tendría que echar por tierra sus proyectos.

Tiempo después se comenzó a rumorar que había disensiones entre sus tropas; que algunos de sus hombres se rebelaron contra su crueldad y que existía la generalizada opinión entre sus hombres de que había sido abandonado por su buena estrella. Sea de todo eso lo que quiera, lo cierto es que nunca llegó a ocurrir el ataque contra el puerto y que Martínez se retiró hacia el interior con sus secuaces; no se tuvieron noticias auténticas sobre su suerte en un lapso de tres meses.

Se empezó a decir que había atacado una pequeña población del interior, ocupándola y fortificándola; que había pasado por las armas a todos los habitantes que se negaron a jurarle sumisión. Tan pronto como se logró confirmar esta noticia, hubo gran actividad en todos los centros militares. Se dieron órdenes para que reuniesen todos los regimientos y se les puso en pie de guerra; el Concilio de la ciudad publicó un edicto solicitando voluntarios, pues las fuerzas militares eran muy escasas y se tenían vivos deseos de congregarse una fuerza suficiente para aplastar a Martínez en forma definitiva.

Mi padre, muy contrariado por la dilación que sufrían los trabajos de su línea férrea, no hizo, sin embargo, ningún intento para contratar braceros, estimando que nadie habría de querer correr el riesgo de perder su vida en la selva y que esto no se podía emprender mientras no se hubiese dado buena cuenta de Martínez y de sus indios en una o en otra forma. Tan pronto como tuvo noticias de que se estaban integrando cuerpos de voluntarios, mi padre se ofreció a prestarles sus servicios, aunque ciertamente, en contra de los deseos de mi madre. Inmediatamente fue aceptado su ofrecimiento y se le nombró comandante de una compañía en un regimiento que se formó - principalmente, creo yo- por tratarse de que era inglés y por la impresión que en todos había dejado la terrible forma en que murió su hijo. Aceptó gustoso el puesto, pues los voluntarios eran casi en su totalidad caballeros, algunos de los cuales habían sostenido con él relaciones de amistad. También yo, aun cuando no totalmente curado

aún, estaba ansioso de ofrecer mis servicios y, aun cuando mi madre no me hubiera consentido enrolarme como soldado, no me pudo negar el permiso de caminar a caballo al lado de mi padre.

Un capítulo nada más, para referirnos a lo que sucedió después y lo que sucedió con nosotros en el interior del país; con él, pondré punto final definitivo a esta narración.

La Venganza

Durante todos estos sucesos, nunca hice a un lado, ni siquiera por un momento, mi firme resolución de matar a Martínez para vengar la muerte de mi hermano. No había dicho una sola palabra de todo esto ni a mi padre ni a mi madre; guardé mi resolución en lo más recóndito de mi mente, como una especie de sagrada perversión. Con frecuencia cavilaba sobre cómo me sería posible llevar a cabo mis proyectos; sobre cuándo se me presentaría una oportunidad; pero de que habría de haber alguna forma, de que se presentaría alguna ocasión, de que tenía yo que consumir mis planes, jamás tuve la menor duda. Cuando oí hablar de la formación de cuerpos de voluntarios tuve la conciencia de que allí estaba mi oportunidad; de que la Providencia me apuntaba ya el camino. Así pues, resolví enseguida incorporarme; la resolución negativa de mi madre no significó contrariedad para mí. Me sometí a sus deseos, claro está, pero comprendiendo, con rotunda seguridad que tendría que hallar una forma para acompañar a la columna. Y cuando, en los momentos de salir, mi madre me abrazó encareciéndome el evitar todos los peligros, le dije con serena certidumbre que hubo de haberla impresionado: “No temas, madre. Volveré a verte sano y salvo”.

Llegué hasta a creer que era yo un instrumento de la venganza divina; crucé como en sueños todos aquellos lugares evocados de dolor, tal como los había recorrido en los diez días de nuestra trágica huida, cargado a veces por Tito y a veces por mi padre; sin ningún sentimiento preciso, sin hacer caso de nada, soportándolo todo con indiferencia porque estaba incesantemente en espera de mi día, en espera del momento en que mi venganza tenía que reventar en vida activa. Curioso estado mental; lo sé; enfermedad de la mente; pero no me estoy defendiendo; trato solamente de describir, en forma tan fiel y tan exacta como me sea posible, lo que había dentro de mí.

En idéntico estado mental cabalgué sobre los lomos de mi jaco día tras día al lado de mi padre, siguiendo el camino que hacían las tropas a través de la selva en busca de los insurgentes. Los detalles de todos

estos días de marcha no me causaron impresión alguna; mi visión mental quedaba concentrada solamente en una sola figura: la de Martínez, hacia quien sentía un firme y ardiente odio inalterable. Más aún que este odio, alentaba la firme certeza serena de consumir mi venganza; tenía el pleno conocimiento de que no era otro mi destino sino el de quitar la vida a aquel monstruo.

Llegó por fin el día en que nuestros guías indicaron que estábamos aproximándonos ya a la población ocupada por Martínez y que podíamos toparnos con él aquella tarde. Pero Martínez estaba listo ya para darnos un buen recibimiento. Se había apresurado a venir a nuestro encuentro y tenía arreglada una emboscada en la cual pronto caímos; había escondido a sus tropas en la selva sobre la ruta que íbamos siguiendo y mandó abrir un tremendo fuego repentino sobre nosotros, precisamente en el momento en que menos lo esperábamos.

En Sur-América los hombres no tienen el temple necesario para resistir el fuego, ni siquiera en las condiciones más favorables: menos aun cuando los sorprende de improviso en forma terrorífica. El frente de nuestra columna, pues, cedió al ataque y quedó desbaratado. Fue entonces cuando se hizo patente lo ventajoso de una tropa formada por voluntarios, en su mayor parte caballeros por nacimiento. Al advertir el fuego y dándome cuenta de que la vanguardia comenzó a ceder, mi padre dio órdenes enérgicas a su compañía y en un momento comenzamos a avanzar con firmeza hacia delante, siguiéndonos muy de cerca el regimiento de voluntarios. En vez de lanzarnos por el estrecho camino en que nuestras tropas habían recibido la descarga, y de donde se habían desperdigado en desorden, nos esparcimos rápidamente por ambos lados y nos adentramos en la selva sobre los hombres ocultos, los cuales atacados por sus flancos, se vieron obligados a asumir la defensiva.

Esta carga de los voluntarios reanimó a las fuerzas regulares y en pocos momentos se hallaron peleando a nuestro lado. Pero no era éste un combate organizado, pues rara vez tuvimos oportunidad de atacar en filas compactas, y vino a resolverse en una serie de luchas cuerpo a cuerpo entre los árboles. Los amigos se trataban en forma tan inextricable con los enemigos que no era siempre fácil el distinguir a

los unos de los otros, pues aun cuando los voluntarios iban suficientemente bien vestidos, la mayoría de los soldados del Gobierno no eran de mejor apariencia que los que formaban las chusmas sucias y mal trajeadas de Martínez.

Los rebeldes peleaban con bravura, pues sabían que luchaban por sus vidas, así como también por las fantásticas recompensas que Martínez les había prometido. Hasta qué punto creían en realidad en la fabulosa riqueza y el soberbio poder que les esperaba, es cosa difícil de dilucidar; es de creer que todo esto lo aceptaban sólo porque lo oían decir, pues la mayoría de ellos era incapaz de razonamiento; de cualquier manera, sabían muy bien que, después de haber capturado la ciudad y de haber cometido en ella tantos crímenes, el Gobierno no podía mostrar la menor clemencia para con los que cayeran en su poder. El General del Gobierno había creído superar a los insurgentes en cuanto a número de soldados. Tomando en cuenta el número de indios y añadiendo a éstos el de los regimientos de los mestizos sublevados, no había la certeza de que la superioridad estuviera de parte de Martínez; pero era cosa muy difícil el hacer un recuento en el momento de un combate que se desarrollaba en forma tan irregular y en circunstancias tan poco comunes.

Había en la selva varios lugares abiertos y, en dos ocasiones durante el curso de la confusa pelea, tomé parte en las cargas que en ambos casos lograron hacer retroceder a los rebeldes. Es una experiencia curiosa para quien no está hecho a las cosas de la guerra, encontrarse uno formando parte de un cuerpo de hombres animados todos por un solo pensamiento, mirar a todas las caras alrededor y observar en ellas la rígida determinación; el olvido de todo lo demás que no sea sino la firme resolución de arrojarse sobre el adversario, de derribarlo y pisotearlo o hacerlo recular, y preguntarse, en medio del pavor, si la cara de uno mismo presentará idéntico aspecto. Luego la orden concisa; el bárbaro mandato de seguir adelante; el detonar de la fusilería, el silbar de las balas al granizar sobre los cuerpos moribundos, amigos y enemigos en macabra promiscuidad, y la idea única, precisa, firme, de empujar, de empujar hacia delante. Y luego el enemigo que ceja y retrocede; detener un momento para ver el montón

de muertos, la hierba pisoteada y tinta en sangre; no queda, no obstante, tiempo para el horror; no hay tiempo para ninguna otra idea;

¿dónde están los que vamos a derrotar? ... ¡Adelante, adelante!

Tal fue, por lo menos, lo que a mí me sucedió. Al principio del combate estuve siempre al lado de mi padre. Pronto mi jaco recibió una herida y cayó; salté enseguida y logré asir la rienda de un caballo sin jinete que a la sazón pasaba; salté sobre su lomo (era demasiado alto para mí) y lo hice volver al lugar de la lucha. Pero al proceder así perdí de vista a mi padre por un momento y no pude ya volver a su lado. Me alineé, pues, de nuevo en la batalla, buscando ansioso al hombre que quería encontrar. Creo yo que cubrí bien mi participación en la lucha; siempre que vi a un rebelde, mestizo o indio, disparé sobre él y tengo el recuerdo de que fueron pocas las veces en que las balas no dieron en el blanco.

El enorme caballo que montaba cayó también poco después (entiendo yo que ya estaba herido cuando lo monté); en esta ocasión fui derribado por tierra y tardé algunos momentos en recobrar el sentido. El rifle que llevaba se deterioró con la caída; algunas de las piezas de su mecanismo quedaron maltrechas, y así fue que, cuando quise disparar, el arma falló. Lo arrojé por tierra y cogí en su lugar el arma más próxima que encontré a mano; una larga espada desenvainada que yacía en el suelo en frente de mí, abandonada, creo yo, por algún oficial muerto en la lucha o tal vez herido simplemente y que se había retirado a rastras hasta salir del campo de lucha. No me detuve a pensar en esto: tomé en mis manos la enorme espada (demasiado pesada en realidad para poderla yo blandir), y comencé a luchar de nuevo, ahora de pie, buscando aún aquello que tenía que encontrar.

Para entonces el resultado de la batalla estaba a la vista. En todas partes las tropas del Gobierno hacían retroceder a los insurgentes, muchos de los cuales estaban ya en huida. Se dijo después, y yo le doy pleno crédito a ello, que el éxito de la lucha se debió en gran parte al valor temerario de mi padre. El Coronel en Jefe de los cuerpos voluntarios cayó seriamente herido al dar principio la pelea y mi padre

asumió inmediatamente el mando y condujo a las tropas del regimiento a la victoria. Había en él otros del mismo rango nominal, pero ninguno de ellos puso ni siquiera por un momento en terreno de duda, el hecho de que fue mi padre el que encabezó la dirección. Se tenía en alta estima entre nuestros camaradas de lucha la bravura y las cualidades combativas de los ingleses, y por ello, supongo yo, les pareció natural dejarse conducir por un inglés. Como quiera que haya sido, el caso es que todos lo siguieron y que, aun cuando mi padre no era sino un civil, sin ninguna experiencia en achaques militares, los condujo con valor y los llevó a la victoria. Si le faltaba -como tenía que ser- conocimiento de la táctica, tal deficiencia tuvo muy poca importancia relativamente en aquel extraño combate cuerpo a cuerpo entre las selvas. Lo que puso en juego fue su valor personal, su audacia, de la cual demostró estar dotado en abundancia.

No estaba yo aun suficientemente fuerte y, además, había estado corriendo de un lado a otro algunas horas durante la batalla (y una batalla es una de las cosas probablemente que más fatigan); pero no tenía tiempo para pensar en mi cansancio; no tenía tiempo para sentirlo; ningún pensamiento, ningún sentimiento me permitían distraerme ni por un momento de la idea de la certeza de que Dios ponía mi venganza al alcance de mis manos. Largo tiempo estuve buscando a Martínez por dondequiera, tanto que, de no haber sido por mi interna convicción de que tenía que encontrarlo, me hubiera desanimado. Pero tal era mi seguridad de que lo hallaría y de que esta lucha imprecisa y desordenada no era sino el preliminar de mi venganza, que no cavilé ni por un momento; no dudé para nada; por fin, lo vi.

Estaba de pie, recargando la espalda en el tronco de un árbol; acosado por dos soldados del Gobierno; parecía que el pequeño grupo estaba aislado de todo lo demás. Quizá tal aislamiento estaba sólo en mi mente, pues veía yo únicamente su figura; cierto era, sin embargo, pues el grupo estaba rodeado únicamente por cadáveres en un radio de algunas yardas. Los dos soldados lo atacaban con fiereza mientras él se defendía con su espada -la misma espada, pensé con un estallido de odio- con que asesinó a mi hermano. Tenía este hombre la aureola

de ser el más temible espadachín de su ejército; había quien aseguraba que era el mejor de toda Sud-América; efectivamente, poco después de haberlo conseguido verlo, uno de los soldados que lo atacaba cayó por tierra; muy enseguida, el restante fue derribado también, mientras él permanecía de pie, con la luz del combate brillando en sus ojos.

Fue entonces cuando advirtió mi presencia, al irme yo acercando a saltos hacia él. Cambió su expresión; una mirada de odio diabólico iluminó su faz, y, estoy seguro, en el mismo instante, advertí en sus ojos una sombra de temor.

“¿Qué?”, gritó, “¿aquí estás?”. “¡Tú me has traído la mala suerte; tú y tu maldito padre y tu maldito hermano!”.

“Sí”, repliqué, “aquí estoy y voy a matarte”.

Salté hacia él; pude bien haberle disparado desde lejos; pero lo que anhelaba era matarlo a estocadas, de un sablazo, como él había matado a Geraldo. Había visto el miedo temblando en sus ojos; estoy seguro; pero ahora, al volver él sobre mí, lanzó una carcajada de escarnio, al ver que iba yo armado con una espada vieja y pesada y al sentirse maestro en su manejo. En un momento esgrimíamos ya nuestras armas de pelea; algo había yo aprendido de esgrima en la escuela; pero muy poco útil me podía ser este conocimiento en tan críticos momentos. Peleaba por instinto, sin conocimiento alguno y seguramente mejor de lo que mi ciencia de esgrima me hubiera permitido, pues, al entrechocar nuestras armas una y otra vez, noté un cambio en la mirada de mi contendiente; vi difumarse su altanera mirada de triunfo; vi nublarse su vista con la sombra del miedo. Entiendo yo que esto se debió a que, por algo difícil de explicar, no pudo derribarme a los primeros golpes, lo que le advirtió que era yo un rival algo más serio de lo que se pudo haber imaginado.

Recuerdo que era ligeramente más alto que yo; ya he indicado que era de muy baja estatura; pero el alcance de sus brazos era mayor que el mío y su familiaridad con el manejo de las armas, incomparablemente mayor. Mi voluntad seguía tan indomable como siempre; pero mi brazo se fatigaba con rapidez y sólo fue ejerciendo mi máximo esfuerzo como pude blandir mi espada voluminosa y tosca

con la celeridad suficiente para parar los sablazos y estocadas rápidas como el rayo. Comprendí que en forma lenta pero segura comenzaba a dominarme y que, si lograba conseguirlo del todo, mi suerte quedaría sellada. Por fin, después de un momento de vigorosos golpes, me lanzó al corazón una estocada rápida como un relámpago. Logré parar el golpe; pero mi arma falló ligeramente, pues llegó al punto debido una infinitesimal fracción de tiempo después. Logré desviar su espada, sí, pero no todo lo suficiente. No penetró en el corazón, a donde iba dirigida, pero resbaló rasgándome las carnosidades del muslo. Al dar un salto hacia atrás -hábil recurso de un buen esgrimista- Martínez tropezó en una rama de árbol y cayó de espaldas al mismo tiempo que la espada se desprendía de su mano. En un momento salté sobre él, le puse el pie en el pecho y la punta de la espada en la garganta. El hombre lanzó un grito demandando piedad.

“¡Piedad!”, grité yo, sofocado tal vez, pues jadeaba a causa de los terribles esfuerzos de la lucha; “¿qué piedad tuviste con mi hermano?”.

Y presioné la punta de la espada sobre su garganta.

Volvió a pedir clemencia. No sé en qué forma, durante el fragor de la lucha, se había desgarrado el cuello de mi camisa y el pequeño crucifijo de ébano y plata que mi madre me había puesto al cuello, colgaba hacia fuera en el momento en que yo me abatía sobre mi contendiente derribado.

“¡Piedad!”, dijo, “¡piedad por el Cristo cuya imagen llevas en el cuello!”.

Una carcajada brotó de mi garganta al escuchar las palabras del renegado que había pretendido que pisoteara yo el crucifijo y que ahora mendigaba la limosna de su vida en nombre del mismo Cristo cuya imagen había profanado. Pero eso nada me hizo cambiar.

Había ya recobrado el aliento y estaba levantando mi arma para descargar la estocada final, cuando, de improviso, noté que algo la detenía. Una vez más, se hallaba ante mí mi hermano, mirándome fijamente a la cara y deteniendo con su manecita el arma que iba a consumir su venganza. Esta vez, por lo menos, no era alucinación, pues Martínez vio también a Geraldo. Noté su mirada despavorida de

terror; vi el sudor del miedo brotando de su rostro, mientras lanzaba gemidos de pavor. Fijé mi vista en los ojos de Geraldo. Seguía éste deteniendo mi espada con su mano, mirándome cara a cara con gravedad, con ansiedad suplicante. No pude yo matar a su asesino. Arrojé la espada al suelo, presa de un extraño sentimiento de vacío en el corazón y pude notar en ese preciso momento, en la cara de mi hermano, la sonrisa más amable y amorosa; al instante desapareció Geraldo una vez más. Al dar yo la vuelta para retirarme, Martínez, tirado aún en el suelo, sacó un cuchillo del borde de su bota derecha de cuero, y quiso apuñalarme al irme yo retirando. Di un salto instintivo hacia atrás y, antes de que pudiera ponerse de pie, un pequeño grupo de hombres del Gobierno llegaron corriendo, y, echándose sobre él, le quitaron el cuchillo y lo hicieron prisionero.

Todavía invadido mi ser por aquél extraño sentimiento de vaciedad, caminaba yo sin saber a dónde me dirigía, cuando vi frente a mí la cara adusta de Antinahuel, que me apuntaba con su rifle por detrás de un matorral.

Más bien instintiva que conscientemente saqué la pistola del cinturón con la presteza que sólo da la práctica prolongada y dos fueron los disparos que detonados a la vez. Sentí un golpe que entorpeció el movimiento de mi brazo derecho y la pistola se soltó de mi mano; pero antes de poder yo inclinarme para levantarla, tuve el tiempo suficiente para notar un horrible agujero azuloso en la frente de Antinahuel; azuloso sólo por muy breves instantes: inmediatamente brotó de su herida un chorro de sangre, mientras el guerrero caía de espaldas. También caí yo, pues había sangrado por la herida que recibí en el muslo y, además, también a efectos de la conmoción causada por la bala de rifle; y así, por algún tiempo, me abandonó por completo toda conciencia de las cosas terrenales.

Cuando volví de nuevo al conocimiento de mí, era ya noche cerrada y por algún tiempo permanecí observando las estrellas, incapaz aún de pensar con precisión en las condiciones en que me encontraba y sin ocuparme para nada del futuro, consciente sólo de una cosa: una sed abrasadora resultado sin duda del gran derrame de sangre que había soportado mi cuerpo. Mucho había sufrido en diversos períodos de mi

historia, como sabéis ya; creo, sin embargo, que ninguno de mis sufrimientos fue tan terrible como la sed aquella que me torturó mientras yacía yo desamparado a la luz de las estrellas. La noche me parecía interminable; diría yo que duraba años y años; en ocasiones me parecía haber quedado inconsciente algunos momentos; después despertaba con la convicción de haber dormido todo un día y de estar viviendo ya en otra noche y, sin embargo, cuando observaba las estrellas podía comprobar que casi no habían cambiado de posición.

Perdí la noción del tiempo; pero al fin, en mi confuso divagar que parecía de siglos, creí advertir muy vagamente algunas linternas que a mi lugar se aproximaban, hasta que, con un sentimiento de júbilo, oí la voz de mi padre y vi su cara inclinándose sobre la mía. A gritos le supliqué que me diera agua y sin dilación acercó un frasco a mis labios; creo yo que luego debí de haberme desmayado de nuevo del puro gozo de haber apagado mi sed. Apresuradamente me vendaron las heridas y con grandes cuidados me retiraron del campo.

Y aquí termina mi narración. ¿Con qué propósitos os seguiría refiriendo la convalecencia que pasé antes de recobrar la salud y la fuerza, la gratitud de que dio muestras el Gobierno del país por lo que toca a mí y a mi padre; las condecoraciones que nos fueron concedidas en honor de una victoria obtenida...

así se dijo con fina cortesía- gracias a nuestra bravura? ¿Qué objeto tendría ya el relataros el día aquél -un mes más tarde- con que presencié calladamente el fusilamiento de Martínez, en la amplia plaza central de la metrópoli, en medio de los rugidos de execración de la multitud enardecida? El odio se extinguió; abandonó por completo toda mi vida; quedó borrado por entero por la manecita del muerto. No; del muerto no; del viviente hermano, ya que yo miré sus ojos y supe que vivía y que me amaba aún. Y así, feliz quedé, aun cuando por entonces nada sabía del hermoso destino que habría de traer de nuevo a la vida a mi hermano quince años después en un país muy distante, en nuevo cuerpo que lo puso en contacto con mi vida otra vez y que nos permitió a ambos reconocernos de nuevo y comprender que la muerte jamás puede separar a las almas que verdaderamente se aman.